



E. SALGARI
EL HOMBRE DE FUEGO
TOMO 1º
EDITORIAL SATURNINO CALLEJA S. A.
MADRID.

Carmen
1990

[Faint pencil sketches of a figure and a signature]

LIBRERIA
FRANCO ESPINOLA
ADA JOSE ANTONIO, 56
EDIFICIO SALTOS MARIN

CBU/G-21

EMILIO SALGARI

EL HOMBRE DE FUEGO

VERSIÓN CASTELLANA

TOMO I

DONACION DE
<i>Comer Rir</i>
<i>Don - Villaneta</i>



EDITORIAL SATURNINO CALLEJA "S. A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

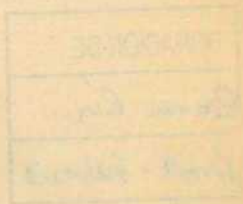
Req. ED/ 31.483

U.A.M.
BIBLIOTECA
DE EDUCACION

U.A.M.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE MADRID

ENLORO
ED. HOMBRE
DE FEU EGO

PROPIEDAD
DERECHOS
RESERVADOS



EUROPA. Libertad, 20. Madrid. Teléfono 20399

CAPÍTULO PRIMERO

EN LA COSTA DEL BRASIL

TIERRA a proa! ¡Arrecifes a babor!
Al oír estas exclamaciones lanzadas con voz tonante por un gaviero que había trepado a la cofa a pesar de los tremendos balances y cabececes de la carabela, los marineros palidieron.

Una costa en aquellos momentos en que gigantescas olas traían y llevaban en todas direcciones a la pequeña nave, lejos de ser señal de salvación, lo era de muerte segura.

Ninguna esperanza les quedaba a aquellos desgraciados. Aunque los hubieran perdonado las olas, la tierra en cuya proximidad se encontraban era más para huir de ella que para servir de refugio, porque en sus intrincados e inmensos bosques vivían formidables antropófagos que ya habían asesinado y devorado a las tripulaciones de muchos barcos.

Todos los marineros se habían lanzado como un solo hombre al alto castillo de proa, y desde allí procuraban penetrar con la vista en el tenebroso horizonte.

—¿Dónde está esa tierra que dices haber visto?—preguntó un viejo marinero levantando la cabeza y dirigiendo la vista al gaviero, que se

Emilio Salgari

sostenía fuertemente abrazado al palo trinquete aguantando los furiosos embates del viento.

— ¡Allí, a proa! ¡Una costa, islas, escollos!

— ¡Camaradas—dijo el viejo marinero con voz conmovida—, preparaos a comparecer ante Dios! ¡La carabela ya no gobierna, y las velas están destrozadas!

— ¿Se ha roto también el timón?—preguntó un joven alto y fornido, de perfil fino y señoril continente, cuyo aspecto hacía vivo contraste con las toscas figuras y bronceadas facciones de los marineros.

— ¡Sí, señor Álvaro; una ola acaba de llevárselo!

— ¿Y no puede sustituirse?

— ¿Con este mar? ¡No, señor; sería trabajo perdido!

— ¿Y cómo podemos ya estar enfrente de una costa?

— No lo sé. La tempestad viene empujándonos constantemente hacia el Sur desde hace tres días.

— ¿No podríais por lo menos decirme qué tierra es esa en cuyas cercanías nos hallamos?

— Supongo que el Brasil.

El joven hizo un gesto harto significativo.

— No era esa la tierra a que me dirigía—dijo con bastante mal humor—. El Brasil no es Puerto Rico, ni San Salvador, ni Darien, señor piloto. Yo quería llegar al golfo de Méjico, y no aquí. No quiero tratar con estos salvajes, que tienen la mala costumbre de asar y comerse a los hombres de raza blanca.

— Temo, señor Álvaro Correa, que no volvamos a ver a los que nos esperaban.

— ¡Bah! ¡Todavía no hemos naufragado ni nos han comido! A lo menos procurad que la carabela no se destroce del todo.

El hombre de fuego

—Haremos lo que se pueda; aunque, a la verdad, con pocas esperanzas.

El viejo piloto tenía razón en desconfiar de la salvación de la pequeña nave.

Una mar espantosa se presentaba a la vista de los desgraciados, que desde hacía tres días parecían condenados a una muerte inevitable.

Montañas de agua se levantaban unas tras otras con rugidos ensordecedores, y amenazaban tragarse la nave, que parecía incapaz de resistir a sus terribles embates.

No se crea, por otra parte, que la nave fuese de poco tamaño; todo lo contrario.

En 1535, fecha en que ocurrían los verídicos hechos que estamos narrando, todas las naves mercantes, exceptuando los galeones, eran pequeñas.

El enorme tonelaje de los barcos modernos era completamente desconocido. El barco de trescientas toneladas era ya tenido por grande, y con los de ciento no se titubeaba en emprender larguísimo viajes hasta América y las Indias Orientales.

El que estaba a punto de estrellarse en la costa del Brasil, tierra entonces poco concurrida, pues sólo hacía treinta y cinco años que la había descubierto Cabral por una verdadera casualidad, era una modestísima carabela portuguesa de 90 toneladas, con el castillo de proa y el alcázar muy altos, y el puente, en cambio, tan bajo, que lo barrían las olas a cada momento. Tenía dos palos armados de velas latinas y velas cuadradas, que había despedazado el viento hasta dejarlas completamente inútiles.

Hacía tres meses que había salido de la isla de Portugal dirigiéndose hacia las Indias Occidentales con 27 hombres de tripulación y uno de

Emilio Salgari

pasaje; pero, como sucedía con frecuencia en aquella lejana época, en que la navegación estaba muy atrasada, a pesar de la audacia de los marineros castellanos, portugueses e italianos, se había desviado mucho de su rumbo hacia el Sur, llegando hasta las costas brasileñas.

La suerte de la pobre nave no parecía ya dudosa, a pesar del optimismo del joven Alvaro Correa.

Sin timón, sin velas, con la cubierta rota y el casco y la quilla resentidos, ya no podía resistir a la furia de las olas y del viento, que la empujaban inexorablemente hacia la costa señalada por el grumete, y que ningún otro de los tripulantes había visto, porque habían cesado los relámpagos, y reinaba profundísima oscuridad, que impedía descubrir el horizonte. Aunque el gaviero se hubiera empeñado, las horas de vida de la embarcación estaban contadas; y si no se estrellaba en los escollos, zozobraría entre las olas.

El piloto, viejo marinero que había atravesado varias veces el Atlántico, no se forjaba ninguna ilusión acerca del fin que esperaba al barco. Sin embargo, como hombre experimentado, se apresuró a adoptar las disposiciones convenientes para que el naufragio fuese menos desastroso.

Había hecho armar las dos chalupas proveyéndolas de víveres, y sobre todo de armas, pues no ignoraba que en aquella época las costas brasileñas estaban habitadas por tribus belicosas y antropófagas. Después hizo picar los dos mástiles para aligerar la carabela y para utilizar uno de ellos como timón, o, mejor dicho, como remo.

Todas estas maniobras se habían llevado a cabo precipitadamente, y en medio de la mayor confusión, porque todos parecían haber perdido la cabeza.

El hombre de fuego

Decimos mal: no todos, pues Álvaro Correa, a pesar de su juventud, había conservado la calma, y con la mayor tranquilidad, sin que se manifestase alterada una sola línea de su rostro, contemplaba todos aquellos preparativos.

—¿Estamos listos, piloto?—preguntó con tono festivo cuando estuvieron dispuestas las dos chalupas.

—Sí, señor—contestó el viejo piloto, que arriado a la amura trataba de descubrir la costa.

—¿Supongo que todavía no las echaréis al agua?

—No; todavía no hemos encallado.

—¿De modo que no hay modo de salvar la carabela?

—Ninguno, señor; está irremisiblemente perdida.

—¡Bonito porvenir! ¡Menos mal que tendremos que habérmolas con los salvajes! ¡Será divertido!

—No os chanceéis, señor Álvaro—dijo el piloto—; el momento no es a propósito.

—¿Queréis que lllore?

—¡Estamos luchando con la muerte, que se cierne sobre nuestra cabeza!

—¡Nos defenderemos de esa señora agarrándola por el cuello, y ahogándola antes de que nos ahogue ella a nosotros!—respondió el joven, riendo.

El viejo piloto le miró de soslayo.

—¡Vaya una chanza!—murmuró entre dientes—. ¡Veremos si te quedan ganas de reír cuando te trague el mar o te tuesten los salvajes!

Empujada por aquellas montañas de agua, la carabela avanzaba sin cesar hacia los escollos que el grumete había descubierto en la costa brasileña. Si embargo, la oscuridad era tan profunda,

Emilio Salgari

que nada podían distinguir los marineros, y esto contribuía a aumentar la ansiedad.

Nada era posible hacer ya para que el naufragio fuera menos peligroso. El mástil que se había amarrado a la popa para suplir la falta del timón fue arrebatado por un golpe de mar; como se había quitado la arboladura, no había ya velas, de modo que la carabela carecía de dirección y gobierno y era juguete de las olas, que la traían y llevaban como una pelota de goma, perdiendo en cada momento, ora un tablón del casco, ora uno de la cubierta.

Los marineros se agrupaban aterrados alrededor de los troncos de los mástiles o de los montones de cordaje, esperando con ansiedad el momento en que embarrancara el bajel.

Con los ojos dilatados por el espanto y el rostro alterado y lívido, hacían votos y promesas desesperadas. Ofrecían llevar velas a todos los santuarios de Portugal, ir en peregrinación a Tierra Santa, pelear contra los moros de África, visitar a Roma haciendo el viaje descalzos. El impasible joven oía sonriendo todos esos votos, porque conocía demasiado a los marineros para saber el caso que había que hacer de sus palabras en trances como aquél.

Así transcurrió otra media hora, cuando un deslumbrador relámpago surcó el tenebroso cielo mostrando a aquellos desventurados todo el horror de su situación.

Aunque aquella luz lívida sólo duró cuatro o cinco segundos, fue bastante para demostrar que el grumete no se había engañado.

La carabela había sido empujada por el mar a una profunda bahía sembrada de islotes y rocas altísimas y bordeada por montañas cubiertas

El hombre de fuego

de espesísima vegetación. A derecha e izquierda se descubrían agudas peñas que sobresalían del agua, y que amenazaban destrozar la quilla en cuanto tocara en ellas (1).

A pesar de su valor, Álvaro Correa no pudo contener una exclamación de mal humor.

— ¡Me parece, querido piloto! — dijo volviéndose hacia el viejo marino —, que de esta hecha estamos perdidos y que ninguno de nosotros peleará contra los moros de África, y mucho menos irá en peregrinación a los Santos Lugares! ¡El viaje para que debemos prepararnos es el del otro mundo!

— ¡Comenzad vos, señor!

— Me basta una moneda para pagar el pasaje a Caronte, y ya la llevo en el bolsillo. ¡Ojalá no sea falsa y tenga que quedarme del lado de acá de la laguna Estigia!

— Veo que seguís bromeando. ¡Ah! ¿Habéis oído?

— ¡Por Dios! ¡Todavía no estoy sordo! ¡Es el ruido de las olas al romper en las peñas!

— Es que hemos tocado fondo, señor. ¡Mal asunto! La pobre carabela está tan malparada, que a otro golpe como éste, se desbaratará en mil pedazos.

El piloto se lanzó al puente, gritando:

— ¡Preparad las chalupas! ¡Estamos perdidos!

— ¡El miedo le ha trastornado la cabeza! — dijo Álvaro — ¡No podemos defendernos en la carabela, y pretende que nos salvemos en una barquilla! ¡No seré yo quien se meta en ella!

La confusión había llegado al colmo. Los veintisiete marineros, locos de terror, se precipitaron ha-

(1) Era la bahía de Recóncavo una de las más hermosas de la América del Sur, y en la cual se fundó más adelante la ciudad de Bahía, de las más ricas del Brasil.

Emilio Salgari

cia la chalupa, disputándose ferozmente los puestos de ella, porque no había bastantes para todos.

Había también una canoa; pero era tan pequeña, que no podía pensarse en echarla al agua en medio del furioso oleaje que con aterradores rugidos invadía la ensenada.

El joven Correa se refugió en el alcázar de popa, que por su mucha altura estaba libre de las olas.

Desde allí trataba de darse cuenta de la situación y de encontrar un medio de salvarse, pues por más que se hubiera echado en el bolsillo la moneda para pagar a Caronte, no tenía ningún deseo de emprender el largo viaje, y estaba decidido a no entregar la vida sin defenderla.

Comenzaba a verse algo, porque el alba estaba próxima. Se descubrían vagamente los contornos de aquella amplia bahía, cuyas orillas tenían unas cuantas leguas de desarrollo. Estaba cubierta de multitud de islotes caprichosamente diseminados acá y allá, rodeando a uno algo mayor y cubierto de espeso bosque.

Entretanto los marineros habían conseguido echar al agua la chalupa y apartarla de la carabela, contra la cual corría peligro de estrellarse empujada por los golpes de mar.

Temiendo algunos que la nave se hundiera, de un salto se lanzaron desde la borda a la chalupa, sin pensar en las funestas consecuencias que aquel salto pudiera traerles, y más de uno desapareció entre las olas; lo que era una suerte para los otros, porque la chalupa no tenía cabida para todos ellos.

Descolgándose por cuerdas consiguieron embarcar los últimos. Apenas habían empuñado los remos, cuando una ola enorme levantó la chalupa y la lanzó contra una escollera. Álvaro, que contemplaba la escena desde el alcázar de popa,

El hombre de fuego

creyó que la pequeña embarcación desaparecía tragada por el mar o hecha añicos contra las agudas peñas; pero no fue así, sino que después de elevarse hasta la cresta de la ola descendió por la opuesta pendiente de ella, y fue a parar incólume al otro lado del arrecife.

— ¡Señor Correa! — exclamó el piloto — ¡El grumete se ha quedado a bordo! ¡Cuidad de él si podéis!

El joven entendió bien estas palabras, a pesar de los mugidos del mar y del viento.

— ¡El grumete! — contestó, escudriñando la cubierta desde el lugar en que se hallaba — ¡No le veo! ¿Se habrá escondido en alguna parte? ¡Ya le descubriré más tarde!

Tenía clavados los ojos en la chalupa, temiendo verla desaparecer de un momento a otro; pero la fortuna parecía protegerla, pues, a pesar de la furia del mar subía y bajaba por la superficie de las olas como si fuera un trozo de corcho.

Había pasado ya sin estrellarse por una segunda línea de escollos, y se acercaba a la ribera empujada por los remos y por el mismo oleaje. Todavía no podían considerarse salvados los marineros porque la orilla era muy escabrosa, cortada a pico y rodeada de arrecifes a flor de agua.

— ¡Se hará pedazos! — murmuró el joven — ¡Estoy más seguro aquí, en este leño, que dentro de esa chalupa! La carabela, aunque esté muy malparada, resiste maravillosamente, y, por lo pronto, me parece que no se hará pedazos. ¡Veamos cómo me las compongo para salir de este mal paso!

La luz aumentaba por momentos, permitiéndole no perder de vista la chalupa.

De cuando en cuando entre la masa de vapores se presentaba una clara, y por más que la

Emilio Salgari

lluvia no cesase, algún que otro rayo de sol iluminaba a ratos la ribera y la superficie del mar.

Con todo, el huracán no daba señales de apaciguarse. El viento seguía rugiendo terriblemente, levantando verdaderas cortinas de espuma, y el Atlántico continuaba empujando sus furiosas olas dentro de la bahía.

A pesar de todo, la chalupa avanzaba, y estaba ya muy cerca de la ribera. El joven Correa, que no había abandonado el altísimo alcázar, la seguía con la vista, preguntándose con creciente ansiedad si las olas no acabarían por aniquilar a todos aquellos desgraciados lanzándolos contra las peñas.

— ¡He hecho mal en dejarlos embarcarse! — se decía — Pero, por otra parte, no me hubiesen obedecido y se habrían salvado. ¡Esperemos al menos que alguno consiga salvarse!

En esto, la chalupa había llegado a unos treinta pasos de la orilla; pero por aquella parte no había ningún punto abordable. Los marineros hacían desesperados esfuerzos remando hacia atrás para atenuar la violencia del choque; pero todo era inútil, porque el oleaje que empujaba a la embarcación podía mucho más que ellos.

Álvaro, que no perdía de vista a la chalupa, la vio balancearse algunos momentos sobre la cresta de una enorme ola, y en seguida desaparecer tras una nube de espuma.

Entre los rugidos de la resaca y del vendaval, le pareció oír lejanos gritos de angustia; después divisó algunos cuerpos humanos en la superficie del mar luchando con el oleaje; pero ya no pudo ver más, porque precisamente en aquel momento la popa de la carabela hizo un brusco movimiento de bajada, como si toda la carena se hubiese roto en dos pedazos.

El hombre de fuego

—¿Habrá llegado también para mí la última hora?—se dijo— ¡Parece que también la nave quiere abandonarme! ¡Tratemos de refugiarnos en el arrecife!

Ya iba a bajar a la toldilla, cuando le pareció oír gemidos sofocados bajo el lugar donde se hallaba.

—¿Será el grumete?—se preguntó— ¡Debe de estar medio muerto de miedo!

Bajó la escala agarrándose fuertemente a los travesaños de la balaustrada para no ser arrastrado por los golpes de mar que barrían de continuo el puente, y entró en la parte ya cubierta por el agua.

—¿Quién se queja?—gritó— ¿Hay alguien ahí?

—¡Abrid, señor!—contestó una voz.

—¿Dónde estáis?

—¡Encerrado en la cámara!

—¿Quién puede haberle encerrado ahí dentro? ¡Vaya una broma!

Y echando mano a un hacha que casualmente halló en el suelo, descargó dos violentos golpes sobre la puerta, logrando desquiciarla.

Un muchacho de catorce o quince años salió precipitadamente gritando:

—¡Nos hundimos! ¡Huid, señor! ¡Estaba a punto de ahogarme!

Era un lindo jovencuelo, oscuro como un mestizo, de pelo crespo y muy negro, mirada inteligente, cutis finísimo, como suelen tenerlo los portugueses de las regiones meridionales, y estaba muy desarrollado para su edad.

No viendo más que al señor Álvaro Correa, se agarró a una de las columnillas que servían de soporte al alcázar.

—¿Y los demás?—preguntó, palideciendo.

Emilio Salgari

—Se han ido, amiguito García—contestó Alvaro.

—¿Estamos solos?

—Completamente solos.

—¡Ahora comprendo por qué ese tunante de Pedro me encerró ahí dentro! ¡Temía sobrecargar la chalupa con el peso de mi cuerpo!

—En tal caso, rapazuelo, nada ha conseguido, porque le he visto romperse la cabeza contra el arrecife.

—Pero ¿se han marchado todos?!

—¡Ni uno solo ha quedado!

—¿Y han podido llegar a tierra, señor Correa?!

—No lo sé; pero no cambiaría mi suerte por la suya. Si han conseguido desembarcar, deben de haber sido muy maltratados por las olas.

—¡Como lo seremos también nosotros muy pronto, señor!

—¿Lo crees así, García?!

—El agua sube; ya hay dos pies de ella en la cámara.

—Todavía faltan doce para que llegue a lo alto del alcázar; y tampoco me parece que la carabela está tan próxima a hundirse. ¿Tienes miedo?!

—Con vos, no, señor Correa.

—Entonces, vamos a ver cómo intentamos también nosotros la travesía.

—Debe de estar ahí la canoa pequeña.

—No contemos para nada con ella, rapaz; por lo menos, mientras no se calmen las olas. Además, puede ser que ya no exista, pues deben de habérsela llevado las olas que de continuo barren la cubierta. ¡Ven, García, y esperemos ser más afortunados que los otros!

CAPITULO II

LOS ANTROPÓFAGOS

DIEGO Alvarez de Viana y Correa (1), que tanta parte habría de tomar más adelante en la colonización del Brasil, y que por sus absurdas empresas tanto había de despertar la curiosidad en la corte de Portugal y en la de Enrique II de Francia, había nacido en Viana, en la época en que toda Europa estaba conmovida por los prodigiosos descubrimientos en América y por las audaces empresas de los portugueses en las Indias Orientales.

Hombre de genio aventurero, entusiasmado desde sus primeros años por las increíbles proezas de los *conquistadores*, comenzó por tomar parte en expediciones contra los moros africanos, y combatió valerosamente, aunque con varia fortuna, contra los piratas berberiscos, muy temibles en su época, pero soñando siempre con pasar a las Indias, ya Occidentales, ya Orientales, donde sus compatriotas conquistaban reinos, se cubrían de gloria y amontonaban fabulosas riquezas.

(1) Las más conspicuas familias de Bahía se precian de descender de este audaz y afortunado aventurero.

Emilio Salgari

Presentósele al fin la ocasión que tanto tiempo había esperado. Una carabela, conducida por un experimentado piloto, se preparaba a zarpar para las Indias Occidentales, cargada de mercancías.

Era una embarcación de muy poco tonelaje; pero en aquel tiempo el tamaño de las naves y su armamento eran de poca importancia para el caso. Un viaje de cinco o seis meses no asustaba a los marinos portugueses ni a los castellanos, acostumbrados como estaban a hacer la travesía a Asia y a América en barquichuelos insignificantes, que hoy no se atreverían a salir siquiera del Mediterráneo.

Alvaro Correa, que tantas veces se había entusiasmado con los maravillosos relatos de los viejos navegantes que habían seguido a Alburquerque a la India y a Cabral al Brasil, se embarcó sin dudar un momento que llegaría al punto a donde se dirigía, y soñando en conquistar reinos, como Cortés y Pizarro.

Por desgracia, y como entonces sucedía con harta frecuencia, las naves que se dirigían a América se inclinaban excesivamente hacia el Sur, para evitar las peligrosas calmas de la zona tórrida. Ya Cabral, treinta y cinco años antes, dirigiéndose a la India Oriental, había ido a dar en América, descubriendo por pura casualidad el Brasil, cuya existencia era entonces completamente ignorada.

La misma suerte cupo a la carabela de Correa. Empujada cada vez más hacia el Sur por los vientos alisios, se había desviado tanto de su rumbo, que perdió por completo el que debiera conducirla a las Antillas.

Por añadidura, le sorprendió una borrasca, y a pesar de los esfuerzos de la tripulación fue a

El hombre de fuego

estrellarse contra los escollos de una bahía desconocida.

.....

Dejamos a Alvaro y al grumete en un momento muy crítico, que agravó todavía más un segundo movimiento de descenso de la nave, signo indudable de la proximidad de la catástrofe.

Ya la carabela, completamente desguazada, no era más que un leño que amenazaba desaparecer de un momento a otro, pues, a pesar de que había calmado algo el viento y de que el cielo tenía mejor cariz que hasta entonces, la mar seguía agitadísima. Sin embargo, Alvaro confiaba en que la nave podría resistir algún tiempo, por hallarse sujeta la quilla entre las peñas del arrecife.

—Quizá podamos esperar a que pase por completo el temporal—dijo a García, que le interrogaba con los ojos—; y bien podrá suceder que quede de esta pobre nave algo que más adelante nos sirva para construir una almadía o cualquiera otra cosa parecida en que embarcarnos para atravesar esta ensenada.

—Yo soy un buen nadador, señor Correa—dijo el rapaz.

—Y yo también; pero no tengo malditas las ganas de que me coman los tiburones; a lo menos, por ahora. Me han dicho que hay muchos en las aguas del Brasil, y bien sabes la voracidad de esos animales.

—¿Y nuestros compañeros?

—Precisamente estoy buscándolos con la vista, y no descubro ninguno.

—¿Habrán muerto todos?

—No lo creo. Se habrán guarecido en aquella selva para no ser descubiertos por los salvajes.

Emilio Salgari

—Que son muy crueles, según dicen; ¿es cierto, señor?

—Se comen a cuantos tienen la mala suerte de naufragar en sus riberas.

El grumete sintió un escalofrío que no pasó inadvertido para su interlocutor.

—¿Tienes miedo, rapazuelo?

—¡Sí, señor; mucho miedo! A un tío mío que iba de marinero con Cabral se lo comieron los indios de Puerto Seguro hace treinta y cinco años.

—Tienes razón para tener miedo, querido García; pero todavía no nos tienen en sus manos los salvajes. Además, no desembarcaremos sin armas. A bordo hay arcabuces, y también algunos barriles de pólvora. Pero veamos en qué lugar hemos naufragado.

Alvaro ascendió por la escala que conducía al alcázar, que las olas habían perdonado hasta entonces, y ya arriba, se subió en una caja para dominar mejor los alrededores.

Era tan maravilloso el espectáculo que se ofreció a sus ojos, que no pudo menos de proferir un grito de admiración. La tempestad había llevado a la carabela a una especie de golfo tan espléndido, que Correa no había visto en su vida nada semejante.

Era una inmensa ensenada de treinta millas o más de perímetro, bordeada por alturas cubiertas de soberbio arbolado, y en cuyas orillas se abrían acá y allá centenares de preciosas ensenadas, también cubiertas de vegetación.

A la derecha se extendía el continente; a la izquierda había una isla de gran tamaño, cubierta de palmas (1), y en el centro, multitud de islo-

(1) Esta isla se llama Staporica.

El hombre de fuego

tes, a cual más pintoresco, verdaderos jardines diseminados por el golfo.

Cinco o seis ríos de ancha boca vertían en él sus aguas, luchando furiosamente contra el oleaje que trataba de contenerlas.

— ¡Qué maravilloso país! — exclamó Alvaro entusiasmado—. Hasta ahora no me había fijado en él. ¡Lástima que esté habitado por esos feroces antropófagos, que tan particularmente estiman la carne de los hombres de raza blanca! Es un plato precioso que no abunda en el país, por ahora a lo menos. Subamos algo más, y veamos si algún marinero ha podido salvarse.

Había quedado en pie un trozo de palo mayor que sostenía la cofa.

El señor Correa trepó hasta ella por una de las cuerdas con agilidad que sorprendió al grumete.

Desde aquella altura se dominaba toda la bahía, y se distinguía perfectamente la costa más próxima, que sólo distaba entre setecientos y ochocientos pasos.

Veíase una hoguera, en torno de la cual unos cuantos hombres casi desnudos se ocupaban en secar sus ropas.

— ¡Los marineros de la carabela! — exclamó Alvaro alegremente—. ¡Tanto más celebro que se hayan salvado esos desdichados, cuanto que los daba por muertos!

Haciendo portavoz con las manos las llevó a la boca, y lanzó por tres veces un « ¡ohé! » prolongado.

Al oír aquel grito se levantaron los náufragos y se acercaron a la orilla, que las olas seguían batiendo con furia.

Eran como una docena, y varios de ellos co-

Emilio Salgari

jeaban. Entre ellos estaba el viejo piloto, que parecía el menos maltratado de todos.

— ¡Señor Correa! — gritó, esperando a que se deshiciese una ola enorme que se acercaba rápidamente—. ¿Sigue hundiéndose la nave?

— ¡Ya no se mueve!

— ¡Arrojáos al agua, y tratad de ganar la tierra a nado!

— Por ahora me encuentro bien aquí, y no pienso en desembarcar hasta que la mar esté tranquila — respondió el joven.

— ¡Tened cuidado, no sea que el mar os lleve! ¡Está todavía furioso!

— ¡Me guardaré de los golpes de mar!

— Si podéis, preparad por lo menos una almadía.

— Es precisamente lo que pienso hacer. ¡Adiós, piloto, y procurad que no os sorprendan los salvajes!

Descendió de la cofa, y dijo al grumete, que le esperaba ansiosamente en la cubierta:

— Hasta ahora todo va bien. Busca un hacha y construyamos una almadía. El huracán parece que pasará pronto, y quizá esta misma tarde podamos dirigirnos a tierra sin ningún peligro.

— Hay varias hachas en el camarote del piloto — respondió García.

— Y madera y cuerdas tampoco han de faltar-nos. Pero me parece oportuno que tratemos de restaurar nuestras fuerzas tomando alguna cosa. Espero que encontraremos algo con qué lastrar el estómago.

— Sé dónde está la despensa, señor.

Mientras el muchacho bajaba al sollado, Alvaro se entretuvo en examinar la carabela todo en redondo para ver si se hallaba en estado de aguantar el embate de las olas que la asaltaban sin tregua.

El hombre de fuego

Ya no se hundía. Parecía tan bien encallada, que no era posible que volviera a salir a flote. Lo dudoso es que pudiera resistir mucho tiempo sin hacerse pedazos.

Tenía los costados completamente desguazados, y a cada golpe de mar perdía algún madero.

El mar entraba por los anchos boquetes que había en la obra muerta, y salía en forma de cascada por otro boquete que se había abierto en la amura, después de remover toda la carga de la bodega.

— ¡Está condenada a desaparecer! — dijo Alvaro — Será cuestión de pocos días, como no sea de horas.

¡Qué lástima! ¡Con sus restos hubiera podido construirse una gran chalupa capaz de transportarnos a las Antillas!

¿Qué vamos a hacer en estas regiones, tan apartadas de las que ocupan los hombres de nuestra raza? ¡Quisiera saber cómo va a acabar todo esto!

Se encogió de hombros y compuso su rostro para tranquilizar al muchacho, que en aquel momento subía del sollado cargado con un canasto lleno de galleta y tocino.

— Es todo lo que he encontrado, señor Alvaro — dijo el rapaz.

— Tus camaradas se alegrarían mucho de tener a mano una cosa semejante; por más que en la costa brasileña abundan los árboles frutales.

Ya iba a tomar asiento en unos barriles, cuando oyeron la voz del viejo piloto:

— ¡Señor Correa! ¡Señor Correa!

El tono de la voz era profundamente angustioso.

Alvaro se puso de un salto en la amura de babor, desde donde podía distinguir la orilla sin necesidad de subir a la cofa.

Emilio Salgari

En aquel mismo instante salieron terribles alaridos del bosque que cubría la costa por aquella parte; parecían rugidos de fieras.

Pálido, y presa de la más viva emoción, Alvaro dirigió la vista hacia el lugar donde poco antes estaban los marineros náufragos.

Ya no estaban allí. Corrían desesperadamente por la orilla, gritando hasta desgañitarse:

— ¡Socorro!

— ¡Los salvajes!

— ¡Señor Alvaro!

— ¡Los tenemos encima!

Volaban por el aire flechas que iban a clavarse en la espalda y en los costados de los fugitivos.

— ¡Señor—exclamó el mozo, que se había puesto pálido como la cera—, están matando a nuestros compañeros!

Una turba de hombres medio desnudos, con larga cabellera suelta sobre la espalda, y la cabeza adornada con plumas de varios colores, salían del bosque dando gritos espantosos.

Eran por lo menos cincuenta, de estatura superior a la media, robustos, con piel de color de ladrillo, surcada de rayas rojas y negras que les daban aspecto pavoroso. Llevaban también la cara adornada con plumas a modo de bigotes, sostenidas por alguna materia pegajosa. Unos iban armados con clavos de seis pies de largo y uno de ancho, con el filo dentado como sierras; arma formidable, muy bastante para matar a un hombre de un solo golpe. Otros llevaban bastones huecos, soplando por los cuales lanzaban unas a modo de flechas, seguramente emponzoñadas, porque el marinero a quien herían caía al suelo revolcándose desesperadamente para no volver a levantarse.

El hombre de fuego

Al ver huir a los náufragos, los brasileños se habían precipitado a toda carrera tras ellos, temiendo, sin duda, que trataran de embarcarse.

Con un terrible golpe de maza rompían el cráneo del que había caído herido de flecha, y proseguían su desenfrenada carrera detrás de los otros.

Correa contemplaba horrorizado aquella matanza, sin que le fuera posible hacer nada por impedirla. Cierto es que había arcabuces a bordo; pero de nada servían, porque las armas de fuego tenían muy poco alcance en aquel tiempo.

Aunque se hubiera arrojado al agua, con riesgo de estrellarse en los arrecifes, su ayuda habría sido completamente inútil, y los brasileños hubieran contado con una víctima más.

En vano gritaba y amenazaba. Los aullidos de los salvajes y el fragor de las olas apagaban su voz.

— ¡Deteneos, canalla! — gritaba — ¡Deteneos, o en cuanto me acerque no dejaré uno de vosotros con vida!

Los brasileños no habían advertido siquiera la presencia del portugués y de su joven compañero; ni aun parecía que se hubieran dado cuenta de la cercanía de la carabela; tan embargados estaban por la cacería de los náufragos.

Aquella cacería no podía durar mucho, porque los salvajes corrían como gamos.

De los doce marineros sólo quedaban cinco, que se habían refugiado en la cima de una escollera y trataban de defenderse desde allí a pedradas. Entre ellos estaba el piloto, a quien la inminencia del peligro había puesto alas en los pies.

Una descarga de flechas hizo caer a tres de ellos. En seguida se precipitaron los salvajes con las mazas enarboladas sobre los dos que quedaban, y los tendieron a sus pies convertidos en un

Emilio Salgari

informe montón de carne sangrienta y huesos destrozados. Una gritería feroz saludó la caída de los dos últimos portugueses.

—¡Miserables!—exclamó Alvaro horrorizado— ¡Son bestias feroces más que hombres!

—Señor—dijo el mozo con voz trémula—, ¿vendrán ahora a matarnos a nosotros?

—Me parece que ni siquiera nos han visto.

—¡Procuremos que no nos vean, señor!

—¡Quisiera que viniesen!—respondió Alvaro— ¡Tenemos aquí arcabuces, y podríamos vengar a tus pobres compañeros!

—¡No los llaméis, señor Alvaro!

—¡Sin embargo, daría cualquier cosa por arcabucearlos!

—¿Y qué harán ahora con los cadáveres de nuestros camaradas?

—Se los comerán. ¡Mira!

Los brasileños recogieron los cuerpos de los marineros, y los trasladaron al lugar donde aún ardía la hoguera que el piloto había encendido.

Mientras unos llevaban ramas secas y pencas de coco, otros iban disponiendo ordenadamente esos materiales combustibles en torno de las llamas.

Cerca de ellas habían alineado los doce cadáveres, después de quitarles las pocas ropas que llevaban encima y de depilarlos perfectamente, valiéndose para el caso de unos cuchillos de concha que debían de estar afiladísimos y cortar admirablemente.

Después los lavaron con agua del mar. Construyeron en seguida unas gigantescas parrillas con gruesas ramas verdes, y tendieron sobre ellas los doce cuerpos, alimentando y avivando el fuego.

Cuando vieron los cuerpos envueltos en llamas,

El hombre de fuego

aquellos feroces caníbales se agarraron de las manos y se entregaron a una danza desenfrenada.

Saltaban como cabras, con extravagantes movimientos de cabeza y de hombros, y tercos aullidos, mientras dos o tres de ellos, puestos en cuclillas, soplaban furiosamente en una especie de pífanos hechos con tibias humanas, produciendo una música salvaje.

— ¡Parecen demonios! — dijo el mozo arrimándose a Alvaro, que contemplaba con profundo disgusto aquella horrible escena.

— Sí, demonios que tendría mucho gusto en mandar al Infierno a cañonazos! — respondió el joven—. ¡Nos tocará a nosotros la misma suerte!

— ¿Desembarcaremos, señor?

— No tendremos otro remedio, si no queremos morir de hambre y de sed o ser hechos trizas por las olas.

— ¿No podríamos costear el Brasil hasta llegar al golfo de Méjico?

— ¿En una almadía? ¡No llegaríamos nunca! Además, tendríamos que desembarcar de cuando en cuando, y siempre estaríamos expuestos a caer en manos de los antropófagos.

— Pero, ¿son caníbales todos los habitantes de estas tierras?

— Casi todos, querido.

— ¿Qué va a ser, pues, de nosotros?

— No lo sé de cierto — respondió Alvaro—. Lo que sí te digo es que, teniendo arcabuces, no nos dejaremos matar impunemente.

Sé que todos los salvajes tienen miedo a las armas de fuego, por no comprender la razón del estampido que producen: pudiera suceder que estos mismos se espantasen de ellas.

Emilio Salgari

—No debemos desembarcar hasta que esos bárbaros se hayan ido bien lejos.

—No seré tan imbécil que me exponga a sus golpes. Supongo que no se quedarán acampados toda la vida en la playa, y que volverán a sus aldeas.

Terribles aullidos interrumpieron esta plática. Sin duda, los cocineros encargados de asar a los hombres blancos habían avisado a sus compañeros que el banquete estaba listo, porque la danza terminó de pronto, y todos volvieron hacia la hoguera, dando muestras de frenética alegría.

Sacaron a los marineros del medio chamuscado asador por medio de largas pértigas armadas de guijarros en las puntas, y los tendieron sobre lechos formados con hojas gigantescas.

Un indio viejo que llevaba adornado el pecho con varias sartas de dientes de animales feroces, y los brazos con pulseras de oro, después de pronunciar un discurso de ocasión, despedazó con un hacha de pedernal los miembros de los hombres asados, y repartió los trozos entre los comensales. A uno le entregaba una cabeza; a otro, una pierna; a otro, un muslo, y así sucesivamente.

—¡Canalla!—exclamó Álvaro, que no podía contemplar tranquilo aquel atroz espectáculo— ¡Y no poder impedir semejante atrocidad! ¡No mires, García, porque vomitarías cuanto tienes en el cuerpo!

Volvióse a la banda de babor para ver las olas que seguían entrando por la boca de la bahía y azotando el casco del barco; pero, no pudiendo refrenar su curiosidad, de cuando en cuando dirigía la mirada hacia el grupo de los salvajes, por más que aquella escena de canibalismo le inspirase a él, tanto como a su compañero, invencible horror.

El hombre de fuego

Habíanse arrojado los salvajes sobre los restos de los marineros con la avidez de fieras hambrientas que no han comido en una semana. Con tanta prisa hicieron trabajar las mandíbulas, que pocas horas después no quedaba de los pobres náufragos más que un montón de huesos y calaveras.

Ya hartos, se habían sentado a la sombra de las palmas para hacer la digestión de aquel copioso banquete.

Sólo dos o tres de ellos, por exceso de precaución, se habían encaramado en la cima de un peñasco para vigilar las cercanías; pero miraban más hacia el bosque que hacia la bahía. No era probable, sin embargo, que hubiera pasado inadvertida para ellos la carabela, que aún sobresalía de la superficie del agua lo bastante para ser vista claramente desde el lugar en que se hallaban, a pesar de que el mar la ocultara algunas veces tras nubes de espuma.

Aquella tranquilidad inquietaba más a Alvaro que un asalto. Muchos eran cincuenta; pero unas cuantas descargas pudieran ser bastantes para contenerlos, y hasta para infundirles tal pavor, que renunciaran para siempre a combatir con enemigos provistos de armas tan formidables.

También temía que esperasen refuerzos para asaltar el barco con mayores probabilidades de triunfo.

—¡Pobre muchacho!—dijo al mozo, que le dirigió una mirada interrogadora— ¡Guardémosnos de cerrar los ojos! ¡Esos tunantes no nos dejarán tranquilos!

—¿Acaso sabrán que hay gente en esta carabela?

—Creo que sí.

Emilio Salgari

—¿Y a qué esperan para atacarnos?

—Probablemente, esperarán canoas. Sé, por el pobre piloto, que todos estos ribereños del Brasil usan canoas hechas con troncos socavados, y que se sirven de ellas con prodigiosa habilidad.

—¡Ay, señor! ¡Siento que se me huela la sangre pensando que tenemos que pelear con esos salvajes!

—¡No es este momento para amilanarse, rapazuelo!—dijo Alvaro— Si quieres salvar el pellejo, es preciso que me ayudes con todas tus fuerzas. ¿Sabes tirar con el arcabuz?

—Sí, señor; soy hijo de un soldado.

—Ve, pues; trae todas las armas que encuentres, y preparémonos para la defensa. Mientras no se tranquilice el mar, por bien que los brasileños sepan manejar las canoas, no se atreverán a acercársenos. Si el mar está bravo para nosotros, también lo está para ellos.

Algo animado por las palabras del valeroso joven, García registró toda la parte accesible del barco; pero, por desgracia, estaba muy mal provisto de armas. Quizás las hubiera en la cámara común de proa; pero no era posible buscarlas por aquel lado, que estaba completamente invadido por el agua.

Todo el armamento de que podían disponer se reducía a cinco arcabuces, de los cuales tres estaban inservibles, un par de espadones herrumbrosos y unas cuantas hachas. En cambio, abundaban las municiones; nuestros exploradores descubrieron cuatro barriles de pólvora, destinados quizás a algún cacique indiano, y muchos sacos de balas.

El mozo se echó a cuestras todas estas armas,

El hombre de fuego

suficientes para dos personas, las trasladó a la cubierta, y las puso a los pies de Álvaro.

El joven examinó los arcabuces como inteligente que era en la materia, y echó a un lado los inservibles.

—Tenemos los necesarios—dijo—. Temía que se hubieran mojado las municiones; pero, ya que abundan, según me dices, daremos una buena lección a esos comedores de carne humana si se atreven a asaltar la carabela.

Cargó los dos arcabuces, y después miró a los salvajes.

Todo seguía en el mismo estado que antes. Los caníbales continuaban dormitando tranquilamente a la sombra de las palmas, sin hacer ningún caso de la carabela. Sólo sus centinelas habían mudado de sitio, encaramándose en un peñón más alto que el que antes ocupaban, y desde el cual podían dominar toda la bahía.

No miraban tampoco hacia la carabela, sino hacia la boca de uno de los ríos que desembocaban en la bahía, como si esperasen o temiesen algo por aquella parte.

—¡Esperan las piraguas; no tengo duda!—dijo Álvaro con acento que indicaba viva inquietud—. ¡No saldremos llanamente del paso! ¡Es imposible que se vayan sin visitar antes la carabela!

Y volviéndose al mozo añadió:

—¡Rapazuelo, no perdamos tiempo, y alejémonos en cuanto se calmen las olas!

—¿Y qué debemos hacer?

—Construir una almadía.

—Estoy pronto a ayudaros, señor Álvaro.

—¡Pues manos a la obra! Ya que tenemos tiempo y que los salvajes nos conceden alguna tregua, aprovechémosla.

CAPÍTULO III

EL ASALTO DE LOS ANTROPÓFAGOS

CON todos aquellos maderos y cordajes, la construcción de una balsa capaz para dos personas no era difícil ni requería mucho tiempo.

Lo peor era lanzarla al mar; pero Álvaro pensaba servirse para el caso del trozo que quedaba del palo mayor para izarla hasta la borda por medio de cualquier polea de la cofa, y descolgarla después al mar cuando se hubiera calmado lo suficiente.

Con las hachas que había a bordo los dos náufragos picaron la larguísima entena de la vela latina, y ligaron entre sí fuertemente los trozos para formar el esqueleto de la almadía. Después demolieron el castillo de popa y parte de la obra muerta para construir la plataforma. Para hacer más boyante la almadía, sujetaron firmemente en sus cuatro esquinas varias barricas vacías que hallaron en el sollado.

Apenas habían terminado la obra, que duró unas cuantas horas, pues ninguno de los dos era muy práctico en tales trabajos, oyóse lejana gritería.

—¿Serán más salvajes que vienen a reunirse con los otros?—preguntó Álvaro con cierta inquietud.

Miró hacia la orilla, y vio a los antropófagos todos en pie alrededor del peñón en cuya cima estaban los atalayas.

El hombre de fuego

Gesticulaban animadamente y miraban hacia el Sur.

Alvaro dirigió hacia aquella parte la vista, y no sin profunda emoción descubrió unas cuantas largas piraguas que desembocaban por uno de los ríos.

Eran cuatro, excavadas en gigantescos troncos. Tenían unos treinta pies de largo y cuatro de ancho, con la proa elevada, figurando toscamente monstruosas cabezas de caimán. Cada una de ellas llevaba diez remeros casi enteramente desnudos.

Por más que las olas batiesen con gran violencia la costa por aquella parte, las piraguas consiguieron entrar en la bahía, y estaban maniobrando con evidente intención de seguir la línea de la costa y acercarse al lugar donde se hallaban los antropófagos.

— ¡Querido García—dijo Álvaro—, mal van las cosas para nosotros! Aquellas piraguas les servirán a los salvajes para hacernos una visita. No tienen bastante con los marineros que se han comido, y quieren celebrar otro banquete con nuestras carnes.

— ¿Y qué vamos a hacer?

— Subiremos un par de barriles de pólvora sobre cubierta, y les pondremos dos buenas mechas.

— ¿Y volaremos?

— ¡Juntos con esos bribones, si no conseguimos rechazarlos!

— ¡Ah, señor!

— Si prefieres que te asen, no me opongo. Yo, por mi parte, prefiero morir peleando. Se me ocurre que muy bien pudiéramos salvar el pellejo. ¡Ah, sí! ¡Una buena mina debajo del castillo de proa pudiera dar espléndidos resultados!

Midió con la vista la longitud de la carabela.

Emilio Salgari

— ¡Diez y ocho varas próximamente! — dijo hablando consigo mismo — Podrá bastar esa distancia. Lo peor que puede pasarnos es ir a dar en el mar con nuestro cuerpo. ¿Dónde están los barriles?

— En el camarote del piloto; pero, ¿qué queréis que haga, señor?

— ¿No hay mechas a bordo?

— Una cuerda bien alquitranada puede sustituirla.

— ¡Eres listo, rapaz! — dijo el joven sonriendo.

Descendió al entrepuente y se introdujo en el camarote del piloto, especie de covacha abarrotada de cajas, barriles y objetos de todas clases. No le fue difícil descubrir las municiones, que estaban encerradas en cuatro barriles con cerco de hierro, cubiertos de lona todavía húmeda para evitar el peligro de una explosión.

Cargó Álvaro con uno de ellos y lo subió a la cubierta, dirigiéndose acto seguido al castillo de proa, que habían perdonado las olas, a pesar de que el choque contra el escollo que había hecho encallar el barco lo hubiera desguazado.

También allí había cajas de diversos tamaños, pertenecientes a los tripulantes; carretes, montones de cuerdas y de cadenas y velas descosidas.

— Tengo todo lo que necesito para preparar la mina. La explosión desbaratará la proa; pero importa poco, porque, de todos modos, la carabela está inservible.

Vació una de las cajas que allí había y puso dentro de ella un cartucho, el cual llenó previamente con tres o cuatro libras de pólvora que, con grandes precauciones, sacó del barril.

— ¡Es bastante! — dijo — Para espantar a los

El hombre de fuego

salvajes cuento más con el ruido de la explosión que con el efecto que haga.

Tomó una cuerda alquitranada que muy bien podía hacer las veces de mecha, cortó un par de varas de ella, e introdujo en el cartucho uno de sus extremos, sujetándola después a él mediante una fuerte ligadura.

— ¡Ya está lista la mina! —dijo, amontonando después sobre la caja en que había encerrado el cartucho barriles, cadenas, cuerdas y cuanto encontró a mano.

En seguida tapó el barril y volvió a llevarlo al camarote de donde lo había sacado, cubriéndolo con una lona previamente humedecida. Luego volvió a subir a la cubierta.

Las cuatro piraguas, hábilmente manejadas por los remeros, después de una empeñada lucha con el mar, habían logrado ponerse al socaire detrás de los arrecifes.

Todas las miradas de los salvajes se dirigían hacia la carabela. Debían de haber comprendido que en aquella gigantesca canoa habían llegado los hombres blancos a la bahía, y quizá hubiesen advertido también la presencia del portugués y del mozo.

Sin embargo, el mar estaba demasiado agitado para que se decidieran a emprender la travesía de la vasta extensión de agua que los separaba de la nave.

Por más que el viento hubiera amainado notablemente, el Atlántico seguía enviando a la bahía enormes olas, que chocando en los islotes y arrecifes de que estaba sembrada, mantenían la superficie del agua en tal estado de agitación, que la navegación por aquellos parajes hubiera sido peligrosa hasta para grandes chalupas.

Emilio Salgari

Además, comenzaba a anochecer, y no era prudente aventurarse en la oscuridad por entre tantos escollos, arrecifes y bancos de arena.

—¿No se deciden todavía, señor?—preguntó García.

—¡Están seguros de apoderarse de nosotros!—contestó Viana— Esperarán, pues, a que el mar se calme un poco. A pesar de todo, dormiremos por turno. Tú, que eres el más joven, dormirás primero. ¡Ya puedes echarte!

—Apenas sintáis sueño, llamadme.

—¡No temas, rapazuelo!

Alvaro subió al alcázar con los dos arcabuces. Allí, fuera del alcance de las olas, se sentó en un montón de cuerdas, con la vista fija en la ribera.

Rápidamente se echó la noche encima. Reinaban las más densas tinieblas.

Los salvajes habían encendido varias hogueras, y estaban agrupados alrededor de ellas.

Desde su observatorio los veía Alvaro gesticular y señalar al escollo en que estaba encallada la carabela.

Seguramente estaban haciendo planes para apoderarse de ella y saquearla. De cuando en cuando levantábase alguno, y dando grandes alaridos volteaba su maza en el aire y daba saltos adelante y atrás, como si estuviese combatiendo con algún enemigo invisible.

Hacia la media noche se restableció la calma. y poco a poco fueron extinguiéndose las hogueras.

Entregado a tristes pensamientos, Correa no se atrevía a cerrar los ojos, ni tampoco a confiar la vigilancia de la carabela al mozo, temiendo que se durmiera.

De cuando en cuando se levantaba, subía al castillo de proa y exploraba atentamente con la

El hombre de fuego

vista la bahía, temiendo que de pronto se presentasen las cuatro piraguas. Después volvía a situarse en el alcázar para observar el Océano.

Había momentos en que se hubiera alegrado de que volviese el mal tiempo, por más que el casco de la carabela no estaba en condiciones de resistirlo.

Pero el mar iba calmándose y rompiéndose las nubes, que dejaban ver entre unas y otras algunos jirones de cielo estrellado.

Las olas eran cada vez menos gruesas, y mayores los intervalos entre unas y otras; señal inequívoca de que el huracán que había reinado en el Océano tocaba a su fin.

— ¡Si pudiéramos echar al agua la almadía! — se dijo Álvaro para sí— Pero no; mejor es esperar a que la calma se afirme completamente, no sea que se desbarate ante nuestros ojos. ¿Y adónde dirigirnos después? Las piraguas no tardarían en darnos caza, y ya, si tenemos que luchar, mejor es que lo hagamos aquí.

Transcurrió la noche en un estado de ansiedad constante. El mozo se había despertado y reunido con Álvaro poco después de la media noche, no siéndole posible reanudar el sueño.

A la salida del sol la situación no había cambiado; seguía el oleaje en la bahía, pero mucho menos violento que el día anterior.

Los indios se habían levantado ya, y observaban la carabela desde la cumbre del peñascal, mientras los remeros de las piraguas las trasladaban al agua, porque la baja marea las había dejado en seco.

—Se preparan a asaltarnos—dijo Álvaro al mozo—. No te asustes cuando los veas acercarse, y procura afinar la puntería.

— ¡No soy mal tirador, señor! —respondió Gar

Emilio Salgari

cía—. Mi padre, que fue sargento en el regimiento de Castilla, me enseñó a manejar las armas.

—Entonces, todo irá bien. ¡Míralos cómo se reúnen! ¡Armémonos, y procuremos hacerles el mayor daño posible! ¡Esos antropófagos no son dignos de piedad! ¡Además, se trata de salvar nuestros solomillos!

Los indios se habían apartado del peñón y estaban embarcándose confusamente con gran gritería en las cuatro largas piraguas.

Parecía que todos se habían vuelto locos repentinamente. Levantaban las mazas, las volteaban en el aire, mostrando tanto vigor como agilidad, y preparaban las cerbatanas para lanzar con ellas las flechas envenenadas con el *curare*, esa terrible mixtura confeccionada con los jugos de diversas plantas, y para cuyas heridas no se conocía entonces ningún remedio.

Ya embarcados y colocados los guerreros entre los bancos de las piraguas, dieron la vuelta al arrecife, que hasta entonces las habían resguardado de los embates de las olas, y se dirigieron hacia la carabela.

Según su costumbre, los salvajes aullaban como fieras, creyendo así espantar a los náufragos.

Correa conservaba toda su tranquilidad. Después de examinar la mecha embreada, que halló perfectamente seca, improvisó una barricada en el alcázar, utilizando algunas cajas y barriles, y se parapetó tras ella acompañado por el mozo, poniendo al alcance de la mano los arcabuces y los dos espadones herrumbrosos, que para el caso de una lucha cuerpo a cuerpo podían ser de gran utilidad.

—García—dijo Alvaro—; me parece que tenemos en el canasto algún vino de Oporto.

El hombre de fuego

—Sí, señor.

—Bébetelo un trago antes de que comience la batalla. ¡Eso te animará!

El mozo no se hizo rogar y sacó la botella, que alargó primero a Álvaro.

—Así tendrán mejor gusto nuestros solomillos, si somos asados!—tuvo la audacia de decir el valeroso joven.

—¡Bebe un buen trago, García! ¡Los salvajes están a tiro!

Las cuatro piraguas, que avanzaban rápidamente ascendiendo y descendiendo por las olas, sólo distaban ya unos trescientos pasos del arrecife en que estaba encallada la carabela.

Álvaro empuñó uno de los arcabuces, lo apoyó sobre una caja, y dirigió la puntería a un gran diablo de salvaje que estaba de pie en la proa de la primera piragua dando terribles aullidos y volteando la clava en el aire.

Apenas hubo oprimido el gatillo, cayó el salvaje al agua, herido en medio del pecho por una bala de a onza.

Al oír el estampido del disparo, que debieron de tomar por un rayo, detuviéronse los remeros. Todos los salvajes dirigieron la vista hacia arriba en lugar de mirar a la carabela.

Ninguno de ellos parecía preocuparse de su compañero caído, que desapareció en las profundidades del golfo.

Otro arcabuzazo, disparado por el mozo, y que rompió un brazo a uno de los remeros, les hizo comprender que los misteriosos emisarios de la muerte no llegaban del cielo, completamente claro y diáfano, sino que salían de la nave.

Habían distinguido el fognazo sobre el alcá-

Emilio Salgari

zar, y también la nubecilla de humo que aún no había disipado la brisa de la mañana.

Un estupor imposible de describir se apoderó de aquellos ingenuos y feroces hijos de las selvas vírgenes americanas.

Mudos de terror, miraban a la carabela sin atreverse a tocar los remos. ¿Qué bestia podía ser aquélla que vomitaba fuego y que a tan gran distancia mataba y mutilaba a los hombres?

A pesar de todo, no duró mucho el asombro de aquellos salvajes, habituados a la guerra continua entre unas y otras tribus. La codicia venció al miedo, y empujadas vigorosamente por los remos, las piraguas se acercaron rápidamente a la carabela.

Ya habían visto a los dos náufragos, y esperaban vencerlos fácilmente, y comérselos pronto.

— ¡Señor Álvaro—dijo el mozo—, siguen avanzando! ¡El ruido de los disparos no basta para contenerlos, ni tampoco las balas!

—La mina está lista, y los hará saltar por el aire. ¡Espera a que lleguen debajo de la proa!

—¿Y nosotros?!

—Nos refugiaremos en el entrepuente. La explosión no hará grandes estragos. ¿Has cargado ya el arcabuz?!

— ¡Sí, señor.

— ¡Apunta a la segunda piragua; yo me encargo de la primera!

Resonaron otros dos disparos a muy poca distancia uno de otro, y dos salvajes cayeron: uno muerto y el otro herido.

Una horrible gritería respondió a aquella segunda descarga. Después una voz tonante se elevó sobre todas las otras, exclamando varias veces:

— ¡Caramura! ¡Caramura!

El hombre de fuego

¿Era una maldición lanzada contra los poseedores del fuego celeste, o significaba alguna otra cosa? Alvaro no tuvo tiempo de buscar la explicación de la palabra.

Las cuatro piraguas lograron llegar a la proa de la carabela merced a un último esfuerzo de los remeros. El abordaje era por allí más fácil que por la popa, por ser menor la altura de la borda.

Correa echó mano de un pedazo de cuerda embreada que había encendido antes de que comenzase el combate, y ardía lentamente sobre la borda.

— ¡Al entrepuente, García! — exclamó.

— ¡No, señor! — respondió el muchacho con voz resuelta — ¡Aprovecharé este otro disparo de mi arcabuz, ya que lo tengo cargado!

— ¡Gracias! — respondió Alvaro, empuñando uno de los dos espadones.

Mientras los indios, seguros de apoderarse fácilmente de la nave, trataban de penetrar en ella subiendo por las cuerdas del bauprés, el portugués atravesó la toldilla, cubriéndose con el castillo de proa.

De un tajo cortó parte de la cuerda que servía de mecha, prendió fuego al pedazo que iba a pasar a la caja, y en seguida escapó a toda carrera.

En aquel momento el primer salvaje lograba subir, encaramándose por la roda. Ya estaba a punto de poner el pie en el castillo, cuando el mozo le derribó de un disparo de arcabuz, haciéndole caer sobre los compañeros que inmediatamente le seguían.

— ¡Bravo, García! — exclamó Alvaro, subiendo precipitadamente al alcázar — ¡Pronto al entrepuente, que la mina va a reventar!

Los brasileños, que comenzaban a flaquear, no por las pérdidas que hubiesen experimentado, sino por el miedo que les causaban aquellos es-

Emilio Salgari

tampidos cuya causa no se explicaban, se habían refugiado en las canoas, no atreviéndose a seguir encaramándose por las cuerdas.

Seguían gritando con acento de terror:

—¡Caramura! ¡Caramura!

De repente una formidable detonación sofocó sus clamores.

Había estallado la mina, lanzado por el aire cajas, barriles, trozos de maderas, rollos de cuerda y mil otros objetos, y desarticulando toda la proa de la carabela.

Tan fuerte fue la sacudida, que Alvaro y el mozo fueron derribados en el suelo uno sobre otro, y todos los objetos que se hallaban suspendidos en las paredes cayeron con gran estrépito. Hasta las puertas de la cámara fueron arrancadas y echadas por el suelo.

—¡Pardiez, qué cañonazo!—exclamó Alvaro, levantándose y tentándose todo el cuerpo— ¡Si llego a poner en la caja medio barril de pólvora, salimos danzando por el aire! Y tú, muchacho, ¿te has hecho daño?

—He sufrido un pequeño golpe en la nariz.

—¡Salgamos afuera!

Empuñaron los espadones y los arcabuces y subieron a la cubierta. Una espesa humareda se cernía aún sobre la destrozada proa, y grandes llamaradas salían de debajo del castillo. Las cuerdas embreadas, la ropa de los marineros y otras materias combustibles hacinadas en la proa habían sido incendiadas por la explosión.

—¡Diablo!—exclamó Álvaro, frunciendo el ceño— ¡No había previsto ese peligro!

Se encaramó sobre la borda, agarrándose a las cuerdas que sujetaban todavía el trozo subsistente del palo mayor, y echó una ojeada hacia la proa.

El hombre de fuego

La derrota de los indios había sido completa; ¡de las cuatro piraguas una había zozobrado, y las otras tres se alejaban a toda prisa hacia tierra.

— ¡Buen golpe, a fe mía! — dijo el bravo joven, riendo.

— ¡Esos malditos antropófagos no volverán a atacarnos!

Dirigió la vista hacia el arrecife en que estaba encallada la carabela. Cadáveres horriblemente mutilados flotaban acá y allá, mezclados con pedazos de remos y de bancos.

— ¿Se han marchado, señor Alvaro? — preguntó el mozo.

— Van hacia la costa con la rapidez del viento — respondió Correa — ¡Juraría que no les queda una gota de sangre en las venas!

— ¡Qué arrancada llevan! — exclamó el muchacho, que a su vez se había subido sobre la borda — ¡Deben haber pasado un miedo espantoso!

— Varios de ellos han muerto.

— Y se los están comiendo los tiburones, señor. ¡Oh! ¡Qué feroces animales! ¡Mirad cuántos hay! ¡Qué dientes tienen! ¡De una sola dentellada parten a un hombre por la mitad del cuerpo!

Correa miró hacia la proa, y se estremeció. Siete u ocho escualos monstruosos, de esos que tienen la cabeza de figura de martillo, se agitaban cerca del arrecife enseñando su enorme boca semicircular armada de formidables dientes.

Volvíanse sobre el dorso, pues de otra manera no pueden apoderarse de su presa, a causa de la disposición de su boca, que se abre debajo de las dos cabezas del martillo, y después, de una dentellada que hacía helar la sangre en las venas, partían en dos los cadáveres y desaparecían, lle-

Emilio Salgari

vándose la mitad más suculenta, dejando tras sí una extensa mancha de sangre.

— ¡Oh, qué horribles peces! — exclamó Correa — Si la explosión nos hubiera lanzado al mar, ¡buen fin nos esperaba!

Una nube de humo negro y pestilente impregnado del olor del alquitrán les hizo comprender que a la sazón el peligro no estaba en los tiburones.

— ¡Pardiez! — exclamó — Nos habíamos olvidado de que la proa de la carabela está ardiendo! No podemos considerarnos fuera de peligro aunque los salvajes se hayan marchado. Tenemos que marcharnos también nosotros, y sin perder tiempo.

— Es cierto, señor; pero ¿y los tiburones?!

— En este momento están demasiado entretenidos para acordarse de nosotros. Además, tenemos armas, y si tratasen de atacarnos en nuestra almadía, sabríamos defendernos.

Dirigió una última mirada a la costa. Las tres piraguas habían embocado uno de los ríos que desaguan en la bahía, y en aquel momento desaparecían tras la masa de verdura de sus orillas.

— Embarquémonos, García — dijo —. Trae un barril de pólvora y plomo. ¿No nos quedan más víveres?

— La despensa está debajo del agua; ya os lo dije.

— Pues iremos a la costa en busca del almuerzo. Estoy viendo muchos pájaros que revolotean sobre los árboles, y no somos malos tiradores.

Trepó hasta la cofa del palo mayor, llevando consigo una cuerda, que pasó por una de las poleas; después amarró un cabo a una de las esquinas de la almadía y envolvió el otro en el cabrestante de popa, que el mozo ya había provisto de sus manivelas.

El hombre de fuego

Tenían que darse prisa, porque las llamas, encontrando fácil pasto en el maderamen embreado de la carabela, cada vez iban adquiriendo más fuerza.

Largas lenguas de fuego salían del castillo de proa, y espesas nubes de humo envolvían toda la nave.

Correa y el mozo se agarraron a las palancas del cabrestante, y empleando todas sus fuerzas, lo pusieron en movimiento. Como la almadía era pequeña y no muy pesada, no les fue difícil izarla y empujarla fuera de la borda.

Por otra parte, el estado del mar favorecía la maniobra, que hubiera sido difícilísima con un fuerte oleaje.

El Atlántico se había calmado, y sólo de cuando en cuando alguna ola de poca altura entraba por la boca de la bahía e iba a deshacerse en los islotes y arrecifes de que estaba sembrada.

Apenas hubo llegado al agua la almadía se enderezó y quedó flotando y dando vaivenes y golpes contra el costado de la nave.

Convencidos de que flotaba perfectamente, Correa y el mozo trasladaron a ella los dos barriles en que guardaban las municiones, alguna ropa de la que habían encontrado en el camarote del piloto, los espadones y los arcabuces, y en seguida cortaron las cuerdas y se separaron de la nave.

—¿Adónde nos dirigimos, señor?—preguntó el mozo, empuñando los remos.

Correa estuvo un momento explorando la línea de la costa, y señalando después hacia un río de los varios que desaguaban en la anchurosa bahía, dijo:

—Acerquémonos allá, pues está bastante lejos del que remontaron las piraguas de los brasileños.

CAPITULO IV

EN LA COSTA

LA almadía flotaba perfectamente, contribuyendo a ello las barricas que llevaba en sus esquinas y que la mantenían muy boyante; la plataforma quedaba completamente fuera del agua, a pesar del oleaje que aún duraba.

El señor Correa y el muchacho bogaban vigorosamente después de haberse orientado, pero sin perder un momento de vista la boca del río por donde habían desaparecido las tres piraguas de los brasileños.

Recelaban que aquellos bribones se hubieran escondido en los bosques que cubrían las orillas y que se presentasen de un momento a otro.

En la bahía sólo se veían ciertas aves marinas de una especie absolutamente desconocida para Alvaro y su compañero, los cuales, de cuando en cuando, se lanzaban rápidamente sobre la superficie del agua para apoderarse de algún pez que osara asomar fuera de ella la cabeza. Ninguna piragua surcaba aquel inmenso espejo de agua, sembrado de preciosos islotes cubiertos de varias clases de palmas que ofrecían el más pintoresco espectáculo.

Ningún ruido sospechoso turbaba el silencio que reinaba en aquella especie de golfo, llamado a ser un día uno de los puertos más amplios y

El hombre de fuego

abrigados del mundo y asiento de una de las ciudades más opulentas de América.

Sólo se sentía el rumor de las olas al deshacerse en los islotes y arrecifes.

Meciéndose sobre las olas, la almadía se había alejado ya unos cien metros de la carabela, que seguía ardiendo, cuando la aparición de algunos objetos sobre la superficie del agua a babor y a estribor de la almadía arracaron un grito de terror al mozo.

— ¡Señor Correa!

— ¿Los indios? — preguntó Alvaro, que no había advertido todavía la presencia de otros enemigos no menos formidables que los comedores de carne humana de las selvas brasileñas.

— ¡No; los tiburones, señor!

— ¡Parece que en este maldito país todo conspira para devorarnos! ¡La cosa va siendo un poco pesada!

— ¡Nos tienen sitiados, señor!

Alvaro recogió el remo y echó una mirada en torno suyo. El mozo no había exagerado el peligro.

Siete u ocho peces de cabeza de martillo enseñaban su horrible cabeza a pocos pasos de la almadía, abriendo y cerrando las mandíbulas con crujidos poco tranquilizadores.

Los ojos, de color azul oscuro, que tienen en los dos extremos del martillo, los clavaban obstinadamente en los náufragos como si quisieran fascinarlos.

— ¡No son menos peligrosos que los indios! — dijo el joven portugués — Con todo, no es cosa fácil para ellos subir a la almadía, porque, por fortuna, la Naturaleza no los ha dotado de ga-

Emilio Salgari

rras. ¡¡Qué bocas! ¡No te causan escalofríos, rapazuelo?

— ¡Me hacen perder la cabeza, señor! — contestó el mozo.

— ¡Echa mano a uno de los espadones y da un pinchazo al que se acerque!

— Mejor sería tirarles con los arcabuces.

— ¡Disparos! ¡No, García; no llamemos la atención de los indios! Muy bien puede ser que estén en aquel bosque.

Los tiburones daban vueltas en torno de la almadía a cierta distancia de ella, mostrando ora su robusto dorso, ora su cola, en la cual tienen tanta fuerza, que con un solo golpe pueden hacer zozobrar una canoa de mediano tamaño.

De cuando en cuando alguno de ellos se zambullía con gran estrépito y los dos náufragos sentían rozar su piel rugosa con el fondo de la almadía.

— Parece que quieren levantarla — dijo Correa, que estaba más tranquilo de lo que las circunstancias aconsejaban —; pero creo que no tienen fuerza para tanto. Además de la almadía tendrían que levantarnos a nosotros, que pesamos algo.

Empuñó su espadón, y con valor temerario se asomó al costado de estribor de la almadía, tirando varias cuchilladas que dieron en el vacío. Aquellos malditos escualos, astutos como peces, en cuanto notaban el ademán ofensivo se sumergían rápidamente y reaparecían poco después por el otro lado de la almadía.

Uno de ellos, más impaciente o más hambriento que los otros y seguro de su fuerza, pues tenía seis o siete metros de largo y una boca tan enorme que García hubiera cabido cómodamente sentado dentro de ella, se lanzó contra la almadía

El hombre de fuego

y le dio tan fuerte coletazo, que la hizo inclinarse más de un pie a estribor.

El encontronazo fue tan súbito e inesperado, que a Correa le faltó poco para caer entre las abiertas mandíbulas que le esperaban, y que se hubieran cerrado en cuanto hubiese caído en ellas.

— ¡Diablo! — exclamó el portugués, recobrando al momento su admirable serenidad — ¡La cosa va poniéndose seria! ¡Si todos se nos echan encima de golpe, nos harán pedazos!

Viendo al monstruo voraz volver al asalto, empuñó con ambas manos el espadón y le dio tan violenta cuchillada, que le cercenó en redondo una de las dos cabezas del martillo.

Tan atrozmente mutilado, el tiburón lanzó un resoplido que sonó como un lejano trueno, y se sumergió de pronto, dejando en la superficie del agua una extensa mancha de sangre y el trozo de cabeza cercenado por el golpe, en el cual estaba uno de los ojos, que parecía lanzar todavía una mirada terrible.

— ¡Creo que ese bribón tiene bastante! — dijo el portugués.

— ¡Y también este otro! — añadió el mozo, que, animado por el feliz éxito de su compañero, y viendo a otro tiburón pasar a su alcance, le hendió la cabeza de una cuchillada con sorprendente destreza.

Por desgracia, lograron lo contrario de lo que se proponían, porque los otros tiburones, en vez de asustarse, excitados quizá por la vista de la sangre, se enfurecieron hasta el delirio.

Acometían por todas partes a la almadía, dándole empujones y coletazos que tan pronto la inclinaban a un lado como a otro, y que muy bien

Emilio Salgari

podían destruir las barricas que llevaban en los ángulos, comprometiendo su estabilidad.

Aquella lucha amenazaba acabar trágicamente, a pesar de las cuchilladas que los náufragos daban a los tiburones, cuando de pronto estalló un ruido espantoso y una altísima oleada se echó encima de los combatientes, empujando a la almadía hacia la costa.

Era la carabela que reventaba. Las llamas habían llegado al camarote del piloto, donde estaban los barriles de pólvora, y la explosión había deshecho literalmente el pobre casco.

Aquel estallido había sido más eficaz que los tajos y mandobles de Álvaro y del mozo.

Aterrados los tiburones se zambulleron de pronto, y probablemente se refugiaron en las cuevas submarinas que de ordinario sirven de asilo a esos peligrosos habitantes de las ensenadas americanas.

Durante algunos minutos se extendió sobre la bahía una nube blanquescina que la oscureció por completo. Cuando se disipó, Correa y el mozo pudieron ver entre los escollos los restos humeantes y destrozados de la carabela.

—¡Pobre velero!—exclamó el portugués con cierta emoción— ¡A qué desgraciado fin estabas condenado!

Una sacudida que por poco le arroja al agua le hizo volverse.

—¿Todavía los tiburones?—preguntó.

—No, señor—contestó García—; hemos tocado en un banco de arena, y la ribera no dista de aquí ni cincuenta pasos. La ola producida por la explosión nos ha empujado mejor que una vela con buen viento.

—¿Hay mucha agua?!

El hombre de fuego

—Apenas un pie.

—Pues desembarquemos, y vayamos en busca del almuerzo.

Cargaron con los dos barriles, que no pesaban más de veinte libras cada uno, recogieron la ropa y las armas, y sin dificultad atravesaron el banco de arena.

El bosque que se extendía en torno de la bahía acababa en la misma arena, de modo que algunas plantas bañaban sus raíces en el agua del mar.

Era aquel bosque el último extremo de la inmensa selva que todavía hoy cubre gran parte del interior del Brasil, a pesar de los continuos esfuerzos de los emigrantes y de los indígenas, y que aún se presenta con todos los caracteres de su estado primitivo, pues los árboles, los arbustos y los bejucos, lianas y plantas parásitas de toda especie, entrelazándose y multiplicando sus raíces, que muchas veces salen hasta de las mismas ramas, formando una intrincadísima e inaccesible espesura.

Ante los asombrados ojos de Correa y del muchacho se ostentaban abundantísimas, hasta donde alcanzaba la vista, plantas variadas y soberbias con el tronco envuelto en lianas que después de ascender hasta su copa caían en festones formando redes tan espesas en algunos parajes, que se hacía imposible el tránsito, no sólo a los hombres, sino también a los animales.

Era una indescriptible maraña de mirtos de corteza brillantísima, cocos más altos y más espléndidos que los de las Islas Orientales, árboles cuyas frutas parecían balas de cañón por su tamaño, flores con cálices enormes y anchísimos

Emilio Salgari

pétalos de los más variados colores, acacias y palmas de toda especie.

Aves espléndidas de colores vivísimos y variados revoloteaban entre los árboles sin mostrar temor alguno por la presencia de aquellas dos personas.

Eran soberbios *canindos*, semejantes a las cacatúas australianas, grandes como papagayos, con la cola azul turquí brillante y plumas amarillas en el pecho; *urupongas* blanquísimos, cuyo canto, semejante al tañido de una campana, se oye al alba, al medio día y a la puesta del sol a tres millas de distancia de la selva virgen; *araes*, de color rosado, que lanzan con fastidiosa insistencia su eterno grito de ¡ara! ¡ara!; *aracaros*, tamaños como mirlos, de pico cartilaginoso y tan grueso como todo el cuerpo, que lanzan gritos estridentes, semejantes al chirrido de ruedas mal engrasadas.

—¿Qué me dices de todo esto, García?—preguntó Álvaro mirando con estupor todos aquellos volátiles, que hacían brillar a los rayos del sol los variados matices de sus plumas.

—Que debemos de haber desembarcado en el Paraíso terrenal—respondió el mozo.

—¡Buen paraíso, cuyos habitantes de dos pies son más feroces que los leones que viven en las selvas y en los desiertos de Asia y de África!

—Sin embargo, señor Álvaro, no podéis negar que esta selva es soberbia.

—Verdaderamente espléndida; pero lo que no veo es el almuerzo.

—Tenemos ahí los pájaros a centenares.

—Que me alegraría mucho trasladar a las parrillas si el miedo de llamar la atención de los salvajes no me contuviese.

—¡Ah, señor Álvaro!

El hombre de fuego

—¿Qué has descubierto?

—¡Mirad aquellos árboles gigantescos cargados de frutas! ¿No podríamos probarlas?

Alvaro levantó los ojos y vió a corta distancia del lugar en que habían desembarcado varios árboles enormes y frondosísimos, cuyas frutas eran semejantes a peras, de figura algo alargada y de colores vivísimos.

Los troncos de aquellos árboles estaban literalmente cubiertos de gruesas gotas transparentes que parecían formadas de agua congelada, y exhalaban penetrante aroma.

Eran *acajabas*, quizá los árboles más hermosos y útiles de la América del Sur; tan estimados por las tribus indígenas, que sostenían encarnizadas guerras, en las cuales morían centenares de hombres, para disputarse la posesión de los terrenos en que crecían.

Alvaro, que no los conocía, pues nunca había estado en el Brasil hasta entonces, se quedó perplejo, dudando si tales frutas eran comestibles o si contendrían algún veneno activo o jugo peligroso.

—Podríamos probar, García—dijo finalmente—. Son tan preciosas a la vista esas frutas, que harían caer en tentación hasta a personas menos hambrientas que nosotros. ¿Puedes trepar?

—Para un muchacho como yo, la cosa no es muy difícil—respondió García.

Ya iba a agarrarse a los bejucos que envolvían el tronco de uno de aquellos árboles, cuando se vio acometido por un fuerte ataque de risa.

—¡Ah, señor Alvaro!—exclamó— ¡Qué rarísimos son! ¡Y qué flacos!

—¿Quiénes?—preguntó el portugués.

Emilio Salgari

— ¡Mirad allá arriba, entre el follaje! Esas frutas deben de ser exquisitas, según la avidez con que las devoran.

Alvaro se acercó al pie del árbol y miró hacia el follaje, que, efectivamente, era espesísimo.

Unos seres extraños se movían entre las ramas dando de cuando en cuando saltos prodigiosos para alcanzar los racimos de frutas, que devoraban con extraordinaria rapidez.

— ¡Calla! — exclamó — ¡Son monos!

— ¿Monos? — dijo el mozo — ¿Si parecen arañas grandísimas, señor!

Sin saberlo, el muchacho daba su verdadero nombre a aquellos simios, pues se trataba de una pequeña banda de *ateles*, más conocidos por el nombre de *monos arañas*.

Por su espantosa flacura y por la excesiva longitud de sus brazos y de sus piernas, aquellos habitantes de las selvas americanas, vistos a cierta distancia, parecían enormes arañas de cuerpo peludo.

Al ver a los dos náufragos se apoderó de aquellos simios una especie de pánico, y a toda carrera fueron a refugiarse en una gruesa rama que se prolongaba por encima de un riachuelo que por allí corría.

Daban gritos rabiosos, enseñando sus blancos dientes, y tenían el pelo erizado como si se preparasen a acometer furiosamente al mozo, que se había agarrado bravamente a un bejuco para trepar hasta un ramo del cual pendían muchas de aquellas hermosas frutas que tanto despertaban el apetito de nuestros náufragos.

— ¡Ten cuidado, García! — dijo Álvaro preparando el arcabuz — ¡Me parece que esos monos son muy belicosos!

Emilio Salgari

— ¡Tengo el hacha, señor! — respondió el muchacho, sin detenerse en su ascenso por el bejuco— ¡No serán, por cierto, esos bichos quienes me hagan renunciar a mi empeño!

Los monos gritaban cada vez más furiosamente, pensando asustar al muchacho; pero en lugar de acometerle seguían retirándose por la rama, haciéndola cimbreada tan violentamente, que parecía a punto de romperse bajo el peso de aquellos doce o quince cuerpos, a pesar de su extremada escualidez.

Pero viendo que el mozo no se detenía y que, habiendo ya soltado el bejuco, avanzaba por una de las ramas, su furiosa gritería se convirtió en una especie de llanto general, que provocó un acceso de risa en el señor Correa.

— ¡No son muy valientes esos monos! — dijo.

— ¡Señor Alvaro!

— ¿Qué hay?

— ¿Qué están haciendo esos monos? Parece que quieren dejarse caer al suelo.

Los ateles estaban en aquel momento ejecutando una maniobra misteriosa.

Llegado a la extremidad de la rama, uno de ellos se lanzó al espacio sostenido por uno de sus compañeros, que lo tenía agarrado por la cola.

Un segundo mono efectuó la misma maniobra, sostenido por el anterior. Siguió a aquél un tercero, y así sucesivamente, formándose una especie de cadena de monos suspendida en el aire, teniendo cada uno de ellos la cola en las manos del que inmediatamente la precedía.

Comenzó a columpiarse la cadena entre el tronco del árbol y la orilla del arroyo, como si

Emilio Salgari

fuera un péndulo suspendido de la rama a que el primer mono estaba sujeto por la cola.

El balanceo iba siendo cada vez más violento, hasta que el último mono, que sólo distaba cinco o seis varas del suelo, aprovechó el momento en que se lo permitió uno de los vaivenes para agarrarse a la rama de un árbol que crecía en la otra orilla del riachuelo.

Así quedó formado un puente colgante del más extraño efecto.

— ¡Ah, tunantes! — exclamó Álvaro — ¡Ahora comprendo!

Las monas que, cargadas con sus hijuelos, se habían quedado en la rama esperando que estuviera armado el puente para pasar, fueron las primeras que lo atravesaron, lanzando alegres chillidos.

Así que hubo pasado la última de ellas izaron al mono último hasta la rama más alta, y entonces, sin romper la cadena, se soltó el primer mono, quedando todos ellos en la otra orilla del arroyo, donde celebraron su hazaña con grandes risas y brincos desordenados.

— ¡Buen viaje! — gritó el muchacho al verlos alejarse hacia la espesura de la selva saltando de árbol en árbol.

Encaramóse a una rama que se doblaba al peso de las frutas, y cortó un racimo de ellas, que dejó caer al suelo. Álvaro se apoderó de una, y se la llevó a la nariz con cierto recelo. Su pulpa era diáfana, casi transparente, y exhalaba exquisito aroma.

— Cuando los monos comen estas frutas, no deben de ser venenosas — dijo dando un mordisco a la que tenía en la mano.

El hombre de fuego

— ¡Pardiez; es deliciosa! ¡Mejor que nuestras peras de Europa!

El muchacho, que estaba a horcajadas en la rama, devoraba una tras otra, participando de la opinión del señor Correa. Y verdaderamente no iban descaminados nuestros náufragos en su aprecio por tales frutas, pues los indios son aficionadosísimos a ellas, sirviéndoles, entre otras cosas, para convertirlas en una harina con la cual fabrican grandes panes o tortas que nada tienen que envidiar a las del mejor trigo europeo; a este efecto hacen grandes provisiones de ellas, dejándolas secar para después machacarlas y reducir las a harina.

Ya se habían dado un buen hartazgo, cuando Correa, que se había echado sobre la hierba para descansar, vió al muchacho soltar a toda prisa la rama en que se hallaba y deslizarse rápidamente al suelo agarrándose a los bejucos.

— ¿Qué sucede, muchacho? — preguntó el portugués echando mano a los arcabuces.

— ¡Silencio, señor! — respondió el mozo con voz alterada.

— ¡Explícate! ¿Qué has visto?!

— ¡Los indios!

— ¡Todavía esos bribones! — dijo para sí Alvaro echando una rápida mirada en torno suyo—. ¿Dónde están?

— ¡Van hacia la playa!

— ¿Son muchos?

— No he visto más que dos.

— ¡Ven acá!

Y al decir esto corrió hacia un matorral que allí cerca había, y adonde le siguió rápidamente el muchacho. Desde aquel lugar podían ver una

Emilio Salgari

vasta extensión de la playa sin peligro de ser descubiertos.

Los indios debían de dirigirse hacia la boca del arroyuelo, porque si bien no se los veía, se oía cada vez más el rumor de su voz.

—No parece que sean muchos—dijo Alvaro, que escuchaba atentamente.

—¿Serán dos exploradores de los antropófagos?—preguntó García.

—Puede ser—respondió Correa—; pero si no son más que dos, no hay que temer nada.

—¿Y si nos descubren? Pueden guiarse por nuestras pisadas, que han quedado marcadas en la arena, y también pueden ver la almadía.

—Si se acercan, no los perdonaremos.

En aquel momento dos indios salieron de la espesura y avanzaron hacia la playa.

Ambos eran de alta estatura, delgados, de facciones regulares y piel de color rojo de ladrillo, e iban casi desnudos: no llevaban más que un ligero taparrabos de hojas groseramente entretrejidas. Tenían pintado el cuerpo con rayas rojas y negras, llevaban plumas pegadas en los carrillos y otras sujetas en los largos y ásperos cabellos, que flotaban sobre su espalda.

Su boca tenía una figura feísima, debido a su costumbre de perforarse el labio inferior para introducirse en él un pedazo redondo de pedernal a guisa de adorno.

Este extraño ornamento, que todavía usan los indios de las regiones interiores del Brasil, da horrible aspecto a sus facciones.

Un adorno semejante llevaban en las orejas, que, estirándoseles poco a poco por el peso que colgaba de ellas, acababan por llegarles hasta los hombros.

El hombre de fuego

Los dos indios, que iban armados con largos arcos de palo de hierro y una especie de puñales como de dos pies de largo, de madera dura y aguzados por ambas puntas, se detuvieron en la playa, que en aquel paraje bajaba rápidamente, y fijaron atentamente la vista en el agua.

—Parece que no nos buscan a nosotros—dijo Alvaro al muchacho—. Creo que se disponen a pescar.

—¿Con los arcos?

—¡Veremos!

—Aún no han visto la almadía.

—La corriente la ha empujado detrás del arrecife.

Después de andar un rato por la playa los dos indios volvieron hacia atrás y arrancaron unos bejucos, con los cuales, anudándolos por los extremos, hicieron una cuerda muy recia como de cien pies de largo.

Después se pusieron a la sombra de un palmar, sacaron de una concha un puñado de polvos negruzcos, y se colocaron uno enfrente a otro, teniendo en la mano un raro instrumento que parecía compuesto por dos huesos cruzados en forma de X.

—¿Qué hacen?—preguntó el muchacho asombrado.

—No lo sé mejor que tú—contestó Alvaro, que no perdía de vista un momento aquella singular operación, cuyo objeto no acertaba a explicarse.

Los dos indios echaron los polvos que habían sacado de la concha en los huesos, que sin duda estaban perforados a lo largo. Introdújose después cada uno de ellos una de las aspas del instrumento antes citado en la boca y la otra en la

Emilio Salgari

nariz, y después soplaron con fuerza, estornudando estrepitosamente.

Esta operación, inexplicable para los dos náufragos en una época en que el tabaco era casi desconocido en Europa, no podía ser, sin embargo, más sencilla.

Los dos indios aspiraban rapé, ni más ni menos que nuestros abuelos. Solamente que lo aspiraban de una manera algo distinta, soplándoselo los dos al mismo tiempo por medio de aquel extraño instrumento formado por dos huesos de ave.

Después de haber estornudado abundantemente hasta saltárseles las lágrimas, los dos salvajes, felicísimos por el buen resultado de aquella operación, se tendieron en la hierba, sin separar la mirada del agua, que parecía bastante profunda en aquel lugar. ¿Qué esperaban? La respuesta la tuvieron los náufragos antes de lo que creían.

Apenas habían pasado quince minutos, cuando los salvajes se pusieron rápidamente en pie, teniendo uno de ellos en la mano uno de aquellos puñales de madera dura aguzados por los dos extremos, y el otro la cuerda de bejuco.

El que estaba armado con el puñal, que parecía el más robusto y determinado de los dos, se situó sobre una pequeña roca que avanzaba algo mar adentro: miró con gran atención al agua, después se puso el puñal entre los dientes, y en seguida se zambulló de cabeza.

—Son pescadores—dijo Álvaro—. Pero tengo curiosidad por saber lo que van a pescar de esa rara manera.

—Dudo mucho que puedan pescar nada—dijo el muchacho—. Los peces son demasiado listos.

El hombre de fuego

— ¡Ah, diablo!

— ¿Qué pasa, señor?!

— ¡Mira! ¡Qué valor tienen esos salvajes!

Un bulto enorme asomó sobre la superficie del agua a poca distancia del paraje donde el indio se había sumergido. Aquel bulto era la cabeza de figura de martillo de un tiburón formidable.

— ¡El pescador está perdido! — exclamó García.

— Creo que te engañas — respondió Álvaro —. Precisamente se ha tirado al agua para pescar ese tiburón.

— ¿Tan valientes son esos salvajes?!

— ¡Fíjate bien, García!

El pescador volvió a aparecer sobre el agua, teniendo siempre entre los dientes el largo puñal de madera, y se dirigió resueltamente hacia el tiburón, que jugueteaba entre la espuma.

El indio que estaba en tierra seguía atentamente aquella lucha emocionante, sin manifestar la menor inquietud por la suerte de su compañero. Tenía en la mano la cuerda de bejuco, dispuesto, al parecer, a arrojarla al agua.

Al advertir la presencia del hombre, el formidable tiburón se detuvo como asombrado de su audacia, y en seguida, con un rápido movimiento, se volvió sobre el dorso abriendo su enorme boca.

Con increíble valor, en vez de evitar el peligro, el indio lo arrojó resueltamente. Acercóse por medio de un vigoroso empuje al tiburón, le introdujo entre las mandíbulas la aguda estaca que llevaba en la mano, y en seguida se sumergió en el agua (1).

(1) En esa peligrosísima pesca, que seguramente ningún marinero europeo se atrevería a efectuar, eran famosos especialmente los indios de la tribu de Gualtacazi.

Emilio Salgari

Seguro de cercenar de una dentellada el brazo de su adversario, el pez martillo había cerrado violentamente las quijadas; pero al hacerlo se clavó en ellas las dos puntas de la estaca, que penetraron a un tiempo, causándole profundas heridas que debían tener para él gravísimas consecuencias.

Alvaro y su compañero le vieron dar un tremendo salto, seguido de rabiosas contorsiones y desordenados movimientos, furiosos coletazos a diestro y siniestro, y tremendos resoplidos que teñían de sangre el agua que le rodeaba.

Sus feroces ojos, que despedían rayos de ira, parecían querer saltársele de las órbitas.

Nadando entre dos aguas el audaz pescador salió tranquilamente a la orilla, y poniéndose al lado de su compañero, contemplaba con visible satisfacción la agonía del monstruo, esperando que llegase el momento oportuno para apoderarse de él.

—Amigo García—dijo el señor Correa—, no sé cómo nos las compondríamos si tuviéramos que combatir con esos salvajes. Hombres que se exponen a tales peligros, son muy capaces de hacernos frente. ¿Has visto alguna vez a alguno de nuestros marineros pelear con un tiburón llevando por toda defensa un puñal, y sobre todo, un puñal de madera?

— ¡Nunca, señor! —contestó el muchacho.

—Si Pizarro y Almagro hubieran desembarcado aquí en vez de en el Perú, no habrían conquistado tan fácilmente tantas regiones. Comparados con estos salvajes, los incas son verdaderas liebres o menos todavía. Pero, ¿qué están haciendo esos dos pescadores?

—No lo sé. Mirando a la arena, señor.

El hombre de fuego

Efectivamente; los dos indios miraban atentamente a la arena de la playa, y de cuando en cuando hacían gestos de asombro.

—¿Sabes lo que están mirando, García?—preguntó Alvaro con inquietud.

—No, señor.

—¡Nuestras pisadas! ¡Estoy seguro!

—Entonces, vendrán hacia aquí.

—Sí; seguirán el rastro. Deben de estar muy sorprendidos y confusos, porque nunca habrán visto huellas de zapatos.

—Se imaginarán que son pisadas de algún animal extraordinario. ¡Ay! ¡Miran hacia acá, y están compulsando los arcos! ¡Señor, huyamos!—dijo el muchacho.

—Podemos derribarlos de una descarga.

—¿Y el ruido? Podría atraer a otros salvajes. ¡Y! Esos hombres no deben de estar solos!

—¡Pues alejémonos!—dijo Alvaro.

El matorral en que estaban ocultos les permitía alejarse sin ser vistos.

Echáronse a cuestras los dos barriles, sujetándoselos a la espalda con cuerdas, y con grandes precauciones para no llamar la atención se internaron en la selva.

Habrían andado unos veinte pasos, cuando detrás de ellos sintieron ruido de ramas, y poco después un ligero silbido. Una larguísima flecha se había clavado cerca de ellos, en el tronco de un árbol y a la altura de un hombre.

Alvaro se volvió súbitamente con el arcabuz preparado, decidido a vender cara su vida haciendo fuego, sucediera después lo que sucediese.

Los dos indios aparecieron súbitamente entre el ramaje del matorral que acababan de abandonar los náufragos, llevando en la mano izquierda

Emilio Salgari

el larguísimo arco armado, y en la derecha la flecha, ya apoyada en la cuerda.

Al descubrir a los hombres blancos, que seguramente era la primera vez que veían, profirieron una exclamación de asombro.

Sin duda, se preguntaban si aquellos seres eran hombres o animales de una especie desconocida.

Ni siquiera se atrevían a tender los arcos, apuntando tan pronto hacia arriba como hacia abajo, cual si dudasen acerca del lugar del cuerpo adonde debían dirigir sus tiros.

De pronto, bien porque se apoderase de ellos un terror supersticioso, bien porque se sintieran amedrentados por el brillo de los cañones de los arcabuces, volvieron la espalda y echaron a correr con tal rapidez, que hasta a un caballo le hubiera costado trabajo seguirlos.

—Ya iba a disparar—dijo Alvaro—. ¡¡ Mejor es que se hayan marchado!

—¡Huyamos, señor!—dijo García—. ¡¡ Pueden volver en mayor número!

—¡Tienes razón, García! ¡¡ Refugiémonos a todo escape en la selva!

Volvieron la espalda a la playa y echaron a correr internándose en la selva, que iba haciéndose cada vez más intrincada y espesa.

CAPITULO V

EN LAS SELVAS BRASILEÑAS

SU carrera no duró más de un cuarto de hora, porque bien pronto se vieron obligados a andar más despacio a causa de las innumerables dificultades que se ofrecían a su marcha. En efecto; la selva era allí un verdadero laberinto de matorrales, ramas espinosas, troncos, bejucos y raíces de enorme tamaño.

Era la verdadera selva virgen que en aquel tiempo cubría la mayor parte del territorio del Brasil, extendiéndose casi sin interrupción desde el Atlántico hasta la gigantesca cadena de los Andes.

Graciosos *bagáes*, soberbias maximilianas regias, gigantescas palmas mauricias de anchas hojas en abanico, frondosísimos *curbariles* que, se encorvaban hacia el suelo casi cubriendo el tronco, y espinosos *jabis* se mezclaban en todos sentidos con los bejucos de variadísimas familias y otras plantas trepadoras que se enlazan a marañones, árboles del caucho, de la quina, etc., formando espesísimas redes a través de las cuales se hacía poco menos que imposible el paso a los mismos indígenas.

Alvaro y el muchacho se detuvieron.

— ¡Es imposible seguir! — dijo Alvaro—. ¡Nunca he visto espesura semejante!

—Sin embargo, aun estamos demasiado cerca

Emilio Salgari

de la costa para detenernos aquí—dijo García—. Imitemos, señor, a los monos, si no os parece mal. A lo menos, así no dejaremos rastro y no les será fácil a los indios seguirnos.

— ¡Tu consejo es bueno, muchacho! ¡Imitemos, pues, a los monos!

Viendo que el avance por tierra era imposible, se agarraron a los festones de bejucos y emprendieron su marcha aérea, a pesar de lo mucho que les molestaban las municiones y las armas con que iban cargados.

Saltando y gateando de rama en rama y agarrándose a las plantas trepadoras habían ya avanzado un centenar de metros, cuando un ruido súbito los hizo detenerse.

Un espantoso griterío en que se percibían agudísimos chillidos resonó de pronto en medio de la selva, turbando el silencio que en ella reinaba momentos antes.

Los gritos eran atroces, angustiosos, como de gente a quien estuvieran degollando o sometiendo a terribles torturas.

— ¡Señor!—exclamó el muchacho, que se había puesto a horcajadas en una rama—. ¡Están matando a alguno!

— ¿A alguno, dices? ¡Me parece que a varios!

— ¿Habrá alguna tribu de indios en esta selva?

— ¡Me lo temo, García!

— ¡Y estarán entreteniéndose en torturar a los prisioneros antes de asarlos!

— Pero ahora cantan los prisioneros—exclamó Alvaro, que escuchaba con gran atención.

Los lamentos habían cesado de repente, y en vez de ellos se oía una extraña salmodia, como si se hubiese refugiado en la selva una comunidad de frailes.

El hombre de fuego

Alvaro dirigió una mirada al muchacho.

—¿Cantan, o es ilusión mía?

—Se diría, señor, que los indios están rezando.

—Ahora se oye otro ruido ¿Qué será?

Ya no era una salmodia, sino golpes sonoros, como los que haría una turba de leñadores cortando troncos de árboles, y a este ruido se mezclaba otro como de agua que se despeña.

—¡Es imposible que sean indios los que hacen esa bulla!—dijo Álvaro—. ¡Calla! ¡Ahora vuelven a oírse los lamentos y los cantos! ¡Quiero saber quiénes son esos concertistas!

—¿Quiénes os imagináis que son?

—No lo sé; pero de seguro no son hombres.
¡Vamos a verlo!

Persuadidos de que no iban a encontrarse con salvajes, volvieron a emprender su marcha aérea entre una espantosa algarabía de aullidos, lamentos, gritos, cantos y golpes sonoros que cada vez iban en aumento.

Los autores de tan extraño concierto no podían estar muy lejos.

Los náufragos avanzaban muy despacio y con grandes precauciones, ignorando aún si eran hombres o animales los que producían aquel estrépito.

Después de adelantar unos doscientos metros hicieron alto.

En la cima de un árbol enorme que crecía en medio de un pequeño claro del bosque estaban reunidos los coristas. Aquel árbol era una soberbia *summameira*, uno de los más colosales representantes del reino vegetal que se encuentran en las selvas brasileñas: de corteza blanquísima y ramas nudosas colocadas simétricamente respecto al tronco, el cual está rodeado en su base de gruesas raíces que arrancan de él a una altura

Emilio Salgari

de ocho o diez pies del suelo a modo de puntales o espuelas, formándose debajo de ellas una especie de huecos o compartimientos en cada uno de los cuales caben dos o más personas.

Una carcajada de Álvaro puso término a aquel extraño concierto. Asustados los músicos, habían desamparado el tronco del gigantesco vegetal y se habían guarecido en el ramaje.

— ¡Monos! — exclamó el muchacho—. ¿Cómo tendrán la garganta esos bichos para imitar tan perfectamente a los frailes cuando rezan o a los judíos cuando cantan en sus sinagogas?

Los coristas, eran, efectivamente, monos; simios de los llamados guaribas, de pelaje oscuro, y con las manos, la cabeza y la cola negrísimas.

Al ver a los náufragos se dispersaron trepando a las ramas del árbol y manifestando su cólera por medio de roncros gruñidos. Después se agruparon alrededor de un viejo macho, el director de la orquesta, y con sorprendente agilidad saltaron a otro árbol próximo y desaparecieron en la espesura.

— ¡Pueden jactarse de habernos hecho pasar un mal cuarto de hora! — dijo García riendo—. ¡Buena manera tienen de asustar a la gente que pase por la selva! ¡Habría jurado que estaban martirizando a prisioneros!

— Y yo también, García — contestó Álvaro—. Si permanecemos mucho tiempo en esta selva, habremos de ver cosas muy notables. ¡Ah; mira los huecos que hay en ese árbol! Tomaremos posesión de uno de ellos para pasar la noche, pues ya se está poniendo el sol.

— ¿Y la cena, señor? Aquellas peras eran exquisitas; pero ya tengo el estómago vacío.

— Buscaremos frutas.

— Yo preferiría una magras.

El hombre de fuego

— ¡Ah, glotón! ¡Eres un poco exigente, rapaz!

— Pero estoy seguro de que no las desprecia-
rías, señor Correa.

— No me atrevo a asegurarte lo contrario; pero, por desgracia, esas chuletas que ambicionamos están muy lejos, y tendremos que contentarnos con cualquiera fruta. Desde aquí veo una planta que nos proporcionará con qué cenar—dijo.

Agarrándose a un bejuco descendió del árbol en que estaba. Ya había tocado el suelo, cuando García le vio dar un violento salto atrás haciendo un gesto de horror.

— ¡Señor Álvaro! —gritó el muchacho—. ¡Oh; qué horroroso animal!

— ¡Una serpiente!

— Parece un sapo. Pero ¡qué sapo!

Un bicho repugnante salió de entre las hojas secas dando saltos y huyendo de Alvaro. Era uno de esos sapos de mina tan abundantes en las húmedas selvas brasileñas, del tamaño de un sombrero, armado de cuernos y con la piel manchada de negro y amarillo.

— ¡Qué animalucho! —exclamó García—. ¡No he visto nada más repugnante!

— Estoy conforme—contestó Alvaro dándole una patada para hacerle huir más aprisa.

— ¿Y aquellos animales que saltan como si tuviesen resortes en las patas? ¿No los veis, señor?

¡Dios mío! ¡Nunca he visto ranas de esa clase!

— ¿Ranas?

— Pero ¡señor Alvaro, qué saltos tan cómicos!

Era una bandada de ranas completamente negras, con las patas posteriores larguísimas, que dando brincos tremendos habían invadido el claro del bosque en que se hallaban nuestros náufragos.

Emilio Salgari

Constituyen una especie de ranas tan ágiles, que a veces penetran en las casas por las ventanas.

Dando saltos desordenados y tan altos como las ramas de la *rumameira*, la banda desapareció en las profundidades de la selva después de atravesar el claro donde estaban nuestros amigos.

—Por aquí cerca debe de haber alguna laguna —dijo Alvaro—. Mañana la buscaremos, y haremos por pescar algo. He traído anzuelo, y como pescador, no soy del todo malo.

Se dirigió hacia la planta en que antes había reparado, cuyas ramas se doblaban bajo el peso de ciertas frutas de color verde, semejantes a piñas. No había elegido mal, pues se trataba de una piña, planta preciosísima y muy estimada por los indios, que da en gran abundancia frutas exquisitas, quizá las mejores de las regiones ecuatoriales.

Estas frutas contienen en su interior una especie de crema blanquecina, delicadísima y que nada tiene que envidiar a la del durión de la Malasia.

A falta de más sólido alimento, los dos naufragos hicieron abundante consumo de aquellas frutas, y después se acomodaron en una de las celdas de las raíces, donde cabían perfectamente y estaban a cubierto de la humedad de la noche.

El sol se había puesto y las tinieblas se habían apoderado rápidamente de la selva, ya oscura de sí aun en las horas más claras del día, a causa de la impenetrable bóveda de verdura que la cubría.

Mil rumores extraños que hacían estremecerse al muchacho, y aun a Alvaro, se percibían bajo el verde follaje y entre los enmarañadísimos matojos que formaban como una segunda selva entre los grandes árboles.

El hombre de fuego

Unas veces eran silbidos agudísimos, intermí-nables, que rompían de pronto el solemne silen-cio que reinaba en la inmensa selva, como si contramaestres de barcos, estuvieran dirigiendo alguna maniobra; otras veces se sentían mugi-dos formidables, como si rebaños de toros pasa-sen bajo los árboles; otras eran gemidos prolon-gados, ruidos como toques de campana o entre-chocar de armas o instrumentos de hierro.

A todos esos clamores misteriosos sucedían ra-tos de completo silencio; pero no tardaban en resonar de nuevo los silbidos, los mugidos y otros rumores extraños.

Alvaro y el muchacho, inquietos y alarmados por su completa ignorancia sobre la causa de muchos de aquellos ruidos, que lo mismo podían proceder de animales inofensivos que de fieras y reptiles venenosos, no podían cerrar los ojos, a pesar de lo muy cansados que estaban.

Habían oído hablar vagamente de pumas y ja-guares y de otros feroces huéspedes de las selvas americanas, y, temiendo ser asaltados en el mo-mento menos pensado por cualquiera de esos carnívoros, estaban muy sobre sí, con los arca-buces preparados para hacer fuego.

De cuando en cuando, multitud de puntos lu-minosos pasaban acá y allá por el claro de la selva, revoloteando sobre las altas hierbas o entre el follaje del bosque.

Eran bandadas de cocuyos o luciérnagas, de bastante mayor tamaño que las nuestras, y que parecen llevar la vivísima luz que despiden en el mismo vientre.

Esa luz es tan intensa, que con la que despide un solo insecto se puede ver perfectamente, y hasta alumbrar una pequeña habitación. Así, los

Emilio Salgari

indios la utilizan todavía para pescar, sujetando uno de esos insectos en el extremo de un bastón que ponen en la proa de sus canoas cuando se entregan a la pesca nocturna.

Dos horas llevaban nuestros náufragos en el hueco del árbol, cuando a poca distancia oyeron un ruido extraño que parecía el de una ola al levantarse y romperse contra las peñas, seguido inmediatamente por un silbido agudísimo. El mozo, que sentía que le temblaban las piernas, se volvió al señor Correa, preguntándole:

—¿Será algún animal grande, señor?

—No puedo decírtelo, porque no veo absolutamente a un paso de distancia. Lo que sí te digo es que estoy hasta la punta de los pelos de las selvas brasileñas y que quisiera ver de cerca a esos animales que silban, tocan la campana y el tambor, cantan, gruñen, aullan y hacen esos ruidos inexplicables. ¿Cómo podrán dormir con semejante bulla los habitantes de estas regiones?

—¿Oís, señor, ese silbido?

—Sí, García; puede que sea alguna gigantesca serpiente que ande por ahí cerca.

—¡Me dan un miedo horrible esos reptiles! ¡Preferiría encontrarme con una fiera, señor Alvaro!

—Tenemos que acostumbrarnos a ellos. El piloto me dijo que en las selvas americanas hay muchas de esas serpientes, y algunas de ellas verdaderamente monstruosas.

—¿Cuándo amanecerá? ¡La noche me parece interminable!

—Cierra los ojos y procura dormir—dijo Alvaro—: yo velaré.

—¿Dormir? ¡Ni pensarlo!

Apenas había cerrado los ojos el muchacho,

El hombre de fuego

cuando una orquesta infernal puso en conmoción la inmensa selva.

Como obedeciendo a una consigna, miles y miles de ranas se pusieron a cantar a coro, haciendo un ruido espantoso, capaz de despertar a un muerto.

De estos anfibios hay millones y millones en las húmedas selvas americanas. Hay muchas especies de ellas, y no todas se limitan a su acostumbrado canto, pues las hay que mugen como bueyes, otras que ladran como perros, otras que martillean como si tuvieran a su disposición miles de calderas, y otras que viven en los árboles, silban como locomotoras, o dan chirridos como ruedas de carretas mal engrasadas.

Ya puede imaginarse el infernal ruido que harían todos aquellos bichos: los timpanos más recios hubieran sido incapaces de soportarlo.

— ¡Señor! — exclamó García espantado—. ¿Qué pasa? ¡Esto es el fin del mundo!

— ¡No te asustes; son ranas! — dijo Álvaro.

— ¡Se diría que son perros, búfalos, caldereros y borrachos cantando a coro!

— También tendremos que habituarnos a este concierto, si queremos dormir.

— Espero que no estaremos mucho tiempo en esta tierra y que encontraremos alguna manera de salir de ella.

— Precisamente en eso estaba pensando hace un momento — dijo Álvaro.

— ¿Adónde nos iremos, y cuándo podremos irnos? Supongo que no pensaréis que nos pasemos aquí la vida.

— Y mucho menos morir asados en un parrilla rodeados de plátanos y peras cocidas.

— ¿No habrá establecimientos europeos en esta costa?

Emilio Salgari

— ¡Ni uno siquiera, García! Hasta ahora nadie ha pensado en ocupar el Brasil, por más que nos pertenezca desde que nuestro compatriota Cabral lo descubrió y tomó posesión de él.

— Sin embargo, he oído que los castellanos se han apoderado de inmensos territorios.

— Es verdad, García; pero esos territorios están muy lejos de aquí, y tendríamos que atravesar toda la América meridional para llegar al Perú.

— ¿Es un viaje muy largo?

— De miles y miles de millas, a través de selvas vírgenes habitadas por antropófagos y por toda clase de fieras.

— ¡La verdad, no me siento con fuerzas para emprender semejante viaje!

— En cambio he oído hablar de algunos establecimientos franceses que deben estar al Sur del Brasil, cerca de la boca de un río inmenso que se llama de la Plata. Podríamos intentar el viaje hasta allí.

— Estarán muy lejos de aquí esos establecimientos.

— Sé que ese río está hacia el Sur; pero no podría decirte a qué distancia del lugar donde nos encontramos—contestó Álvaro.

— ¡Ah, señor! ¡Creo que nunca saldremos de esta selva ni volveremos a ver nuestro Tajo ni la cara de un hombre blanco!—dijo el muchacho lanzando un suspiro.

— ¡No hay que perder la esperanza! Sé que algunas veces han llegado a estas costas del Brasil barcos de los comerciantes del Havre a cargar cierta madera de que se saca una tintura preciosa. ¡Quién sabe si la casualidad nos hará tropezarnos con algunos de ellos por estas costas!

El hombre de fuego

—Entonces, señor, no nos conviene internarnos mucho.

—Efectivamente, no debemos perder de vista la costa; y también nos conviene hacer excursiones al Sur y al Norte del magnífico puerto en que hemos desembarcado. Pero veo que las ranas se van cansando. ¡Aprovechemos el momento para dormir un poco!

—¿Y si alguna fiera se nos echase encima mientras dormimos?

—Hasta ahora sólo ranas y pájaros hemos visto. Quizás los navegantes que han estado por estas costas hayan exagerado la ferocidad de los animales que viven en las selvas americanas. Tengamos los arcabuces entre las rodillas, los espadaones al costado y tratemos de dormir.

Recogiéronse en el fondo del agujero en que se encontraban, y no tardaron en dormirse, a pesar de sus recelos.

Después de un par de horas de concierto, las ranas habían ido callándose. Aún se oía de cuando en cuando algún coro de silbidos o de mugidos; pero duraba poco, y volvía a establecerse el silencio.

Al amanecer, después de tres o cuatro horas de sueño, los dos náufragos se despertaron por el ruido de otro concierto menos estruendoso, pero que partía de las ramas del mismo árbol a cuyo pie se encontraban.

Era una banda de pequeños papagayos de cabeza azul turquí y plumas verdes, charlatanes incorregibles que se pasan horas enteras dando gritos escandalosos sin un momento de tregua y como quien cumple una sagrada misión.

—¡Levantémonos, García!—dijo Alvaro estirando los brazos—. El sol está ya alto, y el al-

Emilio Salgari

muerzo, lejano, mientras que el hambre aprieta. ¡No olvidemos que el cocinero de la carabela está en el vientre de los salvajes!

—Y dónde iremos en busca del almuerzo, señor?

—Debe de haber alguna charca o laguna por estas cercanías—respondió Álvaro—. Exploremos hacia el lugar donde cantaban las ranas. A falta de caza nos proveeremos de pesca.

Comenzaron por comerse algunas piñas para romper el ayuno; cambiaron después la carga de los arcabuces por si la humedad de la noche había estropeado la pólvora, y cargando con los barriles, se internaron entre los árboles.

En aquel lugar no era tan espesa la selva como en el trayecto que el día anterior habían recorrido, pues estaba formada por árboles enormes que no podían crecer muy cerca unos de otros.

Eran palmas gigantescas de más de sesenta varas de alto, pertenecientes a la especie llamada *de la cera*, por extraerse de su tronco y hojas una materia grasa que sirve para hacer velas.

Abundan en las selvas del Brasil y en las del interior; pueden darse hasta en terrenos situados a 3.000 metros de altura sobre el nivel del mar, y hasta en la gran cordillera.

En la época a que se refiere nuestra narración los indios sólo utilizaban sus frutas, o, mejor dicho, sus renuevos o botones, que son un alimento abundante y sano, de sabor delicioso, que recuerda el de las alcachofas y el de los espárragos. Los indios los machacaban y tostaban mezclándolos con el jugo de la planta conocida por el nombre de *palo de vaca*. Hoy constituye esa palma la riqueza de las tribus en cuyos territorios se encuentra, extrayéndose de ella multitud

El hombre de fuego

de productos utilísimos. Puede decirse que no tiene desperdicio, pues se aprovechan el tronco, las hojas, los frutos y las raíces.

Sólo en la provincia de Ceara los hacendados que tienen plantíos de esas palmas sacan anualmente de su tronco y hojas unas noventa mil arrobas de cera.

Y, como hemos dicho, no es ese el único producto que obtienen de ellas, porque de sus hojas se hacen canastos, esteras, sombreros, cordaje, y hasta tejidos bastos; y quemándolas se obtiene cierta sal que sirve para la fabricación del jabón. De las raíces se saca una droga que se emplea con buen éxito en la cura de las enfermedades cutáneas.

Alvaro y el muchacho, a quienes ni les pasaba por las mientes el extraordinario mérito de aquellas palmas y sólo se ocupaban en asegurarse el almuerzo, que aún veían lejano y problemático, prosiguieron rápidamente su camino, y llegaron a un terreno bastante húmedo que cedía bajo los pies.

Cañas desmesuradas sustituían a las palmas, viéndose también entre ellas la planta llamada *cipo chumbo*, especie de convolvulácea de color amarillo, y la que lleva por nombre cumaru, de flores purpúreas, en cuyas vayas se esconde la llamada *fava tunca*, que usan los indios para perfumar el tabaco.

Sin número de pájaros revoloteaban entre aquellos vegetales, y cerca de las convolvuláceas millares de lindos pajarillos llamados *beja flores*, los famosos pájaros moscas o colibríes, de pintado plumaje en que resplandecían todos los colores del iris: verde, azul, turquí, púrpura y amarillo con reflejos de oro.

— ¡Podríamos hacer una fritada deliciosa! — dijo Carcía, que observaba con vivo interés aque-

Emilio Salgari

llos minúsculos volátiles, los cuales desaparecían por completo en los cálices purpurinos de los cumarus—. ¡Qué preciosos son, señor Alvaro! ¡Parecen cubiertos de piedras preciosas!

—Son admirables en verdad; pero prefiero un buen papagayo—contestó Alvaro—. Y aquí no faltan. ¡Mira cuántos hay en aquel árbol!

—También estoy viendo unos animaluchos horrosos que huyen entre las ramas. ¡Oh; qué feos son!

Los que llamaban animaluchos eran lagartos de más de un metro de largo y color verde oscuro, pero cuya piel cambia frecuentemente de color, como los camaleones de África, especialmente cuando el animal está enfurecido; por lo general andan sobre los árboles.

Son venenosos, aunque no tanto como las serpientes de cascabel; y a pesar de ello su carne no sólo es comestible, sino estimadísima, blanca y sabrosa como la de las gallinas o la de las ancas de rana.

Pero aunque Alvaro lo hubiera sabido no es probable que hubiese tenido valor para comer la carne de uno de aquellos lagartos. Antes, temiendo que fueran peligrosos, se apresuró a alejarse haciendo un gesto de disgusto.

La laguna debía de estar muy cerca, porque el terreno parecía empapado y los cañaverales iban haciéndose cada vez más espesos y abundantes, mientras que escaseaban los árboles.

—Allá abajo está el agua—dijo García, que marchaba delante de Alvaro—. Por las trizas, nos acercamos a la orilla de un lago.

Apresuraron el paso, y se detuvieron ante una gran laguna llena de plantas lacustres y de hojas inmensas que semejaban pequeñas alma-

El hombre de fuego

días, por las cuales se paseaban gravemente algunas aves zancudas.

Más que laguna, debía de ser alguna sabana sumergida, de fondo quizás peligrosísimo y sin ninguna solidez ni consistencia.

Tenía varias millas de perímetro, y a duras penas podían distinguirse las plantas que había en la orilla opuesta.

Acá y allá se veían minúsculos islotes cubiertos de palmas y habitados por infinitas aves que lanzaban lamentables gritos impregnados de cierta tristeza.

— ¡Qué agua tan negra! —dijo el muchacho—. ¡Parece que han echado en ella cientos de botellas de tinta! ¿Cómo podrán vivir ahí los peces?

Alvaro no contestó: miraba con inquietud hacia un pequeño islote cubierto de cañas que se movía a flor de agua como si alguien lo empujase, y que parecía estar haciendo extrañas evoluciones.

— ¡Una isla que se mueve! —dijo señalando hacia ella—. Sin embargo, el agua está inmóvil, y no sopla la menor ráfaga de aire.

—Cierto, señor—respondió García—. Yo también lo había observado.

—¿Qué podrá ser?

—¿Será algún indio, señor?

— ¡Sí; con una cola que podría romperte las piernas! —dijo Álvaro—. Es otro animalucho bastante feo.

—¿Un animal?

—Sí; un caimán o un cocodrilo.

—¿Con todas aquellas plantas sobre la espalda?

—Sé que esos reptiles se entierran de cuando en cuando en el fango y que permanecen largo

Emilio Salgari

tiempo en una especie de sueño profundísimo, de modo que las plantas que hay en el fondo de la laguna crecen y se desarrollan también entre sus escamas.

—¿Son peligrosos?

—Algunas veces; pero no debemos asustarnos, García. ¿No ves que pasa de largo, sin hacer caso de nosotros?

—¡Qué hermosos pájaros! ¿Qué tal si les tirase?

—¿Y el ruido del disparo?

—No hemos visto más indios, y podríamos hacer la prueba.

Una nube de ánades con pico tan grande como todo su cuerpo pasaba a cincuenta pasos de los náufragos.

Alvaro, que por la mañana había cargado el arcabuz con perdigones, apuntó al grupo y disparó.

Cinco o seis volátiles cayeron muertos o heridos en un islote que estaba a pocos pasos de la orilla. El muchacho se lanzó resueltamente al agua, habiendo observado que había muy poco fondo.

Sentía demasiada hambre para perder aquella ocasión.

Apenas había avanzado diez metros dentro del agua, cuando lanzó un grito que aterró a Alvaro.

—¡Señor! ¡Socorro!

CAPITULO VI

LA CACERÍA EN LA LAGUNA

LAS sabanas sumergidas de la América meridional son peigrosísimas. Los indios lo saben perfectamente, y antes de atravesarlas se aseguran de la naturaleza del fondo, para no hundirse y desaparecer para siempre.

Forma ese fondo un fango blandísimo, que cede al peso del hombre o del animal que tengan la desgracia de poner en él el pie. Y no se crea que sólo tenga unos pocos metros de espesor, pues hay sabanas sumergidas que puede decirse que no tienen fondo; no se encuentra tierra sólida por mucho que se ahonde en el fango.

Son verdaderos abismos que nada devuelven, ni siquiera los esqueletos de los animales o de los hombres, que quedan sepultados en ellos hasta que se consumen por completo en profundidades desconocidas.

El muchacho, que nada sabía de eso, puso el pie en uno de esos terrenos, y de repente se había hundido hasta la rodilla.

Creyendo Alvaro que había sido atacado por algún caímán, iba a arrojarse al agua; pero García le detuvo con un segundo grito.

— ¡No; no sigáis adelante, señor, porque os hundiréis también!

Alvaro comprendió al momento el peligro al sentir que sus pies se hundían. Sin embargo, no

Emilio Salgari

quería abandonar al muchacho, que se sumergía cada vez más a su propia vista.

Con sus movimientos desesperados, el desgraciado apresuraba su hundimiento en vez de retardarlo.

— ¡No te muevas, García! —le gritó.

Tenía rodeada a la cintura una de esas largas y sólidas fajas de lana encarnada que suelen usar los marineros. La desenvolvió rápidamente, trepó al lugar más alto que encontró en la orilla, y lanzó uno de los cabos al pobre muchacho, que ya se había hundido hasta el pecho, y gritó:

— ¡Agárrate bien y tente firme!

El extremo de la faja, arrojada con segura mano, había caído sobre los hombros del muchacho. Éste, que no había perdido la cabeza, se apoderó de ella; y como era bastante larga, se la envolvió alrededor del cuerpo y la anudó sólidamente.

— ¡Déjate arrastrar! —exclamó Alvaro.

Y agarrado al otro cabo de la faja, tiró vigorosamente de ella, sacando al joven marinero de aquella horrible tumba que tan cerca estaba ya de tragárselo.

El muchacho no se atrevía a hacer ningún movimiento, por temor de que el fango volviera a abrirse bajo sus pies. Ya tocaba la orilla, cuando un aluvión de agua y de fango se levantó del fondo y le cubrió de pies a cabeza; al mismo tiempo resonaba un silbido agudísimo.

— ¡Señor Alvaro! —exclamó limpiándose los ojos—. ¡El terremoto!

No era tal terremoto, sino una enorme serpiente, una *boa constrictor* de longitud desmesurada y gruesa como el cuerpo de un niño de diez años, que había salido repentinamente de entre

El hombre de fuego

las cañas y plantas acuáticas, levantando con la poderosa cola un huracán de fango y de agua.

Era uno de los reptiles más espantosos de las sabanas brasileñas, aunque no sea de los más peligrosos, por carecer de veneno, como el *talo* o la *cobra capelo*.

Interrumpido en su sueño por el muchacho, se había enderezado de repente, silbando con furia y lanzando a los náufragos una mirada fulminante y fascinadora.

Sin perder la serenidad, el señor Correa sacó a García a la orilla con un último impulso, y en seguida empuñó el arcabuz.

El reptil, que no sólo debía de estar irritado, sino hambriento, se lanzó sobre los náufragos azotando furiosamente el agua con la cola.

— ¡Fuego, señor Alvaro! — gritó García arrojándose sobre su arcabuz—. ¡Va a devorarnos a los dos!

Alvaro apuntó un momento, y disparó.

El reptil recibió la descarga de perdigones en la garganta, y se detuvo un instante, haciendo terribles contorsiones y dando fieros resoplidos que le hacían vomitar una mezcla de baba y sangre. Al mismo tiempo agitaba violentamente la cola, echando fango líquido a diestro y siniestro. Después, haciendo un esfuerzo supremo, se lanzó hacia la orilla, cayendo a pocos pasos del portugués.

— ¡Trae tu arcabuz, García! — exclamó Alvaro.

El muchacho lo tenía ya preparado, y se lo entregó inmediatamente.

El reptil, que se había replegado sobre sí mismo, se disponía a dar un coletazo al portugués con objeto de derribarle y envolverle entre sus poderosos anillos.

Pero Alvaro, que había advertido a tiempo el

Emilio Salgari

peligro, dió un rápido salto de costado, y en seguida le disparó a boca de jarro un segundó arcabuzazo que le rompió la cabeza.

Aquel segundo golpe era mortal.

Sin embargo, la boa se enderezó hasta tocar con el cráneo mutilado la copa de una palmera que había a muy poca distancia, y después cayó pesadamente, quedando inmóvil.

— ¡Pardiez! — exclamó Álvaro, que se había puesto palidísimo—. ¡Creí que este animal iba a tragarnos como si fuéramos bizcochos! ¡Nunca hubiera creído que hubiese en la Tierra una serpiente tan enorme, tan espantosa!

Aquella boa, que realmente era de las de mayor tamaño que hay en las sabanas brasileñas, no tenía menos de doce metros de largo, y de cuerpo tan grueso como el de un hombre de mediana estatura.

Ya dijimos que el segundo arcabuzazo le había destrozado la cabeza; el primero le produjo una herida horrible, de la cual salía sangre en abundancia.

— ¡Es enorme! — exclamó García, que aun no estaba repuesto de la emoción que le causó el doble peligro que acababa de pasar—. ¡Estos reptiles pueden tragarse a un hombre sin miedo de que se les indigeste! ¿Sería éste el que silbaba y revolvía el agua la noche pasada?

— ¡No lo dudo! — contestó Álvaro—. Han sido dos buenos tiros; pero no me resarcen del almuerzo que hemos perdido.

— ¡No me atrevo a ir a buscarlo, señor! — dijo el muchacho, que todavía temblaba—. ¡No sabía yo cómo era el fondo de ese pantano!

— Lo buscaremos por otro lado — dijo Álvaro—. ¡Ah! ¡Se me olvidaba que habíamos venido aquí para pescar!

— ¡Mirad aquello, señor!

El hombre de fuego

—¿Qué es?

—Si no me engaño, una canoa.

—Pero ¿dónde está?

—Allá abajo, abandonada en la orilla, junto a aquel grupo de plantas acuáticas.

—¿Habrá indios por las cercanías de esta laguna?—se preguntó Álvaro, dirigiendo una mirada recelosa hacia los cañaverales y hacia el bosque.

—Si hay una canoa, por lo menos es indicio de que de vez en cuando vienen por aquí a pescar.

—¿Qué dices, García?

—Que a pesar de vuestros razonamientos, debemos aprovecharnos de esa canoa para recoger los ánades que cazasteis.

—Para asarlos después, ¿no es verdad, García?

—Y en uno de esos islotes, para que no nos sorprendan los indios.

—¡Pues va la canoa!—dijo Álvaro, a quien agradaba la idea de atravesar aquella laguna para alejarse lo más posible de la orilla meridional de la bahía, en la cual sabía que habitaban los antropófagos.

Atravesaron cautelosamente la distancia que los separaba de aquel grupo de plantas lacustres en cuyas cercanías estaba la canoa, miranda con recelo a derecha e izquierda por si había salvajes escondidos entre los matorrales, y llegaron por fin a donde se encontraba.

Era un viejo barquichuelo casi inservible, hecho con un pequeño tronco de árbol ahuecado y de madera esponjosa. Estaba encallado en un banco de fango.

—¿Crees que podremos arreglar esta canoa?

—preguntó Álvaro al muchacho.

Emilio Salgari

—Está bastante averiada, señor. Necesitaremos estopa y alquitrán. A lo que parece, el fondo está hecho una criba.

—En la selva encontraremos lo necesario para arreglarla—dijo Alvaro—. He visto plantas filamentosas, de las cuales podemos sacar algo que sustituya a la estopa.

—Pero para eso necesitaremos tiempo.

—¡Paciencia, tenemos de sobra!

—¿Y nuestro famoso almuerzo, señor?—preguntó el muchacho riendo.

—Por hoy nos contentaremos con frutas o cazaremos algunos papagayos. ¡Volveremos a la selva, García!

Estaban para alejarse de la ribera, cuando oyeron resonar a corta distancia una voz lastimera que repitió varias veces esta exclamación:

—¡A... y! ¡A... y!

—¿Quién se queja?—dijo Alvaro mirando en torno suyo.

—No veo a nadie, señor—contestó García.

—¿Será algún mono que se entretiene en asustarnos? No me sorprendería. ¡Lanzan unos gritos tan extraños los monos que habitan esta selva!

Se oyó un grito aún más lastimero, más lúgubre. Esta vez no parecía salir del suelo, sino del aire.

Alvaro y el mancebo alzaron los ojos y entre las ramas de un níspero que estaba completamente aislado, y al cual le habían sido arrancadas todas las frutas, que son gordas como manzanas, y bastante sabrosas, descubrieron un bulto informe de pelos largos y parduscos acurrucado en la extremidad de una rama, y cuya cola, que colgaba a plomo, tenía como media vara de largo.

—¡Ya tenemos chuletas!—exclamó Alvaro—. ¡Pertenezca este bicho a la especie que quiera,

El hombre de fuego

no le dejaremos escapar, y le ensartaremos en el asador! ¡Procuremos que no se nos vaya, García!

—No parece que piense en irse, señor.

Acercáronse al árbol con los arcabuces apuntados a aquel extraño animal, que seguía lanzando sus dolorosos gritos de ¡a... y!, cada vez más lúgubres.

Aunque veía acercarse a los cazadores, no hacía el menor movimiento para alejarse. Seguía tenazmente agarrado a la rama, moviendo apenas, y como trabajosamente, la cola.

—¿Tendrá las patas rotas?—preguntó el muchacho—. Un mono no se está tan quieto esperando a sus enemigos.

—¿Es, pues, un mono?—preguntó Alvaro.

—Sea o no un mono, parece dispuesto a dejarse matar con la mejor voluntad. ¡Quizás, sabiendo que tenemos hambre, tenga gusto en ceder nos sus chuletas!

Ya habían llegado al pie del árbol, que era de muy poca altura, y aquel ser extraño no había intentado siquiera refugiarse en las ramas más altas.

Sorprendido Alvaro, le observaba con curiosidad, pensando que alguna grave herida le impedía moverse.

Parecía un mono; pero tenía mucho del tejón, y también algo del gato.

Su estatura no pasaba de media vara, y sus miembros eran desproporcionados; tenía la cabeza redonda; los ojos, pequeños, negros y de mirada melancólica, y el cuerpo, cubierto de pelaje lacio, largo, pardusco y áspero. Tenía en los pies tres uñas anchas y encorvadas como ganchos, y otras uñas iguales en las manos.

—No está herido, y, sin embargo, no huye—

Emilio Salgari

exclamó Alvaro—. ¡Vamos a ver si conseguimos hacerle caer al suelo!

Agarro el tronco del níspero, que no era más grueso que el brazo de un hombre, y lo sacudí con fuerza.

¡Trabajo inútil! El cuadrumano estaba tan bien agarrado a la rama, que no hizo el menor movimiento. Se contentó con manifestar su cólera lanzando su acostumbrado grito de ¡a... y!, con tono cada vez más triste y lastimero.

—Subiré al árbol para obligarle—respondió Alvaro—. ¡Este cuadrumano debe de ser un haragán de tomo y lomo!

—¡Tened cuidado con las uñas, que las tiene bastante largas!

—¡No le daré ocasión para hacer uso de ellas!

Alvaro trepó ligeramente al árbol, y fue acercándose al mono con el hacha en la mano. Al verle acercarse, el cuadrumano empezó a dar resoplidos como un gato irritado. Erizósele el pelo; pero no daba señales de defenderse.

Alvaro, que sentía el olor de las chuletas, le deshizo el cráneo de un hachazo, derribándole al suelo, y exclamando al mismo tiempo:

—¡Anda, holgazán!

Y estaba bien puesto el nombre, porque el tal cuadrumano es el holgazán más grande que hay en la Tierra.

Conócese entre los brasileños por el nombre de *Ay*, que le han dado los indios por su grito habitual. A lo que parece, forma el último anillo del grupo de los verdaderos simios y el primero del de los tejones, y también del de los gatos, aunque esté muy lejos de tener la agilidad de unos y de otros.

Por lo común, vive entre las ramas de la *palma ambuiba*, de cuyas hojas es muy goloso, y tam-

El hombre de fuego

bién entre los grupos de bambués, de cuya pulpa se alimenta; pero ¡qué trabajo le cuesta trepar a esas plantas! Emplea días enteros en ejecutar esa maniobra, pues sólo mueve las manos y los pies después de largos ratos de descanso.

Una vez que ha logrado encaramarse en un árbol, no lo abandona hasta después de haber devorado todas sus hojas, y luego, para ahorrarse el trabajo de bajar de él, se deja caer al suelo desde cualquier rama en que se encuentre.

En el suelo también se mueve con increíble lentitud, pues cuando más, andan cuatro o cinco metros por hora.

Aunque Álvaro y el muchacho hubieran deseado mejor plato que un cuadrmano asado, se apresuraron a degollar al animal, que aún no estaba muerto, a pesar de la espantosa herida que había recibido, pues es de vida tenacísima; le ensartaron en la baqueta de hierro de uno de los arcabuces, el cual apoyaron por sus extremos en dos ramas en forma de horquetas, que hincaron en tierra, y encendieron debajo de él una pequeña hoguera, para ejecutar la sencilla operación culinaria de asarlo.

—Vigila tú el asado mientras voy en busca de frutas y estopa o algo que pueda suplirla—dijo el señor Correa—. ¿No tendrás miedo de quedarte solo?

—¡Ca; no, señor!—respondió el muchacho—. ¡Tengo el arcabuz cargado!

Alejóse Álvaro, dirigiéndose hacia la selva, cuyo lindero no distaba de allí más de cincuenta pasos.

Varios grupos de árboles hermosísimos que el portugués nunca había visto cubrían el espacio que separaba la laguna de la selva. Eran de figura esbelta, de no más de seis o siete metros de altura, con las hojas de hermoso color verde oscuro, y estaban cargados de frutas amarillas,

Emilio Salgari

gordas, lucientes como calabazas, y que, por una extraña irregularidad, en vez de colgar de las ramas salían directamente del tronco.

Eran *jabutos cabeira*, muy comunes en las selvas brasileñas y muy apreciados por sus frutos, que alrededor de un núcleo gruesísimo tienen una pulpa carnosa, delicada y de sabor bastante agradable.

Probó el portugués algunas que había por el suelo, y habiéndole parecido excelentes, hizo una buena provisión de ellas. Después siguió su camino, poniendo en fuga a numerosas bandadas de *ticos ticos*, especie de pájaros charlatanes como cotorras, y de *azules*, de hermoso plumaje del color que su mismo nombre dice. Sobre las hojas secas, aún cubiertas del rocío de la noche, veía Álvaro saltar aquellas feísimas *parranceas* de largas piernas que la pasada noche habían invadido el claro del bosque donde se hallaba la *summameira*, y no sin profundo horror vio también ciertas serpientes de color verde, delgadas como bejucos, a las cuales por eso mismo llaman los brasileños *cobra-cipo*, o sea serpiente bejuco, facilísimas de confundir con lianas entre la vegetación de las selvas vírgenes.

Ya había llegado Álvaro al lindero de la selva, mirando detenidamente cuantas plantas hallaba al alcance de su vista, por si encontraba alguna cuyas fibras pudieran sustituir a la estopa para componer la canoa, cuando le llamó la atención un ruido como de objetos pesados que cayeron al suelo con gran fuerza.

—¿Será que andan por aquí los indios?—se dijo, agazapándose en un matorral.

Miró atentamente hacia el lugar de donde partía aquel ruido, y de lo alto de un árbol colosal que se levantaba a veinte pasos delante de él vio

El hombre de fuego

caer enormes frutas que al reventarse lanzaban en torno suyo cierta especie de almendras.

—¿Quién hará caer esas frutas?—se preguntó—. Caen con demasiada fuerza, y no a plomo.

Dirigió la vista hacia la copa de aquel árbol enorme, y descubrió entre sus ramas unos feísimos monos que arrancaban las frutas y las arrojaban al suelo con todas sus fuerzas para que se reventasen.

Eran los cuadrumanos más feos que quizá haya en el mundo; con la cabeza completamente calva; la punta de la nariz roja como la de borrachos consuetudinarios e impenitentes, y el pelaje larguísimo y de color amarillo rojizo. Tenían cierto aspecto de decrepitud que contribuía a aumentar su fealdad.

Cuando hubieron arrojado al suelo gran cantidad de fruta descendieron rápidamente del árbol, y empezaron a devorar las almendras que habían salido de aquellas enormes nueces.

Un movimiento del portugués les advirtió la presencia de un enemigo. Recogieron atropelladamente las frutas que había por el suelo y huyeron con la rapidez del viento, desapareciendo entre las tupidísimas redes de bejucos.

Álvaro se adelantó hacia el árbol y recogió algunas de aquellas nueces enormes, por cuyas hendiduras se descubrían ciertos filamentos que no equivalían a la buena estopa, pero que podían ser de alguna utilidad.

—¡He hallado lo que me hacía falta!—dijo—. ¡Es singular que unos monos hayan enseñado a un hombre como yo dónde encontrar lo que estaba buscando!

Rompió una de aquellas nueces, y entre la cáscara y las almendras vio que había una capa de filamentos. Si hubiera conocido mejor el árbol, habría podido encontrar bastante mayor cantidad de ellos

Emilio Salgari

bajo la corteza; pero el portugués ignoraba absolutamente las riquezas de las plantas brasileñas.

Satisfecho de su descubrimiento, volvió hacia la laguna, llegando al lugar donde el muchacho le esperaba.

—¿Está a punto el asado?—preguntó Alvaro, cuyo olfato se sintió halagado por el exquisito perfume que se desprendía de aquella carne.

—El cocinero de la carabela no lo hubiera hecho mejor, modestia aparte—dijo García riéndose—. ¡He dirigido el asado como lo hubiera hecho un perfecto cocinero!

—¡Bravo, rapaz!

—Es que...—dijo el muchacho titubeando.

—¡Acaba! ¿Qué quieres decir?

—¿No os parece que este mono asado se parece bastante a un niño?

—Puede ser, García—contestó Alvaro, que comprendió la exactitud de la observación de su compañero—; pero como estamos en un país donde los hombres son materia comestible, no debemos ser muy escrupulosos. Además, a lo menos por ahora, no tenemos nada mejor que llevar a los dientes.

Separó la pieza del fuego, la colocó sobre una hoja de plátano salvaje, y la dividió en varios trozos con el hacha.

—La fragancia que despidе es exquisita—dijo—. Veremos si el sabor corresponde con ella.

—¡Ay, señor! ¡Me parece que no es comparable con un papagayo!—dijo García, que se había apoderado de una costilla y hacía esfuerzos sobrehumanos para comérsela.

—¡Verdaderamente, es detestable!—contestó el portugués, peleando heroicamente con un trozo de carne—. ¡Esta carne es más correosa que la de un mulo viejo!

El hombre de fuego

—Es carne holgazana, señor.

—Pero que, mal o bien, hay que tragarla.

El hambre de nuestros náufragos hizo verdaderos milagros, y el pobre *ay*, por más que estuviese tan duro como una suela de zapato y distara mucho de tener sabor agradable, pasó en gran parte a sus estómagos.

Satisfecha ya el hambre, Alvaro y García se dedicaron a componer la canoa en que pretendían atravesar la laguna y también pescar, dado caso que hubiera peces en sus oscuras aguas.

Ya habían tapado los agujeros del fondo de la canoa y botádola al agua, cuando de repente oyeron un tremendo griterío por el lado del bosque. Esta vez no eran monos los que gritaban.

Parecía como si dos tribus rivales lucharan furiosamente bajo los árboles. Se oían golpes formidables, como de maza sobre escudos, silbidos de flechas y espantosos aullidos, harto conocidos ya de nuestros náufragos.

Alvaro se precipitó instintivamente hacia la canoa, temiendo que los combatientes se corrieran hacia la laguna.

—¿Y los remos, señor?—gritó García.

Alvaro echó una mirada en torno suyo, y habiendo visto a corta distancia un arbusto frondosísimo, lo derribó de unos cuantos hachazos.

—Creo que con esto tenemos bastante—dijo.

Cortó dos ramas y las llevó a toda carrera a la canoa, donde ya el muchacho estaba aguardándole.

—¡Adelante, García!—exclamó.

Sin cerciorarse de si la canoa estaba bien arreglada, se entraron por la laguna empujándose con las ramas a guisa de remos, y desaparecieron entre los islotes de que estaba cubierta.

CAPITULO VII

EL ASALTO DEL «JACARÉ»

POR más que la canoa estuviera en pésimo estado y empapada en agua la madera esponjosa de que estaba hecha, navegaba bastante bien, empujada por aquellos remos improvisados.

Los náufragos, que temían ver aparecer de un momento a otro a los combatientes, cuyo griterío seguían oyendo, hacia los linderos de la selva, pasaron sin detenerse frente al islote en que habían caído los ánades, y se internaron resueltamente en el pantano.

Sin embargo, adelantaban con mucho trabajo a causa de las muchas plantas acuáticas que crecían en las aguas de la laguna, no pocas de las cuales oponían gran resistencia al avance de la canoa, y se veían obligados a cortarlas o separarlas para poder pasar a través de ellas.

Uno de los mayores obstáculos lo constituían ciertas hojas desmesuradas que oponían tenaz resistencia y que no se dejaban cortar sin grandísimo trabajo.

Perteneían a la espléndida planta llamada *victoria regia*, abundantísima en los ríos y lagunas de la América meridional, cuyas hojas, de bordes realzados, no tienen menos de metro y medio en contorno.

Parecen almadías en que las aves acuáticas suelen hacer sus nidos, pues tienen fuerza y soli-

El hombre de fuego

dez bastante para sostener unas cuantas docenas de ellos.

Sobre todo, son admirables por sus flores, de contextura aterciopelada y color blanco ligeramente vetado de rosa y púrpura del más hermoso efecto, y por sus tallos espinosos, que suelen causar heridas incurables.

Abriéndose paso a golpes de remo y a cuchilladas con los espadones, no tardaron los dos naufragos en llegar a un islote de cincuenta o sesenta metros de circuito y cubierto de plátanos, de los cuales pendían enormes racimos de frutos, que ya conocía y apreciaba Álvaro desde que estuvo en África.

—Nos esconderemos debajo de aquellas hojas enormes, dijo al muchacho, que comenzaba a dar señales de cansancio.

—Creo que ya es tiempo de saltar a tierra—respondió García—. Sea que esté inservible la canoa, sea que la hayamos arreglado mal, lo cierto es que hace agua por todas partes, y tengo los pies enteramente empapados.

—La arreglaremos mejor con otra estopa. ¡Pardiez; este islote es un verdadero Paraíso, y vamos a darnos un buen hartazgo de plátanos! Supongo que los de América no serán menos sabrosos que los de Asia y África.

—Y también tenemos pájaros, si queremos regalarnos. Y con un asado mejor que el de esta mañana.

—Pero ¿te has olvidado de los indios? Si en este momento oyesen un disparo, tardarían muy poco en presentarse. ¡Tienen demasiada afición a la carne blanca!

—Se imaginarán que es carne de pollo—respondió el muchacho haciendo esfuerzos para reírse.

Emilio Salgari

Amarraron la canoa a la orilla y desembarcaron, conduciendo las armas y las municiones.

El islote estaba cubierto de espesísima hierba y grupos de árboles que proyectaban una sombra deliciosa. Bandadas de preciosos *trochilus minimus*, los más pequeños de los pájaros moscas, revoloteaban alrededor de sus nidos, que tenían figura de cono invertido, trinando y batallando unos con otros con gran ardor, pues no por ser pequeños dejan de ser tan belicosos como los otros volátiles.

—Aquí estaremos bien—dijo Alvaro—, y podremos esperar, sin aburrirnos demasiado, a que se vayan los indios.

—Pero tenemos que resolver la eterna cuestión de la comida—dijo el mancebo—, cosa nada fácil en tan pequeño espacio de tierra.

—Pero ¿no sabes que tengo anzuelos?

—¡Ah! ¡Es verdad; lo había olvidado!

—Vamos a dar una vuelta a nuestra posesión, y después echaremos los anzuelos. Entre estas hierbas seguramente encontraremos gusanos.

Recorrieron la orilla del islote dando golpes en los matojos con las culatas de los arcabuces, para cerciorarse de que en ellos no había serpientes escondidas. Detuviéronse después cerca de un pequeño cañaveral mirando con atención al agua.

—He visto pasar ciertas sombras entre las hojas de las plantas acuáticas—dijo Alvaro—. Me parece que no faltan peces en esta laguna.

El muchacho había recogido ya algunos gusanos, y también había sacado un largo hilo del tejido del cinturón que llevaba para sujetarse los calzones. Cortaron dos cañas, prepararon los anzuelos y los lanzaron entre las anchas hojas de

El hombre de fuego

las *victorias*, que hacían en las profundidades del agua bastante sombra, para engañar a los peces.

Dos tirones les avisaron bien pronto que tenían segura la cena.

Fueron recogiendo poco a poco los hilos de los anzuelos, y sacaron dos gruesas *trairas*, peces que viven en las lagunas y que tienen boca grandísima armada de dientes muy agudos, y dorso negro.

Animados por el buen resultado, volvieron a echar los anzuelos, cuando fueron sorprendidos por un rugido extraño y prolongado que parecía salir del agua, y tan fuerte como el de un león.

—¿Habéis oído, señor Álvaro?

—¡Seguramente! ¡No estoy sordo!

—Ha sido un rugido; ¿no es verdad?

—Sí, García.

—¿Y ha sonado en el fondo del pantano?

—Positivamente, no ha sido en la superficie.

—¿Qué animal será?

—Quizá algún pez de nuevo género.

—Pues tiene que ser bien grande.

—Pequeño, seguramente no es.

—¿Quién sabe si será alguna enorme serpiente?

—Lo he sospechado.

—¿No será algún caimán?

—Habría salido a respirar, y no lo he visto.

En aquel momento experimentó el muchacho una sacudida tan violenta, que faltó poco para que cayese al agua.

Algún enorme pez debió de tragarse el anzuelo y dar aquel tirón fortísimo al huir.

Álvaro apenas tuvo tiempo para sujetar al muchacho.

—¡Deja correr el hilo! —le dijo.

Emilio Salgari

El cordel y la caña desaparecieron de repente bajo el agua, al mismo tiempo que una verdadera tromba de agua y de fango salía de la laguna y se derramaba cerca de los náufragos, y se oía un rugido terrible, todavía más formidable que el de antes.

— ¡Pardiez! — exclamó Alvaro dando un rápido salto atrás—. ¿Ha reventado una mina en el fondo de la laguna?

— No es una mina, señor — dijo García—. He visto moverse entre el fango una cola tan gruesa como el muslo. Es un animalucho como el que matasteis en la orilla, y que tan cerca estuvo de devorarme.

— ¿Otra serpiente como aquélla?

— Sí, señor.

— ¡Extraño país, donde las serpientes, en vez de andar entre la hierba, viven en el agua como las anguilas!

— Deben ser parientes cercanas de ellas.

— ¡No molestemos más a esa señora, que debe de estar bastante irritada por haberse tragado tu anzuelo. Por lo demás, ya tenemos cena segura y abundante.

— ¿Cuándo saldremos de este islote?

— Nos quedaremos en él esta noche. Estamos más seguros en medio del pantano que en el bosque.

— ¿Habrán acabado los indios la batalla?

— Ya no se oye ruido alguno.

— Probablemente estarán entretenidos en asar a los muertos.

— Y también a los prisioneros, García — dijo Alvaro.

— ¡Qué canallas! ¡Y, sin embargo, en sus selvas tienen frutas y caza en abundancia!

El hombre de fuego

— ¡Es cuestión de gustos, rapaz! Ahora ocupémonos de encender fuego y preparar la cena, porque el sol va a ponerse muy pronto.

Temiendo que los indios pudiesen ver las llamas de la hoguera, pues no estaban seguros de que se hubieran ido de la selva, buscaron un lugar resguardado de la vista por los troncos y hojas de las plantas.

Recogieron cañas y ramas secas y encendieron una pequeña hoguera, al lado de la cual se sentaron sobre la hierba y asaron los peces.

Comenzó a envolverse en tinieblas la laguna, de cuyas aguas emanaban vapores pestíferos, vehículos de enfermedades mortales, y también de la terrible fiebre amarilla. Nubes de mosquitos cubrían los cañaverales, y por encima de ellos revoloteaban describiendo caprichosas curvas y zig-zags muchos grandes murciélagos que tenían medio metro de envergadura; quizá esos peligrosísimos vampiros rojos que chupan la sangre de los animales y personas a quienes sorprenden dormidos.

En las anchas hojas de las *victorias* se posaban gravemente las *piassocas*, de patas larguísimas, dejándose llevar por el vientecillo que empujaba a aquellas verdes almadías por las aguas del pantano, mientras los *bienteveos* lanzaban desde las cañas su monótono y melancólico grito: «bien-ti-vi, bien-ti-vi...», y los blancos *uropongas*, ocultos entre la vegetación de los islotes, daban al aire sus notas agudas, semejantes a campanadas o al ruido que hace el martillo al golpear sobre el yunque.

— ¡Qué tétrica es esta laguna! — dijo Álvaro, que estaba ocupado en seguir la operación del asado de las *trairas*—. ¡Siento infinita tristeza!

Emilio Salgari

—Y vo también, señor—respondió el muchacho—; preferiría estar en la orilla de la bahía.

—Pronto volveremos allá—dijo Álvaro—. Mañana atravesaremos esta laguna, y caminaremos hacia Oriente hasta que lleguemos a ella. No debemos de estar a más de dos millas de distancia de la bahía. ¡Ah!

—¿Qué sucede, señor?

—¿Has probado el agua de esta laguna?

—Aun no.

—¿Estará en comunicación con el mar?

—Pronto lo sabremos. Mientras sacáis los peces del fuego voy a beber un sorbo por más que sea tan negra que la repugne hasta el más sediento.

El muchacho se levantó, se acercó a la orilla, se agachó e introdujo una mano en el agua, que después se llevó a los labios.

—Es salada—dijo—. No tengo duda de que esta laguna está en comunicación con el mar.

Iba ya a levantarse, cuando a diez o doce pasos de la orilla vio pasar un bulto oscuro que parecía formado por un montón de plantas acuáticas. Al mismo tiempo llegó a sus oídos un rumor vago que parecía un rugido.

—¡Un islote que anda solo y que llora como un niño!—exclamó.

Un ruido sordo, como el que hace una caja al cerrarse, le advirtió que tuviese cuidado con aquella isla semoviente.

—¿Será un caimán?—se preguntó estremeciéndose.

También Alvaro había percibido aquel ruido, y acudió presurosamente llevando en la mano los dos arcabuces.

—¿Qué estás haciendo, García?—le dijo, viéndole enteramente inmóvil.

El hombre de fuego

— ¡Ese horrible animal debe de estar escuchándonos, señor!—respondió el muchacho—. Si es verdaderamente un animal, pues yo no veo más que un montón de cañas que anda por el agua.

— ¡No quisiera encontrarme entre los dientes que se esconden debajo de esas plantas acuáticas!—dijo Alvaro—. Los caimanes no son tan grandes ni tan fieros como los cocodrilos africanos; pero siempre son de cuidado, y tampoco desprecian la carne humana.

Son dignos vecinos de los salvajes. ¡En esta tierra la carne humana tiene muchos aficionados! Una temporada en el Brasil no es muy agradable para los europeos.

¡Ah! ¿Lo estás viendo? Trata de acercarse disimuladamente a nuestro islote.

Dejémosle que llegue, y vámonos a cenar antes de que se nos enfríe el asado.

—Estaré con los ojos muy abiertos, señor.

—Y yo, con los arcabuces preparados.

El señor Correa, que no parecía inquietarse gran cosa por la cercanía del peligroso reptil, el cual, por otra parte, se había detenido a unos cuarenta metros de la orilla, ocultándose entre las inmensas hojas de las *victorias*, volvió tranquilamente al campamento improvisado entre las plantas, y se sentó, por decirlo así, a la mesa, haciendo trozos las dos *trairas*.

Aunque careciesen de sal y no tuvieran nada con qué sustituir el pan, muy pronto despacharon los dos peces, que nuestros náufragos juzgaron exquisitos.

Apenas habían acabado cuando sintieron un ruido sospechoso entre las cañas de la orilla.

—Es el caimán, que trata de tomar tierra—

Emilio Salgari

dijo Alvaro en voz baja y montando a toda prisa su arcabuz.

Se escondió entre las hierbas, que eran bastante altas, y arrastras se acercó cautelosamente a la orilla, llevando a su lado al muchacho, que había empuñado el hacha.

El ruido continuaba, y las cañas se movían como si un bulto voluminoso tratara de abrirse paso a través de ellas.

—¿Será el caimán?—preguntó García en voz baja.

—No tengo duda—le contestó Alvaro.

—¿Vais a hacerle frente?

—Voy a dispararle el arcabuz entre las quijadas. ¡Veremos si con una píldora de dos onzas de plomo dentro del cuerpo puede todavía volverse al agua!

Habían llegado cerca de la orilla; pero ya no se sentía ningún ruido. Sin embargo, el caimán no debía de estar lejos: la brisa nocturna llevaba hasta los náufragos el fuerte olor a almizcle propio de esos reptiles de las lagunas americanas.

—¿Se habrá vuelto a la laguna?—murmuró Alvaro para sus adentros.

Iba a levantarse sobre las rodillas, cuando las cañas que tenía delante se separaron bruscamente y dos enormes mandíbulas armadas con un verdadero arsenal de dientes de marfil, se abrieron, despidiendo ese hedor nauseabundo de carne corrompida que exhalan las sangrientas fauces de las fieras.

—¡Diablo!—exclamó Alvaro echándose a la cara el arcabuz y metiendo el cañón en la boca del reptil.

Resonó un sordo estampido, porque el caimán había cerrado repentinamente las mandíbu-

El hombre de fuego

las al sentir el cañón entre ellas, con la intención de partirlo de una dentellada.

El disparo abrasó y destrozó la garganta del reptil, que se enderezó de golpe sobre la cola como una serpiente que se dispone a acometer a su presa, lanzó un profundo mugido y cayó sobre el dorso, agitando desesperadamente las anchas y palmeadas garras.

—Parece que no ha tragado bien el confite de plomo—dijo Alvaro—. Debe de habersele quedado en la garganta. ¡Eres demasiado goloso, caro amigo! ¡Debías haberlo masticado mejor!

Se levantó para avanzar hacia el cuerpo del caimán; pero en aquel momento se sintió lanzado a diez pasos de distancia, y fué a caer en un matojo que atenuó la violencia del golpe.

El saurio no estaba muerto, a pesar de la espantosa herida que había recibido, y sacudió un furioso coletazo con la esperanza de vengarse de su enemigo. Si hubiera estado en toda la plenitud de su vida, aquel golpe habría costado a Alvaro la suya, porque esos reptiles tienen tal fuerza en la cola, que a veces destrozan una chalupa de un coletazo; pero, felizmente para Alvaro, el golpe había sido relativamente débil.

Al ver en tierra al portugués, y al caimán revolviéndose como si se preparase a acometer de nuevo, el muchacho le disparó un segundo arcabuzazo, sin ningún resultado.

Ignorando la increíble dureza de las escamas que cubren el dorso de esos reptiles, le había dirigido el tiro a la espalda, y la bala se había aplastado sin ocasionar ninguna lesión grave al animal.

—¡Señor Alvaro!—exclamó aterrado, viendo al saurio abrir otra vez las mandíbulas.

Aunque aturdido por la inesperada sacudida que

Emilio Salgari

había recibido, el señor Correa no había perdido su presencia de ánimo.

Al oír el segundo disparo, comprendió que el muchacho estaba en peligro. Mediante un enérgico esfuerzo se desembarazó de las ramas que en cierto modo le aprisionaban y, aunque cojeando, se adelantó hacia la orilla, interponiéndose entre el mozo y el caimán.

Este aún no había embestido al muchacho, y, por otra parte, no podía servirse de sus quijadas, por tener completamente partida la de arriba, cerca de la garganta, colgándole como una enorme suela de zapato.

Pero aun podía revolverse y sacudir su formidable cola.

— ¡Ah, canalla! — exclamó Alvaro—. ¡Tienes duro el pellejo!

— ¡Tomad, señor! — dijo García entregándole el hacha.

Con extraordinaria temeridad el portugués se precipitó sobre el reptil, y le descargó en el cráneo golpes terribles que resonaban como si los diera en un tambor.

Al tercer hachazo cedió la osamenta y el hacha quedó embutida en la masa cerebral del saurio, que esta vez quedó muerto de veras. Extendióse cuan largo era, bajó el hocico, escondiéndolo entre la hierba, dio una postrera acudida que conmovió todo su cuerpo, y lanzó un largo resoplido semejante a un murmullo sofocado.

— ¡Son bien duros de matar estos animaluchos! — dijo Alvaro contemplando con curiosidad al reptil—. Tienen vitalidad increíble, casi tan grande como los peces-perros.

— ¿No estáis herido, señor Correa? — ¡Creí que aquel golpe os había matado!

El hombre de fuego

—Me duelen todas las costillas; pero creo que la maquinaria no está descompuesta—respondió el portugués sonriendo—. Me ha hecho dar un magnífico salto; pero sin consecuencias. Si el caimán no hubiera estado gravemente herido cuando me dio el coletazo, no estaría vivo en este momento. ¿Sabes que tiene lo menos siete varas de largo?

—Debe de ser de los más grandes, ¿verdad, señor?

—Lo supongo.

—¿Podrá comerse su carne?

—¡Puah! ¡Comer carne de caimán! ¿No notas cómo huele a almizcle?

—Entonces, no podemos sacar ningún partido de él.

—Podría utilizarse su piel para hacer zapatos; pero como los nuestros están todavía buenos, se lo dejaremos a las serpientes si lo quieren. ¡Vámonos a dormir, querido García!

—¿Y si nos acomete algún otro?—preguntó el muchacho.

—Velaremos por turno.

Con las hachas cortaron hierba y se arreglaron dos camas bastante cómodas, en las cuales se acostaron al lado del fuego, que poco a poco fue apagándose.

Alvaro se encargó del primer cuarto de guardia.

A pesar de sus temores, la noche transcurrió tranquilamente y sin alarmas: sólo hacia la media noche oyeron varias veces aquel mugido inexplicable que antes resonó en las negras aguas de la laguna, y que tanto los había sorprendido.

CAPITULO VIII

LA ALMADÍA VIVIENTE

A una desagradable sorpresa, que podía tener la mañana siguiente tuvieron los náufragos muy graves consecuencias para ellos. El muchacho, que se había dirigido a la orilla para volver a carenar la canoa, no la encontró en el sitio donde la había dejado.

Asustado por aquel inesperado acontecimiento, corrió al campamento, donde Alvaro, que había hecho el último cuarto, aún dormía.

— ¡Señor! — exclamó con acento de terror—. ¿No habéis visto a nadie acercarse al islote por la noche?

— ¿Por qué me preguntas eso, García? — preguntó el portugués, muy sorprendido por las palabras del muchacho.

— ¡Porque nos han robado la canoa, señor!

— ¿Robado? ¿Y quién?

— ¿Qué sé yo! Quizá los indios.

— ¡No es creíble! — respondió Alvaro—. Durante mis cuartos de guardia he dado varias veces la vuelta al islote, y seguramente hubiese visto a los indios si se hubieran acercado.

— Sin embargo, la canoa no está. Venid, y os convenceréis.

Muy impresionado por aquella mala noticia, el señor Correa se levantó inmediatamente y siguió al muchacho.

El hombre de fuego

Llegados a la orilla se persuadió por sus propios ojos de que la canoa no estaba entre el grupo de cañas donde la habían dejado el día anterior.

— ¡La cosa es grave! — dijo.

— ¿La habrán robado?

— No lo creo. La orilla es fangosa en este sitio, y si hubiesen desembarcado hombres, habrían dejado marcadas sus huellas. Más bien creo que se haya hundido.

— Seguramente, señor. Hacía agua.

— ¡Hemos cometido una gran imprudencia, García! — dijo Alvaro—. En vez de amarrar la canoa a las cañas, debimos sacarla a tierra.

— ¿Cómo nos las compondremos ahora para salir de este islote y atravesar la laguna? Su orilla más próxima está lo menos a tres millas de aquí.

— ¡Estamos prisioneros, muchacho!

— ¿Y si probásemos a pasar a nado la laguna? ¡Tres millas no me asustan! — dijo el muchacho.

— A mí no me asustan ni cinco; pero no me atrevo a entregarme a esas aguas tan abundantes en caimanes y en serpientes gigantescas.

— ¡Es verdad, señor! Olvidaba que estamos rodeados de comedores de hombres. Pero, de todas maneras, no podemos pasarnos aquí la vida; ¡no tenemos víveres ni agua potable.

Alvaro no respondió. Miraba a los pocos árboles que había en el islote, y se preguntaba si serían bastantes para construir por lo menos una almadía suficiente para transportarlos hasta la orilla más próxima.

Había cinco o seis arbustos de unas seis o siete varas de alto, de tronco más bien delgado, cubierto de corteza muy oscura. También había muchos matojos y lianas; pero los primeros podían servirles de poco.

Emilio Salgari

— ¡Probemos! — dijo Alvaro, señalando a los arbustos.

— Queréis construir una almadía, ¿verdad, señor?

— No sé si tendremos materiales suficientes — respondió Alvaro.

— Con que haya para construir el esqueleto, nos basta. La plataforma podemos hacerla de cañas.

— Es una idea que no se me había ocurrido — dijo Alvaro —. Dame el hacha, y vamos a destruir nuestro pequeño bosque.

Empuñó el hacha, y descargó un golpe vigoroso sobre el más alto de aquellos arbustos; pero su intento fue inútil, pues el filo del hacha se embotó sin haber podido siquiera penetrar en la corteza.

— ¡Ah, diablo! — exclamó el portugués atónito —. ¿Cómo es esto? Sin embargo, todavía tengo fuerza en los brazos y el hacha está bien afilada.

— ¿Qué clase de madera es ésta? — dijo para sí el muchacho, no menos sorprendido.

Alvaro dió un segundo golpe, y el hacha, en vez de entrar en la madera, rebotó como si hubiese dado en una roca de cuarzo o en una barra de hierro.

— ¡Veamos! — dijo García.

— ¡Es increíble! — exclamó Alvaro.

Sacó el cuchillo, y trató de clavarlo con toda su fuerza en el tronco del arbusto. La hoja larga y fina saltó hecha pedazos, como si hubiera sido de vidrio.

— ¿Qué te parece, García? — dijo el portugués.

— Os digo, señor, que estos árboles son de hierro y que no lograremos cortarlos.

Alvaro ensayó cortar con el hacha otro de

El hombre de fuego

aquellos árboles, dándole golpes furiosos; pero apenas consiguió arañar la corteza.

—He oído hablar vagamente de ciertos árboles de América duros como rocas—dijo, enjugándose el sudor, que le corría en abundancia por la frente a causa de los esfuerzos hercúleos que acababa de hacer—. ¿Serán estos árboles de esa especie?

No se había engañado: las pocas plantas que había en el islote eran de ese llamado palo de hierro que ha dado celebridad a ciertas selvas del Brasil y del Amazonas; duro como si sus fibras fuesen de hierro, impenetrables al hacha mejor afilada, y tan pesado, que se va a fondo en el agua.

Aunque los náufragos hubieran logrado derribarlos, sólo habrían conseguido perder miserablemente el tiempo.

—Señor—dijo el mancebo—, no conseguiremos nada. Es inútil que gastemos los filos de nuestras hachas y que desperdiciemos las fuerzas.

—¿Tendremos que quedar prisioneros para siempre en este pedazo de tierra?—preguntó Álvaro.

—¿No podríamos sacar del agua nuestra canoa?

—¿Y quién sabe adónde habrá ido a parar? Estas aguas no están completamente inmóviles.

—¿Qué vamos a hacer, señor Álvaro?

—No lo sé—respondió el portugués con ademán de desaliento.

Muy tristes y preocupados dieron la vuelta alrededor del islote, con la esperanza de hallar algún tronco de árbol encallado en las orillas, o cualquiera otra cosa que pudiera servirles para atravesar aquella maldita laguna; pero nada en-

Emilio Salgari

contraron, y volvieron al campamento desanimados por la inutilidad de sus pasos. Ambos estaban muy abatidos, y con razón. ¿Cómo podrían salir de aquella situación embarazosa? Cierto que por el momento no los amenazaba ningún peligro; pero no se sentían dispuestos a acabar sus días en aquel pedazo de tierra, que no ofrecía recursos de ninguna clase.

Alvaro se devanaba en vano el cerebro, pues no hallaba salida alguna. Sin una barca o sin madera con que fabricar algo que flotase en el agua, no había manera de salir de aquella prisión.

Las horas pasaban, y la situación seguía siendo la misma. Un calor sofocante reinaba en la vasta laguna, cuyas aguas humeaban como si hirviesen. Los rayos del sol caían casi a plomo, reflejándose tan vivamente, que lastimaban los ojos.

De cuando en cuando el silencio que reinaba en la laguna era turbado por el vuelo de los *gallinagos*, especie de becasinas; por el de las *pisocas*, aves que tienen las alas provistas de largos dedos y que suelen posarse sobre las anchas hojas de las plantas lacustres, o por el de bandadas de gallinetas acuáticas, con plumas de color azul oscuro.

Otras veces era un caimán el que rompía el silencio de la sabana. Avanzaba perezosamente por entre las hojas de las victorias con el dorso cubierto de plantas, y después desaparecía detrás de los islotes en que probablemente saltaría para desperezarse a los rayos del sol.

Ya debía de haber pasado el mediodía, cuando García, que hasta entonces había permanecido echado a la sombra de uno de aquellos *palos de hierro* discutiendo inútilmente planes imposibles, se levantó diciendo :

El hombre de fuego

—Señor Alvaro, no hemos pensado en un peligro que nos amenaza, todavía peor que el hambre. Tengo sed, señor, y no puedo resistirla.

El portugués se había levantado mirándole con angustia. Era cierto; hasta entonces había olvidado que el agua de la laguna no era potable.

—¡Pues, entonces, estamos perdidos! —exclamó.

—Sí, si no encontramos manera de marcharnos de aquí—contestó el muchacho.

—Pero, ¿cuál? En vano busco una idea.

—¿Creéis, señor, que haya indios alrededor de este pantano.

—Puede ser.

—¿Y si hacemos señales quemando las cañas y las hierbas y disparando de cuando en cuando los arcabuces?

—¿Para hacer que acudan?

—Sí, señor Alvaro.

—¿Y que nos hagan prisioneros para asarnos después? ¡No, García; prefiero morir de hambre y de sed a que mi cuerpo sirva de alimento a esa canalla!

—¡Señor Alvaro!...

El portugués dio un salto sin esperar el fin de la frase, y se ocultó detrás de un cuadro de hierba mirando atentamente a la orilla.

—¿Otro caimán, señor?—le preguntó García, que se había apresurado a reunirse con él.

—¡Parece que esta vez se trata de algún otro animal!—contestó el portugués—. ¡He visto abrirse violentamente el cañaverall!

—¿Acaso una de aquellas grandes serpientes?

—¡Calla!

Un bulto, de forma aún vaga y de muy poco relieve trataba de abrirse paso por entre las cañas, rompiéndolas a diestro y siniestro.

Emilio Salgari

—¿Qué animal será?—se preguntó el portugués—. ¡Juraría que se trata de una tortuga!

En efecto; era una tortuga de la especie *mydas*, que son las más gigantescas que habitan en los pantanos y ríos del Brasil. No son de gran precio, como las que producen el carey, de que tanto tráfico se hace; pero, en cambio, se las busca por el tamaño de sus conchas y por la abundancia de su carne.

Generalmente sus conchas, que son de color verdusco con escamas exagonales, tiene más de dos metros de largo y medio metro de ancho.

La que había saltado al islote era de las más gigantescas de la especie; tenía casi ocho pies de largo y por lo menos cuatro de ancho; era una verdadera almadía en miniatura.

—¡No te muevas, García!—dijo Álvaro rápidamente—. ¡Ahí tenemos para comer y cenar abundantemente una semana!

Después de abrirse paso por entre las cañas, la tortuga se había detenido en la orilla, que en aquel lugar era arenosa y estaba limpia de hierba, y se puso en acecho.

Después de un breve rato de quietud prosiguió su marcha rápidamente andando sobre la punta de las patas, y después empezó a cavar en la arena.

—Se prepara a poner un huevo—murmuró Álvaro—. ¡Aquí, García!

Ambos salieron del hierbatal, y se lanzaron sobre el reptil, que se había acurrucado en el fondo del agujero.

Apoderarse de él y volcarlo sobre el dorso, fue cosa de un momento.

—¡Ya es nuestra!—exclamó el muchacho con voz triunfante—. ¡Dadle un hachazo, señor!

El hombre de fuego

Alvaro había empuñado el hacha, y se disponía a dar un golpe con ella en la cabeza del reptil, cuando tuvo una idea repentina que detuvo su brazo.

— ¡No! —exclamó—. ¡Iba a hacer una barbaridad!

—¿No la matáis, señor? —preguntó el muchacho.

—¿Matarla? ¡Creo que este reptil ha de sernos más útil vivo que muerto!

—¿Y de qué manera, señor?

— ¡Conduciéndonos a la otra orilla!

— ¡Cómo! ¿Este animal?

—¿Crees que no puede servir de almadía a uno de nosotros? ¡Mira el tamaño de su concha!

— ¡Ah, señor! —exclamó García soltando una carcajada.

—¿Te ríes? ¡Bueno! Pues ya verás que no he dicho una simpleza.

—Pero, señor, si la echáis en el agua, se sumergirá de pronto y os dejará en la superficie.

—¿Lo crees así? Yo no, porque no la dejaré sumergirse. Aquel caimán que ha venido a hacerse matar a nuestros pies tuvo una buena idea.

—No os entiendo, señor Álvaro.

— ¡Ven conmigo!

—¿Y no se nos irá la tortuga?

—No tengas cuidado; cuando estos reptiles están volcados sobre el dorso no pueden ponerse derechos. La encontraremos, pues, como la dejamos.

García le siguió, preguntándose qué relación podía haber entre el caimán y la tortuga y la travesía de la laguna.

El cuerpo del *jacaré*—así llaman los indios a esos peligrosos habitantes de las lagunas y de los

Emilio Salgari

ríos—seguía extendido entre las cañas. El calor del sol, desarrollando los gases internos, le había hinchado tan extraordinariamente, que parecía que su vientre amarillento iba a estallar.

— ¡Qué horrible es! —exclamó García—. ¡Antes era feo; pero ahora da miedo verle!

Álvaro descargó un hachazo sobre el costado del reptil, dando al mismo tiempo un salto hacia un lado. Los intestinos, empujados por los gases interiores, se esparcieron sobre la hierba.

— ¡Ahí tienes lo que me hace falta! —dijo.

— ¿Las tripas de este horroroso animalucho?!

— Sí, García.

— ¿Vais a hacer embutidos de tortuga, señor?!

— No; embutidos de aire.

Esta respuesta fue una revelación para el inteligente muchacho.

— ¡Ah! —exclamó—. ¡Ahora comprendo! ¡Señor, qué soberbia idea!

— Ya que me has comprendido, ayúdame.

De unas cuantas cuchilladas separó los intestinos, y los llevó a la orilla, donde los lavó y preparó con la eficaz ayuda del muchacho.

La operación no duró mucho.

— Ahora venga un pedazo de caña y un cordel.

— ¡A un marinero nunca le faltan cuerdas! —dijo García.

Amarraron fuertemente un extremo de la tripa; después Álvaro introdujo un pedazo de caña perfectamente perforada en el otro extremo, y sopló con todas sus fuerzas.

Necesitó un buen cuarto de hora para llenar de aire el intestino, que tenía como doce metros de largo.

— Vamos ahora a sujetarlo alrededor de la tortuga —dijo Álvaro cuando hubo ligado el otro extre-

El hombre de fuego

mo—. ¡ Veremos si el reptil es capaz de irse a fondo!

Levantaron con precaución el intestino inflado para que no lo perforasen las ramas espinosas de los matorrales, y atravesaron el islote.

La pobre *mydas*, a pesar de sus desesperados esfuerzos para enderezarse, seguía volcada sobre el dorso. Movía perezosamente las patas y alargaba y acortaba cómicamente el cuello, sin conseguir siquiera mover lo más mínimo su pesado caparazón.

Alvaro y García la envolvieron en la tripa, que aseguraron solidamente en los bordes de la coraza ósea. Además, para hacer más difícil la sumersión del reptil, y para defender al mismo tiempo las delicadas paredes de la vejiga de las espinas de las *victorias* con que pudiera tropezar, ligaron del mejor modo que se les alcanzó en derredor de él, unos haces de cañas formándole una especie de armadura.

— ¡Qué incómoda va a encontrarse esta pobre tortuga cuando la echemos al agua!—exclamó García riéndose.

—Especialmente, cuando nos embarquemos en ella—añadió Alvaro.

—¿Y cómo haremos para guiarla?

—A bastonazos, que le aplicaré a derecha e izquierda.

—Sin embargo, habéis olvidado una cosa importantísima.

—¿Cuál, mi buen García?

—Que yo debo quedarme en el islote, porque dos personas pesan demasiado para ir en la tortuga.

—Debo ser yo—dijo Alvaro—quien espere tu regreso. Tú pesas mucho menos, y saldrás mejor de la empresa.

—Y vos, ¿cómo atravesaréis el pantano?

Emilio Salgari

—En una almadía que construirás. ¿Pretendes que la tortuga volviera sola a buscarme?

—¡Tenéis contestación para todo, señor!

—¿Tienes miedo?

—¡Sería capaz de montarme en una serpiente para pasar a la otra orilla!—respondió sin titubear el valeroso rapaz.

—Entonces, emprende el viaje. Lleva contigo el hacha y el arcabuz. Procura tener bien encogidas las piernas, y si ves acercarse algún caimán, dispara sin economizar pólvora ni balas. Por lo demás, creo que ninguno se atreverá a molestarte y que llegarás sin novedad a la otra orilla.

—¡Seré un jinete algo cómico, señor! ¡Cabalgar en una tortuga! ¡Nunca me lo hubiera imaginado!

—¡Démonos prisa, García! Estoy hambriento y sediento, y tú no debes de estarlo menos. Esta noche nos desquitaremos del ayuno.

—¿Comiéndonos a mi cabalgadura?

—¡En su misma concha!—respondió Alvaro riéndose.

Enderezaron con precaución a la tortuga y la empujaron hacia la orilla. El pobre bicho, embarazado en sus movimientos por las cañas que le pendían de los costados, estaba aturdido, y a cada momento trataba de girar sobre sí mismo; pero un vigoroso estacazo le obligaba a ir hacia adelante.

Apenas vió el agua, la tortuga se arrojó impetuosamente a ella, esperando librarse de las cañas que la oprimían, y sumergirse. García listo como un gato, se había encaramado en la espaciosa concha, sentándose sobre ella con las piernas dobladas y encogidas a la manera de los turcos.

El hombre de fuego

Molesta por aquel peso que gravitaba sobre ella, y sintiéndose empujada al mismo tiempo hacia arriba, a pesar de sus esfuerzos para sumergirse, la tortuga parecía haber perdido el juicio. Daba vueltas sobre sí misma batiendo furiosamente el agua con las patas, alargaba el cuello desmesuradamente, y movía la cabeza y la cola en todas direcciones.

¡Esfuerzos vanos! La vejiga hinchada y las cañas la sostenían obstinadamente a flote.

—¡Ah! ¡Magnífica idea!—exclamaba el muchacho manejando vigorosamente el bastón que llevaba en la mano—. ¡Señor Alvaro, qué soberbia almadía! ¡Navegará como el mejor velero con viento en popa!

El portugués se reía a carcajadas viendo los inútiles esfuerzos del reptil para desembarazarse de su extraño jinete. Alargó al muchacho el hacha y el arcabuz, y le dio la señal de la partida con un «¡Buen viaje, amigo!»

—Volveré tan pronto como pueda, señor—le dijo el muchacho—. ¡Arre, tortuga!

Convencido el crustáceo de la inutilidad de sus esfuerzos, se había apartado del islote y avanzaba velozmente por la laguna.

De cuando en cuando intentaba arrojarse en medio de las anchas hojas de las *victorias* o de los cañaverales; pero con dos o tres estacazos aplicados sin misericordia García la obligaba a nadar próximamente en línea recta.

Loca de miedo, la pobre tortuga nadaba con grandísima rapidez. Una buena chalupa con dos remeros no hubiera navegado más a prisa.

—¡La cosa va a las mil maravillas!—dijo para sí García después de haber echado una ojeada a la orilla más próxima, que, como ya hemos

Emilio Salgari

dicho, distaba unas tres millas del islote—. Si sigue con esta marcha, llegaré en media hora, o quizás en menos tiempo.

Recogió aún más las piernas, acomodándose lo mejor que pudo sobre el caparazón, se puso el arcabuz armado sobre las rodillas, el hacha delante y al alcance de la mano, y dirigió una mirada al islote.

Alvaro, de pie en la orilla y con el arcabuz en la mano, le seguía con la vista, muy satisfecho de su idea.

— ¡Pronto volveré a buscarle! —se dijo el muchacho—. Una almadía no es difícil de construir cuando se dispone de madera en abundancia y de una buena hacha, y los árboles no faltan en las orillas de la laguna.

La tortuga seguía su marcha lanzando resoplos. Ya no trataba de acercarse a las *victorias* ni a las cañas, temiendo provocar una tempestad de estacazos de parte de su extraño cabalgador.

Había avanzado como una milla larga, cuando García advirtió que le seguían un par de caimanes.

Los horribles reptiles nadaban casi completamente sumergidos, no descubriéndose de ellos más que el hocico y las plantas acuáticas que crecían sobre su dorso. Sin duda, tenían intenciones de acercarse sin ser notados; pero el muchacho, que también miraba hacia atrás, los descubrió por la estela que dejaban señalada en pos suyo.

Sin embargo, manteníanse a una distancia de cuarenta o cincuenta pasos, y no parecía que, a lo menos por el momento, tuviesen intención de acometerle. Probablemente, estaban sorprendidos, y quizás inquietos por el aspecto de aquel extraño jinete que parecía galopar sobre el agua.

El hombre de fuego

— ¡He ahí una escolta peligrosa, que despediría de muy buen grado! —dijo García, más inquieto que medroso—. ¿Pretenderán comerse a mi caballo? ¡Por fortuna, estoy yo aquí para defenderle!

Recogió las piernas cuanto pudo y montó el arcabuz, decidido a utilizarlo si los reptiles hubieran mostrado intenciones agresivas.

Como si hubiera comprendido el peligro, la tortuga redobló la velocidad de su marcha. De cuando en cuando volvía la cabeza hacia el muchacho como pidiéndole protección.

Los dos *jacarés* no parecían tener prisa para acometer. Limitábanse a seguir a la tortuga en su veloz carrera, mostrando de cuando en cuando sus quijadas armadas de formidables dientes. García comenzaba a inquietarse y a sentirse incómodo. La orilla distaba todavía más de milla y media, y en aquella parte de la laguna no había ningún islote donde refugiarse en el caso de que la tortuga fuera acometida y tuviese la desgracia de perder las patas.

—¿Cómo acabará esto? —se preguntaba el muchacho, que comenzaba a sentir miedo—. ¡Aquellos dos bichos no parecen dispuestos a dejarme! ¿Cómo me las compondría si me echasen al agua de un coletazo?

Volvióse, y vio con terror que uno de los dos *jacarés*, el más grande, comenzaba a apresurar la marcha y a mostrar el áspero dorso. Seguramente se disponía a atacarle.

— ¡Trataré de detenerle! —se dijo García.

Empuñó el arcabuz, echó unos granos de pólvora en la cazoleta para asegurar el tiro, y poniéndose de rodillas, apuntó al caimán, que sólo distaba entonces unos quince pasos y tenía las quijadas abiertas.

Emilio Salgari

—¡Imitare al señor Álvaro!—dijo para sí el animoso joven.

Y mandó la bala dentro de la boca abierta del monstruo.

Al sentir el disparo la tortuga hizo tan brusco movimiento, que García estuvo a punto de caer al agua. Apenas tuvo tiempo de apoyarse en las cañas y de empuñar de nuevo el arcabuz, que se le había escapado de las manos.

El *jacaré*, que había recibido la descarga en la garganta, dio un salto enorme, sacando casi todo el cuerpo fuera del agua. Después volvió a caer dando tremendas sacudidas y formidables coletazos a diestro y siniestro.

De la garganta, atravesada por la pesada bala, salía un chorro de sangre que teñía la superficie del agua.

Su compañero, sin duda, asustado por el disparo, se había sumergido de repente, apareciendo después entre un grupo de *victorias regias*.

—¡Al galope!—exclamó el muchacho con voz alegre hostigando a la tortuga.

La *mydas* no necesitaba que la animasen. Llena de terror, huía apresuradamente hacia la ribera, que se veía ya claramente con sus altísimos árboles y su frondosa vegetación.

En menos de diez minutos atravesó el último trecho de la laguna y saltó a la orilla, deteniéndose completamente rendida delante de los primeros árboles.

CAPITULO IX

SITIADO POR LOS «PECARIS»

EL lugar donde García había logrado desembarcar tan milagrosamente estaba lleno de árboles que con toda probabilidad formaban el lindero de la inmensa selva que se extendía hasta la orilla de la bahía.

Palmas espléndidas con tronco esbeltísimo de quince y veinte metros de alto crecían al lado de las *tocumas*, de largas espinas; de las *jacataras*, que, aunque pertenecientes a la gran familia de las palmas, tienen carácter de lianas, pues se enroscan en los troncos de los árboles, mientras bajo aquella espesa cúpula de verdura que impedía a los rayos del sol llegar al suelo se entrelazaban en confusión indecible soberbias bromelias cuajadas de ramos de flores de color escarlata, maravillosas orquídeas, helechos gigantes y otros mil representantes del reino vegetal cuya enumeración sería interminable.

Multitud de volátiles saltaban y revoloteaban entre el ramaje. Había entre ellos bellísimos *cardenales* de cabeza roja, y *casaritos*, especie de tordos que, en vez de anidar en los árboles como casi todos los pájaros, construyen en el suelo sus nidos en forma de cúpula con entradas laberínticas.

Después de sujetar la tortuga al tronco de un árbol, el muchacho entró en la selva, ante todo

Emilio Salgari

para buscar un poco de agua, o por lo menos alguna fruta que pudiera aplacar la ardiente sed que le devoraba.

Encontrar frutas seguramente era más fácil que hallar un riachuelo o un torrente, pues era bastante seco aquel terreno, por más que estuviera protegido por aquella maraña de hojas inmensas y de festones de lianas; así es que García, que no se atrevía a alejarse mucho y tenía prisa por construir la almadía, se puso a examinar las plantas.

Había andado doscientos o trescientos pasos, cuando se detuvo ante un árbol enorme, frondosísimo y cargado de frutas gordas como calabazas y de cáscara amarillenta, áspera y llena de protuberancias.

— ¡Ojalá sean comestibles estas frutas! — murmuró el joven.

Habíase agarrado a una liana que pendía de una de las ramas, cuando un ruido extraño que partía de un espeso grupo de plantas herbáceas le hizo detenerse.

— ¿Habrán indios por aquí? — se preguntó con ansiedad.

El ruido iba en aumento. Más que de un hombre, aquel ruido parecía provenir de algún animal que crujiese los dientes o que los golpease unos contra otros. Aunque, como ya hemos visto, García poseía un valor verdaderamente excepcional para un muchacho de su edad, sentía que le palpitaba violentamente el corazón, como si fuera a salirse del pecho.

Y no es extraño que sintiese inquietud, pues hasta un hombre muy hecho que se hallara solo en aquella selva, donde podía haber mil peli-

El hombre de fuego

gros, no sólo de antropófagos, sino de animales dañinos y feroces, no habría estado tranquilo.

Con una mano agarrada a la liana, y con la otra empuñando el arcabuz, García escuchaba atentamente, tratando de descubrir la causa de aquellos ruidos.

De repente oyó gruñidos, y después movimiento de ramas.

—¿Habría aquí jabalíes?—se preguntó, ya más tranquilo—. ¿Y por qué no? Los hay en nuestras selvas, y he oído decir que su carne es tan buena como la de los puercos cebados. ¡Qué agradable sorpresa daría al señor Correa si le llevase uno!

Algo tranquilizado ya, se ocultó detrás del tronco del árbol, con el dedo apoyado en el gatillo del arcabuz. No tuvo que esperar mucho: abriéndose paso por entre el ramaje se presentó un animal bastante semejante al jabalí en el tamaño y en la apariencia.

Si García hubiera tenido algún conocimiento acerca de los animales que pueblan las inmensas llanuras brasileñas, se habría guardado mucho de hacer frente a aquel jabalí.

Era un *pecari tajasu*, cerdo silvestre de los más peligrosos, que no temen atacar al hombre, aunque no le haya hecho nada.

Esos animales, abundantísimos en la época a que nuestra narración se refiere, y que ahora sólo se encuentran en las selvas del interior del país, nunca van solos, sino en bandas o piaras de cincuenta, y hasta de ciento, y embisten con ímpetu feroz contra quien se atreva a ofenderles, o siquiera se les atraviese en su camino, causando verdaderos destrozos con sus largos y afilados colmillos.

Emilio Salgari

García, que creía habérselas con un jabalí ordinario, y que quería asegurarse una cena succulenta sin sacrificar a la tortuga, que podía constituir una preciosa reserva, no dudó un momento.

Apuntó el arcabuz y disparó contra el *pecari*, que se había detenido a unos quince pasos de él para desenterrar una raíz.

Atravesado de parte a parte por la bala, el animal cayó entre los matojos lanzando un gruñido agudísimo, cuyo sonido se difundió por los ámbitos de la selva.

Satisfecho el joven por el buen éxito de su proyecto, iba a arrojarle sobre él para rematarle a hachazos, cuando se promovió un alboroto endiablado. Las ramas de los arbustos caían tronchadas como si lloviesen hachazos sobre ellas, las hojas volaban por el aire, y una tempestad de gruñidos furiosos resonaban por doquiera.

—¿Habré hecho una tontería?—se preguntó el joven.

Echóse el arcabuz a la espalda, y se agarró prontamente a las lianas para refugiarse en las ramas del árbol.

Apenas se había elevado tres o cuatro varas sobre el suelo cuando una verdadera tromba formada por unos cincuenta jabalíes, furiosos, con las cerdas erizadas y los ojos llameantes de cólera invadió aquel lugar con rapidez increíble.

En un momento llegaron al árbol en que García se había refugiado y lo rodearon. Unos, de pie sobre las patas traseras, daban furiosas dentelladas al tronco y a las lianas por donde el joven había trepado; otros, descompasados saltos, como si estuvieran endemoniados, o se acercaban y apartaban del lugar en que yacía su

El hombre de fuego

compañero. Miraban al joven con ojos centelleantes de cólera y entrechocaban los colmillos, causando un ruido indescriptible.

García, que se hallaba en seguridad en una gruesa rama, y que había tenido tiempo de llevar consigo el arcabuz, comprendiendo que los jabalíes carecían de uñas para poder trepar adonde él estaba, se reía de su cólera.

—Cuando se hayan persuadido de la inutilidad de sus esfuerzos, se irán de aquí—decía el valeroso muchacho.

¡Cómo se engañaba! Si hay animales testarudos y vengativos hasta el exceso, son precisamente los *pecaris* brasileños.

Pasado el primer arrebató de ira, dejaron de herir con los colmillos el tronco del árbol, convencidos de que no conseguirían destruir su robustísima mole; pero se establecieron alrededor y a corta distancia de él, con la intención evidente de sitiarse al muchacho.

—¡En buena me he metido!—murmuró García, que comenzaba a inquietarse—. ¿Qué dirá de mí el señor Álvaro viendo que no voy? ¿Qué haré si este asedio se prolonga? ¡Y pensar que el buen señor tiene tanta sed como yo! ¡Por Dios! ¡Tengo el arcabuz, y no me faltan municiones! ¡Trataré de destruir a estos enojosos bichos! Así que haya matado a cuatro o cinco de ellos, quizás se decidan a irse y me dejen construir la almadía.

Cargó de nuevo el arcabuz, se puso a horcadas sobre la rama, y disparó contra un viejo macho, que parecía el más furioso de todos, pues daba saltos alrededor del tronco, arrancando de cuando en cuando grandes trozos de corteza.

Al verle caer, toda la piara, en vez de huir

Emilio Salgari

espantada, se precipitó sobre el árbol con terribles gruñidos, embistiéndole a dentelladas.

El joven disparó un tercer tiro, que destrozó la cabeza a otro *pecari*, sin obtener más resultado que enfurecer a la piara.

Iba a continuar disparando, cuando se le ocurrió una idea.

—¿Y si oyen los salvajes estos tiros? ¡Prefiero sostener el asedio de estos jabalíes a tener que habérmelas con los antropófagos!

¡Pobre señor Alvaro! ¡Cómo se alarmará al oír este tiroteo! ¡En mala hora vinieron estos animales y se me ocurrió cazarlos! ¡No hay otro remedio que tener paciencia y esperar a la noche! Cuando estén dormidos, trataré de huir sigilosamente. ¡Entretanto, probemos estas frutas!

Acercóse al extremo de la rama, de donde pendían varias de ellas, del tamaño de la cabeza de un niño; tomó una, y la cortó con el hacha.

Contenía en su interior una pulpa amarillenta parecida a la de la calabaza, pero más blanda y algo acuosa.

—¡Si no son calabazas, son algo parecido!— dijo—. Espero que me apacigüe algo la sed, y aun el hambre.

Probó un bocado de aquella pulpa, y le pareció dulzona y nada desagradable. Si hubiese podido tostarla al fuego, le habría gustado más todavía, porque la casualidad le había llevado a un *árbol del pan*. Pero, ignorando qué fruta era aquélla, se contentó con darse un hartazgo de pulpa cruda, que calmó un punto la sed y el hambre que comenzaban a molestarle.

Durante ese tiempo no habían cesado las demostraciones hostiles de los *pecaris*, no sólo con-

El hombre de fuego

tra el, joven, sino también contra sus compañeros los cuales fueron hechos pedazos a dentelladas.

Habiendo desfogado un tanto su ira, volvieron a esparcirse, aunque sin alejarse mucho del *árbol del pan*, para impedir la fuga al asediado.

De cuando en cuando volvían furibundos, galopaban alrededor del árbol, daban gruñidos furiosos, y se alejaban de nuevo, dedicándose a buscar frutas y raíces.

El joven comenzaba a aburrirse de aquel asedio, que parecía prolongarse indefinidamente. No sólo se inquietaba por sí mismo, sino por el pobre Alvaro, que debía de estar cada vez más hambriento y sediento.

Dos o tres veces había intentado bajar del árbol, creyendo que los *pecaris* se habrían alejado; pero no bien se agarraba a las lianas, volvían a toda carrera. Aunque pareciesen entretenidos en buscar raíces y frutas, no dejaban de vigilarle atentamente.

El día pasó de esa manera en continuas ansias para el pobre muchacho, a quien se le hacían interminables las horas. No dejaba un momento de pensar en el señor Correa, que estaría impaciente por aquel retardo inexplicable, y hasta podría imaginar que había muerto su amigo.

Por último se puso el sol, y las tinieblas invadieron repentinamente la selva.

El joven vio con alegría que los *pecaris* se iban recogiendo entre los matojos que había alrededor del árbol. Sin embargo, aquellos tercos no querían levantar todavía el sitio, más resueltos que nunca a vengar a sus compañeros.

— ¡ Parece imposible! — exclamó el joven—. Si fuesen hombres, comprendería su tenacidad; ¡ pe-

Emilio Salgari

ro animales! El señor Alvaro se resistirá a creer que he estado tanto tiempo asediado.

Esperó un par de horas antes de moverse, temiendo que aquellos malditos animales hubiesen puesto centinelas cerca del árbol: después cargó su arcabuz, se puso en la cintura el hacha y un par de frutas del *árbol del pan*, y soltó silenciosamente la rama, agarrándose a las lianas que llegaban cerca del suelo. Debajo del árbol reinaba el silencio: sólo en lontananza se oían los silbidos y gritos prolongados de las *parranecas*, que debían de ser abundantísimas en la inmensa laguna.

Se deslizó suavemente por la liana, deteniéndose de cuando en cuando para escuchar, hasta que llegó al suelo después de persuadirse de que todo estaba tranquilo.

Los jabalíes no se habían despertado, y seguían tranquilamente echados entre los matojos.

Empuñó el arcabuz por el cañón y se alejó poco a poco, dirigiéndose hacia el pantano. Apenas hubo andado dos o trescientos pasos prescindió de precauciones y se alejó a toda carrera.

En pocos minutos llegó al lugar en donde había dejado a la tortuga. También el reptil dormía con la cabeza escondida en su concha.

—Dejémosla por ahora, y después la embarcaré para impedir que la devoren las fieras, que seguramente no faltarán.

Temiendo estar todavía demasiado cerca de los *pecaris*, continuó corriendo un cuarto de hora, hasta que llegó a la orilla de una caleta rodeada de árboles, donde se detuvo.

—¡Apresurémonos!—dijo para sí el valiente muchacho—. Tengo madera en abundancia, y la luna comienza a elevarse en el horizonte.

El hombre de fuego

Apoyó el arcabuz en el tronco de un árbol, y fue a buscar los bejucos que necesitaba para construir la almadía.

Podía elegir, porque todos los árboles estaban rodeados de *sipos*. Hizo buena provisión de ellos, y después, habiendo visto a corta distancia de la orilla un grupo de los altísimos bambúes llamados *tacuaras* por los brasileños, bambúes que tienen el grueso del muslo de un hombre y son ligerísimos, sumamente a propósito para construir cuerpos flotantes, echó abajo una docena de ellos.

Los materiales eran muy bastantes para construir una almadía capaz de llevar a dos personas.

Los trasladó fácilmente a la playa, y los echó al agua ligándolos entre sí con bejucos. Trabajaba tan diestra y rápidamente, que al cabo de media hora la almadía estaba lista para navegar.

Con dos largas ramas hizo sendos remos, y habiéndose embarcado en la almadía, remando con todas sus fuerzas, se dirigió hacia donde había dejado a la tortuga. La despertó con cuatro fuertes estacazos, y arrastrándola la obligó a embarcarse.

— ¡El señor Alvaro apreciaba demasiado a este bicho, o mejor dicho, su carne, para dejárselo a las fieras o a los indios! ¡Aseguraremos así la comida para tres o cuatro días!

En seguida se alejó de la orilla, remando resueltamente con rumbo al islote.

La luna, que ya había salido y brillaba en un cielo purísimo, reflejando sus rayos en las aguas de la laguna, le permitía guiarse fácilmente.

Los islotes se destacaban muy bien sobre la superficie argentina del agua, formando gran-

Emilio Salgari

des masas oscuras, que podían distinguirse sin necesidad de anteojos.

Aprovechando García la poca profundidad del agua, llegó hacia media noche al centro de la laguna.

En aquel momento vió brillar una luz en uno de los vecinos islotes, entre las plantas que lo cubrían.

—Debe de ser el señor Álvaro—pensó.

Pero de repente cesó de remar e hizo un gesto de sorpresa, y aun de espanto.

—¡No!—se dijo—. ¡Ese fuego no arde en el islote que nos ha servido de refugio, sino en otro! Nuestro islote queda allá abajo, más al Oeste, si no me engaño. Lo conozco muy bien: es el único que tiene forma alargada.

Un sudor frío le bañó el rostro, al mismo tiempo que sentía en el corazón profunda angustia.

—¿Se habrán juntado aquí los salvajes y habrán sorprendido al señor Álvaro? Esos islotes sólo estaban habitados por volátiles, y que yo sepa, los pájaros no han conseguido nunca encender fuego.

El terror del pobre rapaz estaba justificado. ¿Quiénes sino salvajes podían haber desembarcado en aquel islote? El señor Álvaro no podía haber salido del suyo, pues no tenía madera para construir una almadía, por pequeña que fuese.

—¿Se habrá ido a nado?—se preguntó García—. ¡No, no creo que se haya atrevido a cometer semejante imprudencia, sabiendo que la laguna está llena de caimanes y serpientes enormes!

Estuvo perplejo algunos minutos, y después tomó resueltamente su partido.

El hombre de fuego

—¡Ante todo, vamos al islote!—dijo—. Si no encuentro en él al señor Alvaro, me acercaré cautelosamente al otro, y veré quién ~~lo~~ encendió ese fuego.

Con las debidas precauciones para no ser descubierto remó con rumbo al islote, que se encontraba como a quinientas varas del otro, algo hacia el Oeste.

En diez minutos atravesó la distancia, y se acercó prudentemente a la orilla. Estaba seguro de no haberse engañado, porque a la primera ojeada reconoció aquellos árboles durísimos que habían mellado el filo de las hachas.

Hincó una estaca en el fango, amarró la almadía, montó el arcabuz y saltó silenciosamente a la orilla, abriéndose paso por entre las cañas.

Llegó junto al *palo de hierro* donde el día anterior habían encendido el fuego para asar las *trairas*, y no vió a nadie.

El fuego se había apagado hacía tiempo, porque las cenizas estaban frías. García sintió que el corazón le daba un vuelco, y palideció.

—¿Qué le ha sucedido, pues, al señor Alvaro?—se preguntó con ansiedad—. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué voy a hacer yo solo perdido en las selvas americanas?!

CAPITULO X

UN DRAMA EN LA SELVA

EL pobre muchacho estaba a punto de entregarse a la desesperación, cuando le reanimó un pensamiento súbito.

¿Era posible que Álvaro, hombre valerosísimo, y harto vigoroso, fuerte y joven, se hubiera dejado aprisionar por los salvajes sin hacer resistencia? ¡No; García no podía creerlo!

Y en tal caso, debía de haber en el islote señales de un lucha desesperada, que no se veían por ninguna parte. Los matojos estaban intactos; los alrededores de la hoguera nada indicaban tampoco, ni había señales de flechazos en los árboles ni en las hojas.

Probablemente alarmado por la tardanza del muchacho, Álvaro debía de haber abandonado aquel refugio con la esperanza de poder atravesar felizmente la laguna, cosa que distaba mucho de ser imposible para un nadador como él.

Algo más tranquilizado, García atravesó el islote, y pronto tuvo una prueba de no haberse engañado en sus conjeturas.

En la orilla opuesta a aquella donde se habían apoderado de la tortuga vió derribadas muchas cañas que parecían recién cortadas, pues todavía destilaban un poco de jugo.

—Debe de haber construído una almadía con estas cañas, reforzándola quizá con esas hojas

El hombre de fuego

inmensas que constituyen por sí solas pequeñas almadías. Amenazado por los caimanes o por las serpientes, se habrá detenido en esa isla donde antes vi aquella luz. ¡Vamos a verlo!

Completamente tranquilo, el muchacho volvió a la almadía, y emprendió la vuelta. Aunque se sintiese rendido, aniquilado por tantos esfuerzos harto violentos para un joven de su edad, y estuviera cayéndose de sueño, a fuerza de remos guió la almadía hacia el islote, entre cuyas plantas seguía viendo la hoguera, y una pequeña nube de humo sobre ella.

No tardó más de un cuarto de hora en atravesar las cuatrocientas o quinientas varas que mediaban entre uno y otro islote, y fué a encallar en un banco de arena cubierto en parte de cañas.

Allí cerca vió una pequeña balsa formada por haces de cañas y hojas de *victorias* bastantes para sostener a una persona.

— ¡El señor Alvaro es el que la ha construído! — exclamó con voz gozosa.

Se arrojó al banco, y llegó al islote, espantando a algunas aves acuáticas que dormitaban entre las hierbas sosteniéndose en sus larguísimas zancas.

Entre un grupo de árboles vió sentado ante una hoguera, que estaba ya apagándose, un hombre que parecía dormir o meditar con la cabeza entre las manos.

Escapósele una exclamación de alegría:

— ¡Señor Alvaro!

El portugués, que sin duda dormitaba, alzó la cabeza al oír aquella voz conocida, miró al muchacho con ojos soñolientos, y después, levantándose bruscamente, abrió los brazos y estrechó entre ellos al joven, exclamando:

— ¡Ah, mi valiente rapaz! Pero di, por cien

Emilio Salgari

mil caimanes, ¿de dónde vienes? ¡Qué angustias y qué miedos me has hecho pasar en estas doce horas! ¡Tunante! ¡Puedes jactarte de haberme hecho temblar!

—¿Me creáis muerto, señor Alvaro?

—¡Y hasta comido y digerido!—contestó Alvaro—. ¿Crees que no he sentido tus arcabuzazos? ¿No te defendías de los indios?

—No, señor; me defendía de ciertos jabalíes ferocísimos que me tenían sitiado en un árbol.

—¿Supongo que me habrás traído siquiera uno! ¡Estoy muerto de hambre, ya que no de sed!

—Me ha sido imposible, señor; pero he traído la tortuga, cuya carne no será menos sabrosa que la de los jabalíes.

—¡Eres un muchacho previsor, mi buen García!

—Y traigo también frutas que aplacan en cierto modo la sed.

—No las necesito. En este islote he encontrado ciertas peras que ya conocemos, y que me han calmado la sed.

—Pero, ¿por qué habéis abandonado la isla, señor?

—Para reunirme contigo y ayudarte. ¿No has oído mis tiros?

—No, señor.

—Pues he hecho más de diez disparos con mi arcabuz. Como no me contestabas, me decidí a intentar atravesar la laguna; y quizá hubiera logrado mi propósito si los caimanes no me hubieran obligado a refugiarme más que de prisa en este islote. Mi almadía, hecha sólo de cañas y hojas, apenas podía sostenerme, y llevaba siempre las piernas sumergidas en el agua.

—He visto vuestra almadía.

—¡Basta de conversación, García, y pensemos

El hombre de fuego

en la cena! ¡Así que hayamos lastrado el estómago me contarás tus aventuras!

Echó en el fuego, que estaba apagándose, ramas secas y cañas para reavivarlo, y se hizo conducir a la almadía, donde la tortuga, muy ajena de sospechar la triste suerte que la esperaba, dormía profundamente.

Levantáronla con gran trabajo, porque era pesadísima; la decapitaron para no hacerla padecer demasiado, y la echaron en las brasas, descansando sobre el dorso.

—¡Pobre animal!—dijo García, oyendo el ruido que hacía la carne al asarse—. ¡Qué ingratitud de nuestra parte!

—¡El estómago no razona, amiguito!—respondió Alvaro, que aspiraba con avidez el exquisito aroma que exhalaba el gigantesco asado.

—¡Ah! ¡Se me olvidaban las calabazas!

Fue a recoger las dos voluminosas frutas, y las arrojó a los pies de Alvaro.

—¿Y llamas a esto calabazas?—exclamó el portugués—. Son frutas del *árbol del pan*, que van a proporcionarnos las galletas que nos faltan. Ya las he probado, y puedo asegurarte que tostadas son exquisitas.

—¿Hay, pues, plantas que producen pan?—exclamó el muchacho—. ¡Dichosa tierra donde no hacen falta molinos ni hornos!

Alvaro descascaró las frutas y cortó la pulpa en anchas rebanadas, que puso sobre las ascuas.

La tortuga, que debía de estar bien gorda, hervía bulliciosamente en su concha, que iba carbonizándose poco a poco, sin que por eso se perdiera el jugo del animal, que es exquisito. También García, a pesar de su remordimiento, sentía despertársele el apetito al percibir el delicioso olor del asado.

Emilio Salgari

Cuando Alvaro juzgó que estaba suficientemente cocida la tortuga, separó con unos cuantos hachazos, que descargó en el costado del carapacho, la mitad inferior de éste, que es casi plana, y ante los ojos estupefactos de García apareció el cuerpo del desgraciado reptil magníficamente asado y nadando en un jugo amarillento que despedía un olor exquisito.

—Ahora puedes comer sin miedo hasta hartarte—dijo Alvaro, sacando del fuego las tajadas de la fruta del pan—. ¡No habrás hecho en tu vida una comida más deliciosa; te lo aseguro!

—Señor—dijo García después de algunos bocados—, si esto no es verdaderamente pan no es inferior a él en bondad ni en gusto. Sabe a alcachofas y a calabaza marina.

—¿No crees que puede sustituir a la galleta?

—Sí, señor.

—Entonces, cuando llegemos a la costa me llevarás al sitio donde está ese árbol, y haremos una buena provisión de esas frutas.

Cuando estuvieron satisfechos los dos náufra-
gos se tendieron en la hierba con los pies vuel-
tos hacia la hoguera, y sin preocuparse de caima-
nes ni de serpientes cerraron los ojos con el pro-
pósito de dormir unas cuantas horas, porque de
sueño ninguno de los dos podía tenerse en pie.

Aquella segunda noche pasada en medio de
la laguna transcurrió también sin alarmas. Dur-
mieron doce horas de un tirón, y cuando se des-
pertaron ya el sol estaba muy alto.

La almadía estaba donde había quedado la no-
che anterior. Embarcaron primero en ella a la tor-
tuga, que aún podía darles de comer un par de días
más, y volvieron al islote donde habían estado antes
para recoger los barriles de municiones que Alvaro

El hombre de fuego

había escondido en un espeso matojo, por no haberse atrevido a embarcarlos en su frágil almadía.

Seguros de que no había ninguna piragua en la laguna, a las dos de la tarde embarcaron y emprendieron el viaje hacia la costa.

Ya habían pasado bastantes aventuras en aquellos islotes, y deseaban con ansia volver a las grandes selvas, donde, por lo menos, tenían la seguridad de encontrar agua y caza. Además, querían volver cuanto antes a la bahía, con la esperanza de que cualquier nave, bien llevada allí por las corrientes, bien dedicada a explorar las costas que se extendían hacia el Sur, hubiera fondeado durante su ausencia en aquella soberbia ensenada, que con el tiempo había de ser una de las primeras de la América meridional.

Dos horas emplearon en hacer la travesía de la laguna, porque fueron combatidos por vientos y corrientes contrarios. Desembarcaron en el punto mismo adonde fue conducido García el día anterior por la pobre tortuga.

—Llévame antes que nada a aquel *árbol del pan* de que me hablaste ayer—dijo Álvaro después de echarse a cuestras todos los objetos que solía llevar consigo y envolver en varias anchas hojas los restos de la tortuga.

—Y si estuviesen todavía allí los jabalíes, ¿qué haríamos?—preguntó García.

—Ahora somos dos para darles la batalla—contestó Álvaro—. ¡Veremos si se atreven a embestirnos!

Internáronse en la selva, y bien pronto llegaron bajo el *árbol del pan*. Ya no estaban los *pecaris*, que, habiendo advertido, sin duda, la fuga de su prisionero y juzgando inútil, por lo tanto, prolongar al asedio, se habían ido.

Emilio Salgari

Sólo quedaban allí como recuerdo los tres esqueletos, completamente limpios de carne, de los animales muertos por el grumete. Algunos carnívoros debieron de pasar por allí después de la marcha de los *pecaris* y se entretendrían en roer aquellos despojos.

— ¡Bah! ¡Por ahora nos contentaremos con la tortuga! — dijo Alvaro.

Se proveyeron de media docena de frutas del *árbol del pan*, porque llevarlas en mayor cantidad les hubiese sido molestísimo por su gran tamaño y peso, y después de descansar un par de horas, se orientaron por el sol y se pusieron en marcha, buscando ante todo cualquier arroyo, charca u otro depósito de agua dulce, para seguir después hacia la bahía, de donde pensaban no hallarse muy lejos.

— Seguramente, mañana estaremos en ella — dijo Alvaro para animar al grumete.

La selva iba haciéndose cada vez más densa conforme adelantaban hacia Oriente. La marcha a través de ella se les hacía difícilísima, no sólo por los obstáculos que encontraban, sino por la imposibilidad de guiarse por el sol, que no podían ver de ningún modo a través de la espesa bóveda de ramas, verdura y follaje que los cubría.

Reinaba en la selva densísima oscuridad, y el calor era también sofocante por la falta de circulación del aire en aquellas espesuras.

Llegaron a una región cubierta de *cuieras*, árboles enormes que dan frutos del tamaño de grandísimas calabazas, de cáscara brillante y color verde pálido, el cual encierra una pulpa blanda y blanquecina que no tiene ninguna aplicación. Sin embargo, esas frutas son muy estimadas por los indios, a causa de su cáscara, que emplean como vasija después de seca y vaciada.

El hombre de fuego

Las anchas hojas de esos árboles se entrelazaban de mil maneras formando bóvedas absolutamente impenetrables, y sus troncos desaparecían bajo espesas capas de musgos y de otras plantas parásitas.

No eran los únicos representantes colosales del reino vegetal que se ofrecían a los ojos de los náufragos; otros no menos enormes surgían acá y allá entre los miles y miles de *cuieras*, obligándolos a detenerse en su marcha y a dar larguísima rodeos para encontrar un paso.

Eran *jupatos*, de tronco cortísimo, pero con hojas de ocho o nueve varas de largo, y *miritos*, palmas soberbias de tamaño enorme, hojas dispuestas en abanico y recortadas en cintas, no menos colosales que las de los *jupatos*, pues una sola es bastante para abrumar con su peso a un hombre robusto.

Faltaban aves, que no se sentirían a su gusto en aquella semioscuridad; pero, en cambio, abundaban las espléndidas y voluminosas *morfas*, que son las mariposas más lindas de la América meridional; y entre las hojas secas huían gran número de ciertas serpientes de color de tabaco, cabeza triangular, y también muy peligrosas; los *mapanaros*, llamados *malditos* por los indios, tan venenosos son.

Tres horas llevaban nuestros náufragos marchando, o, mejor dicho, arrastrándose, y preguntándose ansiosamente cuándo llegarían a algún lugar más abierto que les permitiese respirar un poco de aire puro, cuando de repente se encontraron ante una corriente de agua como de veinte varas de ancho, que parecía dirigirse hacia el Sur más bien que hacia el Este, o sea hacia la bahía.

— ¡Detengámonos, señor! — dijo García—. ¡No puedo más!

Emilio Salgari

—Y yo no estoy en mejor estado, querido—
respondió Alvaro—. ¡Pero ante todo, bebamos!

Ya iba a separar las plantas acuáticas que crecían copiosamente en la orilla, cuando el grumete le puso una mano en el hombro, diciéndole rápidamente:

—¡No, señor!

—¿Qué sucede?—preguntó Alvaro, volviéndose rápidamente.

—¡Tened cuidado! ¡Ved aquello!

—¿Dónde?

—¡En aquel árbol que se inclina hacia el arroyo!

Un silbido agudo que resonó en el aire le hizo levantar la cabeza.

—¡Calle! ¡Un mono!—exclamó.

—¡Pero el otro no es un mono!

Alvaro separó con precaución las plantas, y miró en la dirección que el grumete le indicaba.

A veinte pasos de donde estaba se extendía horizontalmente casi hasta el centro del lecho del riachuelo una de las plantas llamadas por los brasileños *paivas*, que tienen el tronco cubierto de excrecencias espinosas, y de cuyas frutas se extrae una especie de algodón finísimo muy bueno, aunque de fibras demasiado cortas para ser hilado.

En las ramas de aquel árbol se había refugiado un mono silbante, uno de los más feos del grupo, con las mejillas cubiertas de pelos blancos, la cara rodeada por una barba negra que le da un aspecto poco agradable, la cabeza adornada con dos largos moños que parecen cuernos, y el pelo del cuerpo pardo amarillento.

Debía de ser una hembra, porque tenía entre los brazos a un monito que gritaba desesperadamente, a pesar de las amorosas caricias de la madre.

El hombre de fuego

Con grandes precauciones por el tronco, cuidando atentamente en dónde ponía las patas para no herírselas con las espinas, arrastrábase un soberbio animal que hizo palpitar fuertemente el corazón del portugués, pues creyó reconocer en él un tigre u otro animal semejante.

Si no era un verdadero tigre, podía comparársele ya por el tamaño, ya por la ferocidad y la fuerza.

Efectivamente; el jaguar americano no es menos audaz y sanguinario que el tigre de la India Oriental, y con razón se le considera como el más terrible carnívoro de la América del Sur, donde no hay ningún otro capaz de hacerle frente.

Aunque sea algo más pequeño que el tigre real, si bien no menor que el que vive en las islas de la Sonda, tiene dos metros de longitud, y es un animal rapaz temido por los mismos indios, que no se atreven con él sino yendo muchos juntos.

No tiene las elegantes líneas del tigre; pero sí una piel que todavía se paga hoy bastante cara. Su pelo es corto, fino, mórbido y de color amarillo rosado, con hermosísimas manchas negras y puntos orlados de rojo del más gracioso efecto.

También los hay negros con manchas todavía más oscuras, como las panteras negras de Java y de Sumatra, y a la vez más feroces que los otros; por fortuna, son raros.

El que gateaba por el árbol era de los más grandes de la familia, pues se acercaba a los dos metros de longitud, y también debía de ser de los formidables.

Sin duda había sorprendido a la pobre mona, separada quizá de sus compañeros para buscar frutas por el suelo, y con una habilísima maniobra la había obligado a refugiarse en aquel árbol, para impedirle volver a la selva, donde le hubiera sido

Emilio Salgari

mucho más difícil apoderarse de ella, por ser los monos silbantes agilísimos para lanzarse de unas ramas a otras bastante distantes sin temor de caerse.

Comprendiendo la gravedad del peligro, la desgraciada madre silbaba desesperadamente para llamar la atención de sus compañeros, que no se hallarían muy lejos; pero ninguno respondía.

Por otra parte, como nada habrían podido hacer contra aquel terrible carnívoro, era muy probable que hubiesen huído para evitar caer también en sus garras.

—¡Qué hermoso animal!—murmuró Álvaro manteniéndose prudentemente escondido entre las plantas y acercándose al grumete, como si quisiera protegerle contra el jaguar.

—¿Es un tigre, señor?—preguntó García, que no parecía estar muy asustado.

—Se parece más a una pantera—contestó Álvaro, que hasta entonces no había visto jaguares, animales aún desconocidos para los europeos.

—¿Será peligroso?

—¡No quisiera probar sus uñas, querido!

—¿Devorará a esa pobre mona?

—¡Allá veremos! Pero me parece que la fiera no tardará en agarrarla, por más que se haya refugiado en las últimas ramas.

—¿Y no lo impediremos, señor?

—¿Te da lástima de la mona?

—Sí, señor Álvaro.

—Por ahora, dejemos avanzar a la pantera, e intervendremos en el momento oportuno; por más que nada vayamos ganando con irritar a esa fiera, que tiene aspecto de ser bastante peligrosa.

El jaguar continuaba su avance sin mostrar demasiada prisa.

Aparte de que las espinas que cubrían el tron-

El hombre de fuego

co de la *paiva*, que eran bastante agudas, le impedían proceder con mayor rapidez.

Levantaba con precaución las garras, miraba bien dónde las ponía, para no pincharse, manifestando su mal humor con sordos maullidos que terminaban en una especie de aullido ronco.

La mona, que le veía acercarse, aunque fuera con lentitud, redoblaba sus silbidos, seguía subiéndose a ramas cada vez más altas, y sostenía fuertemente sujeto con una mano al monito, que, conociendo el peligro que corría su madre, lanzaba gritos lastimeros.

Poco a poco había llegado a una de las últimas ramas; pero tuvo que detenerse, porque su peso era ya grande para la resistencia que ofrecía, y amenazaba romperse.

Estaba precisamente encima del lecho del riachuelo, y no tenía ninguna salida. Aunque se hubiese dejado caer en el agua, no habría escapado de las garras del jaguar, que es habilísimo nadador.

Llegado éste a la mitad del tronco, y deseoso de poner término a la cacería, se replegó sobre sí mismo, y dando un rápido salto, se puso sobre una de las ramas más gruesas, en la cual ya no había espinas.

— ¡La mona está perdida! — dijo Alvaro, que observaba con viva curiosidad las maniobras del carnívoro.

En efecto; la suerte del simio estaba ya decidida; su vida terminaría pocos momentos después entre las garras y los dientes de su adversario.

El jaguar trepó rápidamente por la rama con la agilidad de un gato; pero llegó a un punto en que tuvo que detenerse; había sentido un crujido, y el prudente y astuto carnívoro comprendió que no podía avanzar más sin exponerse a caer en

Emilio Salgari

el río, caso que no habría dejado de aprovechar la mona para huir a la selva.

—Las cosas no van bien para la fiera—dijo Álvaro—, y voy creyendo que la mona puede escaparse de sus uñas.

El carnívoro daba resoplidos como un gato colérico, y desfogaba su mal humor arañando la corteza del árbol, de la cual sacaba gruesos pedazos.

Loca de terror y sintiéndose perdida la mona, se balanceaba en la extremidad de la rama, a la cual se sostenía agarrada con la mano derecha, mientras que con la izquierda apretaba contra su cuerpo al monito que no quería abandonar.

En aquel momento, arrastradas por la corriente; pasaban bajo el árbol enormes hojas de *victorias regias* de contornos bastante realzados, muy bastantes para sostener cuerpos más pesados que el de una mona tan pequeña como aquélla.

—¡Ah, pícara!—exclamó Álvaro.

En aquel momento se dejó caer a plomo la mona sobre una de las mayores de aquellas hojas, sin soltar al monito. Aquella pequeña almadía natural se hundió un poco por la violencia del choque; pero tornó a salir a flote, al mismo tiempo que la mona celebraba su victoria con un prolongado silbido.

La corriente, que era bastante rápida, la llevaba hacia la orilla opuesta.

Al ver huir su presa el jaguar lanzó un furioso maullido; sacó las garras de la corteza, y se arrojó al agua resueltamente.

Había calculado mal la distancia que le separaba de la mona. En lugar de ir a caer en la hoja flotante en que la mona se había refugiado, cayó unos dos pasos más atrás, y se sumergió levantando un montón de espuma.

El hombre de fuego

—¡Se ha llevado chasco el glotón!—exclamó García, muy contento del resultado de aquella escena.

—¡Poco a poco, querido!—le contestó Álvaro—. Cuando ese animal se ha arrojado al agua, es señal de que es un buen nadador, y la mona no ha llegado todavía a la otra orilla.

En aquel momento se produjo en la superficie del agua un gran movimiento de espuma, y en seguida se oyeron los ahogados aullidos de la fiera mezclados con ruidos estridentes que parecían proceder de algún otro animal.

—Parece que la fiera está luchando con otro bicho—dijo Álvaro, inclinándose sobre la orilla para observar mejor lo que pasaba.

De repente una cola o, mejor dicho, un bulto negruzco de forma cilíndrica apareció sobre el agua, replegándose en seguida; después vió el jaguar, pero no libre.

Una enorme serpiente le había envuelto entre sus anillos tan fuertemente, que amenazaba ahogarle.

Era una *sucuriu*, llamada también *boa anaconda*, el más enorme de los reptiles brasileños, que no suele tener menos de trece o catorce metros de largo, y que hace su morada en el fondo de los ríos.

Aunque no es venenoso, lo mismo que las serpientes *pitón* tiene tal fuerza compresora, que fácilmente puede ahogar a un buey entre sus anillos.

Quizá al sentirse tocada por el jaguar, que al sumergirse con la fuerza de la caída debió de llegar hasta el fondo del río, se había apoderado de él.

El reptil y el carnívoro, a cual más formidables, luchaban con furor, tan pronto saliendo a flote como sumergiéndose.

Emilio Salgari

El primero seguía estrechando a su presa y trataba de quebrantarle las costillas y el espinazo; el segundo, loco por el dolor, mordía y desgarraba ferozmente la piel de su adversario.

La sangre de la boa teñía el agua; pero ella, segura de su victoria final, no aflojaba sus anillos.

Durante algunos instantes se revolvieron juntos en la superficie del agua, oyéndose los desesperados maullidos del uno y los silbidos del otro. Después ambos desaparecieron en una ancha mancha de sangre, y no volvió a vérselos más.

— ¡Pardiez! — exclamó Álvaro—. ¡He ahí unos enemigos de los cuales debemos guardarnos en adelante!

— ¿Habrás muerto el tigre, señor? — preguntó García, que estaba bastante pálido.

— Me lo figuro y como la serpiente no debe de encontrarse nada bien, aun suponiendo que haya logrado ahogar a su adversario, debemos aprovechar el momento para atravesar el río.

— ¿Y si hubiese otros animales de esa clase?

— Habrían acudido a tomar parte en la lucha.

¡Ah! ¿Qué habrá sido de la mona?

— Ha tomado tierra, y se habrá refugiado en la selva.

— ¡Apresurémonos, ya que la boa está entretenida devorando al carnívoro o muriéndose!

Cortaron apresuradamente algunos bambúes, los juntaron por el medio, amarrándolos con bejucos, y media hora después estaban en la orilla opuesta del río, desembarcando en el mismo lugar donde la mona se había puesto en salvo.

CAPITULO XI.

EN LA SELVA VIRGEN

EN aquella otra orilla la selva no era menos espesa y tenebrosa que en la que acababan de dejar los náufragos, y que con tanto trabajo habían atravesado.

Hasta parecía más intrincada, por componerse de infinidad de plantas que crecían confusamente unas al lado de otras, rodeadas de desmesurados bejucos o de arbustos y raíces enormes que salían de todas partes, no encontrando lugar para desarrollarse en el subsuelo, convertido en una masa fibrosa que le daba consistencia de piedra.

Enlazadas unas plantas a otras por los *sipos*, las *jacitaras*, las *barbas de palo*, o por esas extrañas aroideas cuyas raíces van por el aire desde el árbol hasta el suelo, había cedros brasileños de los que dan esa madera tan apreciada llamada *jacarandá*, palmas regias de altísimo tronco, tan perfecto, que parece hecho a torno; *ficus* de los que sudan por las heridas que se les hacen en el tronco la preciosa gutapercha; *bombonazas*, con cuyas hojas se fabrican hoy los estimados sombreros llamados de Panamá, y palmas *cuaresinas*, de flores purpurinas que se entrelazaban con las *lanazias*.

Reinaba una humedad penetrante a la sombra de aquella vegetación, de la cual se desprendía un intenso olor de musgo que irritaba el olfato de nuestros náufragos.

Emilio Salgari

—Esta es una selva virgen—dijo Álvaro, que hubiera preferido encontrarse en una pradera—. ¿Cómo vamos a componérselas para guiarnos entre estas plantas, que no dejan pasar siquiera un rayo de sol? Voy creyendo que no va a sernos fácil volver a la bahía.

—¿Nos habremos extraviado?—preguntó el grumete.

—¡Me lo temo!

—¿Cubrirá todo el Brasil esta maldita selva?

—Parece que los indios no se toman el menor trabajo por aclararla. Para ellos no hay agricultura.

—Así lo creo. No la necesitan, porque se comen unos a otros. Además, las frutas abundan en estas selvas.

—Tampoco falta en ellas la caza. ¿No oyes ese estrépito?

De pronto había estallado un alboroto de ruidos agudísimos que hizo callar a una bandada de papagayos que charlaban entre las ramas de un cedro. El ruido era tan penetrante que el grumete tuvo que taparse los oídos.

—¿Quién arma ese terrible alboroto?—dijo—.

¿Serán quizá animales feroces?

—Deben de ser monos—contestó Álvaro—.

¡Qué ganganta tienen! ¿Serán de latón o de cobre? ¡Diríase que llevan trombones y cornetines en el cuerpo!

—Forman toda una orquesta—dijo riendo el grumete.

El griterío había llegado a ser tan agudo, que resonaba en toda la selva. Parecía como si estuvieran desollando miles de cerdos.

—¡Vamos a hacer callar a esos importunos!—dijo Álvaro—. Si podemos, daremos al-

El hombre de fuego

gún buen golpe que nos proporcione un asado. El calor ha acabado con nuestras provisiones. La carne de la tortuga hiede atrocemente.

—¿Tendríais valor para comeros un mono?

—¿Y por qué no? Es una caza tan buena como cualquiera otra.

Guiándose por aquellos chillidos, que no cesaban un solo instante, los dos náufragos avanzaron por entre los árboles, llevando bajo el brazo los arcabuces. Desde su encuentro con el jaguar habían comprendido que toda prudencia era poca.

Andando en todos sentidos por la espesura, rodeando los árboles y tropezando en las redes formadas por los *sipos* y por las raíces, en una hora larga consiguieron recorrer unos quinientos o seiscientos pasos, que los llevaron al lugar donde los concertistas se desgañitaban dando gritos que habían llegado a ser completamente insoportables.

Como Alvaro se había imaginado, aquellos músicos rabiosos eran monos, y no pasaban de seis o siete, por más que alborotaban como si fuesen ciento.

Era un pequeña banda de *carayas* que ocupaban las ramas de una *summameira*. Esos cuadrumanos son de corta estatura, y sus órganos vocales tienen increíble resistencia, que les permite lanzar gritos capaces de destruir los tímpanos más recios. Hasta los sordos oírían sin trabajo sus terribles alaridos.

También se les llaman *miquitos negros*, por su oscuro pelaje de reflejos rojizos, que en las hembras es algo amarillento. Tienen barbas en los carrillos, y cola tan larga como todo el cuerpo, que generalmente no pasa de sesenta centímetros. Su garganta, que pudiera compararse con un tambor, está dividida en seis comparti-

Emilio Salgari

mientos, lo que da a su voz tal intensidad, que se oye a grandísimas distancias.

Su grito habitual es una especie de *rocu-rocu* que varían a su gusto, y que se oye a unos cuantos kilómetros. Otras veces gruñen como los cochinos, rugen y maúllan como los jaguares, o aúllan y gritan como seres humanos a quienes se sometiese a tormento.

Sentados en círculo en la bifurcación de las ramas, e ignorantes de la presencia de los naufragos, aquellos seis o siete coristas inflaban enormemente la garganta y modulaban notas cada vez más agudas; después callaban bruscamente para esperar al director de orquesta, que estaba en medio de ellos, y que era el más flaco de todos, pero el que mejor voz tenía y el que daba la nota justa y precisa.

Cuando alguno se salía de tono, el director le suministraba una sonora bofetada, obligándole a callarse.

— ¡Acabemos! — gritó el grumete, que ya había llegado debajo de árbol y estaba aturdido por aquel concierto endemoniado—. ¡Abajo el maestro!

No le hicieron caso. Los carayas estaban tan entretenidos con aquel coro infernal, que ni siquiera oyeron la voz del grumete.

— Perderás el tiempo inútilmente — le dijo Alvaro—. Tu voz no puede oírse en medio de este espantoso alboroto. Sería preciso un cañonazo para que lo oyeran.

— Un buen acabuzazo tendrá buen éxito. ¡Vamos a derribar al maestro!

El señor Correa, que, como ya sabemos, era buen tirador, apuntó durante cortos instantes, y disparó.

El hombre de fuego

El maestro, que estaba aullando con toda su fuerza no sé qué trozo de música simiesca, se quedó con la boca abierta y la voz ahogada; en seguida se irguió estirando los brazos, dió una vuelta sobre sí mismo y se desplomó al suelo, donde quedó muerto.

Espantados sus compañeros, treparon dando saltos a las ramas más altas del árbol aullando desesperadamente.

Ya iba Álvaro a arrojarle sobre el pobre *cara-ya*, cuando oyó una voz que exclamaba en lengua castellana:

— ¡Caramba! ¡Qué buen tiro!

El portugués y el grumete se volvieron atónitos, creyendo haberse engañado. Ambos hablaban bastante correctamente el castellano, lengua muy difundida en aquella época, como lo es hoy la francesa, y comprendieron perfectamente aquella frase.

Un hombre con la sonrisa en los labios y los brazos cruzados sobre el pecho los contemplaba entre dos grupos de arbustos.

Tendría como cuarenta años, buena estatura, y llevaba larga barba y cabellos todavía más largos, le caían sobre la robusta espalda.

Aunque fuese bastante oscuro de color, su perfil muy regular, su talle y sus ojos, que no eran pequeños ni tenían la ligera oblicuidad que distingue a los de las razas indias, mostraban que no pertenecía a la raza brasileña.

Sin embargo, iba ataviado como los indígenas. Llevaba en la cabeza una diadema de plumas de ánade, un taparrabos hecho de fibras vegetales entrelazadas y relucientes como si fuesen de seda, collares y brazaletes formados con dientes de caimanes y de otros animales feroces, y en

Emilio Salgari

el pecho un raro trofeo que parecía compuesto de vértebras de serpientes.

—¿Indio o español?—preguntó Alvaro poniéndose a la defensiva y haciendo señas a García para que preparase el arcabuz.

El desconocido no se movió. Los miraba con profunda emoción, sin dejar de sonreirse y sin tocar la pesada clava que le pendía del costado, ni una especie de venablo que llevaba a la espalda.

—¿Amigo o enemigo?—preguntó al fin Alvaro en castellano, viendo que el desconocido seguía callando.

—¿Desde cuándo los hombres blancos extrañados en las selvas de tierras lejanas se han mirado como enemigos?—exclamó aquel indio con voz trémula—. Aunque os parezca un indio, soy tan blanco y tan europeo como vosotros.

Con no menos emoción que el desconocido, Alvaro se echó el arcabuz a la espalda y dio unos pasos hacia adelante.

—¿Sois también un náufrago?

—Un antiguo náufrago.

—¿Y qué hacéis en las costas del Brasil?

—Esa misma pregunta me hacía yo hace un momento respecto a vosotros. ¿Sois también españoles?

—No; somos portugueses.

—Somos, pues, casi compatriotas. ¡No podéis imaginaros la emoción que me ha ocasionado este encuentro! ¡Ya me había resignado a no ver nunca a ningún hombre de mi raza!

—¿Lleváis aquí muchos años?

—Desde 1516.

—¿Con quién vinistéis?

—Vine en la expedición mandada por el flo-

El hombre de fuego

rentino Americo Vespucio, por Juan Pinzón y por Díaz de Solís. Pertenecía a la tripulación de este último.

—Se sabe lo que le sucedió a la expedición organizada por el audaz florentino; pero nunca se ha sabido lo que fue de Solís.

—Fue muerto por los indios charrúas. ¡Qué historia tan triste, señor!

—¿Y escapasteis del estrago?—preguntó Álvaro.

—Fui el único.

—¿Y qué hacéis ahora?

El castellano se ruborizó y quedó confuso. Después murmuró como si hablase para sí:

—Soy el hechicero de la tribu de los tupinambas.

En cualquier otro caso Álvaro hubiera soltado una carcajada, pero viendo la confusión y la tristeza del pobre hombre, se contuvo.

—¿Será un buen oficio?

—¡Oh, señor!...

—Por lo menos, os habrá servido para salvar el pellejo, señor...

—Díaz Cartago—dijo nuestro hombre completando la frase—. Es cierto, señor...

—Álvaro Correa de Viana—dijo éste, completando a su vez la de su interlocutor—. ¿Tenéis hambre?

—Hoy hace catorce días que camino sin parar para evitar caer en manos de los eimuros, que han invadido el territorio, dispersando las tribus de los tupinambas y de los tamoyos.

—¿Están muy lejos?

—Por ahora, sí.

—¿Y no hay peligro de que nos sorprendan?

—Por el momento, no.

Emilio Salgari

—Entonces, aprovechemos el momento para preparar el almuerzo. Hemos matado un mono.

—Los *carañas* tienen carne delicada, señor Viana. No es la primera vez que los pruebo.

—¡Ayudadnos!

El castellano no esperó a que le repitiesen el ofrecimiento. Viendo que el grumete llevaba un cuchillo a la cintura, se lo pidió, y en un momento descuartizó al mono, lo limpió y le quitó la cabeza.

Álvaro y García encendieron fuego, ensartaron al cuadrumano en la baqueta de hierro de uno de los arcabuces, y lo pusieron al fuego.

Entretanto el castellano dio una vuelta por los matorrales y volvió llevando dos cartuchos de hojas de plátanos llenos de cierto líquido que parecía vino blanco.

—*Assahy*—dijo invitando a Álvaro a probarlo—. ¡Bebed, que no nos hará daño!

—¿De dónde lo habéis sacado?

—De la palma *assahy*. Es un líquido que puede sustituir al vino.

—¡Asado y vino! ¡Lástima que no tengamos pan!

—Lo encontraremos; os lo prometo—dijo el marinero—. Si aquí no, en otro lugar encontraré plantas que nos lo proporcionen. La vida es fácil en el Brasil: basta encorvarse hacia el suelo para encontrar qué comer y qué beber. De los indios he aprendido cosas que antes ignoraba absolutamente.

—¡Dichosa tierra!—exclamó Álvaro.

—¿Hace poco que habéis naufragado?

—Muy pocos días, señor Díaz. Os contaré nuestra historia, esperando que en cambio nos contéis la vuestra, que debe ser maravillosa.

El hombre de fuego

—Y muy triste también—respondió el marinero.

Mientras cuidaba de la marcha del asado le refirió Álvaro sus aventuras después del naufragio de la carabela, y el peligro en que habían estado de sufrir la misma suerte de sus compañeros.

—Debían de ser eimuros los que han matado y se han comido a vuestros marineros—dijo Díaz—.Son los indios más feroces de cuantos viven en las selvas del Brasil, y a nadie perdonan de los que caen en sus manos.

—¡El asado está listo!—dijo García en aquel momento.

Separaron del fuego al mono, cuyo pellejo se había vuelto reluciente y tostado como el de un cabrito recién sacado del horno, y lo dividieron en trozos, que colocaron sobre una gran hoja de plátano.

Debemos confesar que los dos protugueses, por más que estuvieran hambrientos, titubearon antes de decidirse a comer de aquel plato, que tenía harta semejanza con un niño asado.

Pero el marinero, habituado a la vida salvaje, y que en su vida debía de haber devorado gran número de cuadrumanos, empezó a comer con el apetito de un caimán, invitándoles a imitarle.

El hambre pudo más que su repugnancia, y arremetieron con el asado, que era excelente.

Vaciaron los dos cucuruchos llenos de un vino agradabilísimo que se asemejaba un poco a la sidra, y después se tendieron bajo el árbol, poniendo las armas a un lado y al alcance de la mano.

—¿Podremos descansar un par de horas sin peligro de ser molestados?—preguntó Álvaro al castellano.

Emilio Salgari

—Los eimuros no suelen andar en las horas de calor—contestó Díaz—. Además, he tomado mis precauciones para que pierdan mi rastro. ¡Muy hábiles han de ser para seguirlo!

—¿Luego os seguían?

—Desde hace cuatro días.

—Entonces, ¿venís de muy lejos?

—La aldea en que residía está a siete jornadas de aquí, en medio de la selva.

—¿Y no volveréis a ella?

—Sí; pero esperaré a que los eimuros se hayan ido más hacia el Sur. Espero que me acompañéis vosotros. Los tupinambas os recibirán bien si os presento yo, que soy un *pyaie*, o sea el hechicero de la tribu. ¿Qué vais a hacer solos y abandonados en esta inmensa selva? Un día u otro iríais a para a las parrillas de los tamuros o de los tupos, no menos antropófagos que los eimuros.

—Y los tupinambas, ¿no se comen a sus semejantes?

—Lo mismo que los otros; pero yendo conmigo no os pasará nada.

—Contadme vuestra historia, señor Díaz; tengo gran curiosidad por conocerla.

—¡A vuestra disposición, señor Viana!

CAPÍTULO XII.

EL MARINERO DE SOLÍS

AHORA hace trece años—dijo el marinero después de unos minutos de silencio, que dedicó, sin duda, a poner en orden sus recuerdos—, precisamente en 1516, el gobierno de Castilla, que ya en aquel tiempo tenía el propósito de arrebatarse al de Portugal esta inmensa región que por legítimo derecho pertenecía a Cabral, el primero en descubrirla, envió una flota bajo el mando de Vespucio, de Pinzón y de Solís, con orden de fundar establecimientos en esta costa.

Ya desde el principio había gran rivalidad entre los capitanes, todos los cuales se disputaban la dirección de la empresa.

Americo Vespucio, que ya había visitado el Brasil por cuenta de Portugal, y que tan importante parte había tenido en el descubrimiento del Continente americano, podía alegar mejores derechos que los otros dos; pero se desconfiaba algo de él por haber estado antes al servicio de la corte de Lisboa.

Como quiera que sea, se efectuó la travesía, y las flotillas fondearon con toda felicidad a los tres meses de navegación en la bahía en cuyas rocas naufragó vuestra carabela (1).

Después de renovar la provisión de agua y de hacer algunos trueques de objetos con los indios,

(1) Bahía de Río de Janeiro.

Emilio Salgari

que no se mostraron tan feroces como cuando el viaje de Cabral, el cual, como sabéis, perdió algunos marineros que fueron devorados, la flota se hizo a la vela con rumbo al Sur. Reconoció un largo trecho de costa, haciendo frecuentes desembarcos para plantar cruces en señal de la soberanía de Castilla, hasta que llegó a la desembocadura de un río inmenso, que al pronto tomamos todos por un brazo de mar.

Era el río de la Plata; pero cuando llegamos allí volvió a estallar la rivalidad entre los capitanes. Vespucio y Pinzón se negaron a acompañar a mi capitán, le abandonaron y se fueron a hacer otros descubrimientos.

Lo que fuera de ellos no lo he sabido nunca, porque desde entonces no he visto desembarcar aquí a ningún blanco.

—Estad tranquilo por ellos—dijo Álvaro—, pues volvieron felizmente a España.

—Solís—dijo el marinero reanudando su relato—no quería volver a atravesar el Atlántico sin haber realizado alguna empresa gloriosa, y embarcándose en una chalupa, entró audazmente en el inmenso río. Yo formaba parte de la expedición pues tenía fama de buen piloto, y también de buen arcabucero.

Por muchos días seguimos remontando el río, acompañados por muchedumbre de indios que iban por la orilla más próxima, y que nos invitaban a desembarcar.

Pero como todos estaban armados con arcos y cerbatanas, Solís, que a un gran valor unía cierta prudencia, se negaba a desembarcar; y hubiera hecho muy bien el no haber saltado a tierra.

Aquellos salvajes eran los *charrúas*, indios

El hombre de fuego

audacísimos y feroces, que sólo esperaban que desembarcásemos para devorarnos.

Habíamos explorado una buena parte del curso del río, cuando cierto día, habiéndose dispersado los indios, Solís tuvo la desgraciada idea de internarse en el país.

Saltó a tierra en las márgenes de una selva, dejándome a mí con otros seis para guardar la chalupa. Antes de que desapareciese tuve una sospecha.

« ¡Señor Solís—le grité—, guardaos de las emboscadas! »

Él me hizo con la mano una señal de adiós, y se internó en la selva con su escasa gente.

Quedamos en la mayor inquietud. La mía, particularmente, era tan grande, que apenas podía sostenerme.

La dispersión de los salvajes, que hasta entonces nos habían acompañado constantemente, no me parecía natural. Presentía una traición y una catástrofe.

Ya era tarde para detener a Solís. Por otra parte, aquel hombre, que no tenía miedo de nada y que manejaba la espada admirablemente, no me habría hecho caso y se hubiera reído de mis temores.

Poco faltaba para ponerse el sol, cuando de repente oímos el estampido de algunos arcabuzazos, seguido de un clamor tan espantoso, que varios días estuvo resonándome en los oídos.

Ningún rugido de fieras podría daros idea de los gritos de guerra de los salvajes de la América meridional.

De un salto me puse en pie, gritando a mis hombres:

Emilio Salgari

« ¡Están atacando al capitán! ¡Acudamos en su ayuda! »

Me miraron sin contestarme: estaban desmoralizados y fatigadísimos.

Comprendí que no podría decidirlos a hacer nada. Por otra parte, ¿qué hubiéramos podido hacer sin saber siquiera adónde dirigirnos? Durante algunos minutos seguimos oyendo los disparos de los arcabuces y el griterío de los *charrúas*; después siguió un profundo silencio.

Todo había terminado. Solís y su gente, sorprendidos en alguna emboscada hábilmente dispuesta por los indios, debían de haber perecido.

Mis compañeros me suplicaron que picase el cable del ancla y que cuanto antes fuéramos a reunirnos con la nave que nos esperaba en la boca del río; pero me negué terminantemente a abandonar el puerto, por lo menos hasta la madrugada del día siguiente.

Tenía la esperanza de que siquiera alguno hubiera conseguido salvarse de la matanza y llegase de un momento a otro a la orilla.

Por la noche vimos el resplandor de gigantes cas hogueras encendidas dentro del bosque.

Impaciente por saber algo de lo acontecido a mi desventurado capitán, me decidí a saltar a tierra.

Habiéndose negado mis compañeros a seguirme, desembarqué sólo, llevando conmigo un arcabuz y un espadón.

El mismo resplandor de las hogueras que ardían en la falda de una eminencia cubierta de bosque me sirvió de guía. Me interné en la espesura, y adelanté, en silencio y con precauciones, con el corazón palpitante, y temiendo ser a cualquier momento traspasado por un venablo o recibir en la cabeza el golpe de esas terribles

El hombre de fuego

porras de palo de hierro que había visto en las manos de los salvajes.

Creyendo haber acabado con todos nosotros, los *charrúas* estaban en el mismo lugar donde había caído Solís, así es que después de una hora de marcha entre indecibles angustias y terrores incesantes me fue posible acercarme a ciento cincuenta pasos del campamento de los salvajes.

Un espectáculo atroz que no olvidaré jamás, aunque viva mil años, se ofreció a mis ojos.

En un brasero inmenso, y sobre una especie de parrillas hechas de ramas verdes, yacían tostándose los cuerpos de nueve de mis desgraciados compañeros, cubiertos de sangre de pies a cabeza.

Casi todos tenían deshecho el cráneo, sin duda por las pesadas mazas de los indios.

— ¡Canallas! — exclamó Álvaro, haciendo un gesto de disgusto.

— Entre aquellos míseros cuerpos, cuyas carnes crepitaban al contacto de las llamas esparciendo en torno un olor nauseabundo, distinguí el de Solís.

Tenía abierta la garganta y destrozada la cabeza.

Alrededor de la hoguera más de doscientos *charrúas* enteramente desnudos, pero adornados con collares de dientes de caribes, pequeños peces voraces de carne humana que infestan los ríos de estas tierras, parecía que esperaban algo. Todos estaban armados de venablos, mazas y arcos grandísimos.

De repente aquellos salvajes prorrumpieron en espantosos gritos.

« ¡Perdón, perdón! »

Cuatro indios de estatura gigantesca arrastraban a un marinero que se resistía desesperadamente dando patadas en las piernas de los que le conducían.

Emilio Saigari

Le habían apresado vivo; pero su suerte no había de ser mejor que la de los que habían caído combatiendo con las armas en la mano.

Vi a los *charrúas* arrastrarle hasta una enorme piedra en que habían abierto una especie de reguera o canal, y tenderle sobre ella después de haberle amarrado para impedirle todo movimiento.

Horrorizado, no me atrevía ni a respirar. Por lo demás, ¿qué hubiera podido hacer contra aquellos doscientos o más indios?

Cuando mi desgraciado camarada estuvo amarrado, vi salir del grupo de los *charrúas* a uno de ellos con la piel teñida la mitad de azul y la mitad de negro, adornado con collares y brazaletes de dientes de caimán y de jaguar y vertebras de serpiente, y con la cabeza cubierta por una enorme corona de plumas de papagayo.

En una mano llevaba una especie de cuchillo hecho con una afiladísima concha, y en la otra una vasija de barro cocido.

Se acercó a la víctima, que lanzaba desgarradores lamentos, y con un rápido golpe la degolló, recogiendo en la vasija la sangre que corría por la reguera abierta en la piedra.

Iba a llevársela a los labios, cuando rodó por el suelo.

Sin pensar en el peligro a que me exponía, le había disparado una bala con mi arcabuz.

Al oír el disparo y ver desplomarse al hechicero, los *charrúas* quedaron como atónitos.

—¿Y os aprovecharíais de su estupor para poneros en salvo?—dijo Álvaro.

—Sí, señor Viana. Eché a correr como un loco por la colina abajo; y cuando sentí los rabiosos aullidos de los indios y sus carreras para apoderarse de mí, ya estaba muy lejos de ellos.

El hombre de fuego

En pocos minutos atravesé el espacio que me separaba del río; pero me esperaba una terrible sorpresa.

Creyéndome perdido, mis compañeros se habían marchado abandonándome en aquella selva y con los *charrúas*, que se me venían encima.

— ¡Miserables! — exclamaron a un mismo tiempo Álvaro y García.

— Me di por perdido — prosiguió el castellano —, porque sentía cada vez más cerca el furioso griterío de los *charrúas*.

En aquel momento tuve una inspiración. No habiendo visto ninguna canoa india en el río, supuse que los *charrúas* no tendrían ninguna.

Siendo un buen nadador, decidí arrojarme al agua: era la única vía de salvación que me quedaba.

Si hubiera vuelto a la selva, aquellos demonios no habrían tardado en dar conmigo, y hubiese ido a parar a las parrillas en que estaban asándose el capitán y sus marineros.

Confiado en mi agilidad y en mi fuerza, me eché el arcabuz a la espalda, me desnudé rápidamente, y me lancé a las aguas del río de La Plata, que en aquel lugar no tiene menos de cuatro o cinco millas.

Cuando los *charrúas* llegaron a la orilla, ya estaba yo en la mitad del río.

Nadaba vigorosamente, mirando hacia atrás, por temor a que cualquiera de aquellos salvajes me fuera a los alcances.

Hacia la media noche estaba a doscientos o trescientos pasos de la otra orilla. Comenzaba a alegrarme, cuando sentí un dolor tan vivo en una pierna, que no pude menos de dar un grito.

Parcía como si algún pez me hubiese clavado

una aguja en las piernas, o de un bocado me hubiera arrancado un pedazo de carne.

Espantado, sin saber a qué atribuir aquel dolor, apreté a nadar. Poco después, un segundo mordisco no menos doloroso que el primero me arrancaba un segundo grito. Después me sentí rodeado por millares de peces que por todas partes me atacaban a mordiscos.

—¿Qué peces eran?—preguntó Álvaro, interesadísimo en aquella emocionante relación.

—Había caído en medio de una bandada de *caribes*.

—No sé lo que son.

—Después os lo diré. Por fortuna, como os he dicho antes, estaba cerca de la orilla. Nadando desesperadamente pude llegar hasta ella, y encaramarme trabajosamente en tierra entre las plantas que allí abundantemente crecían.

¡En qué estado me habían puesto aquellos animalitos! La sangre me brotaba de cien heridas, y tenía la piel agujereada como un cedazo.

—¿Eran, pues, muy grandes esos peces?—preguntó Álvaro.

—Como la mano de vuestro grumete, o todo lo más, como la vuestra—respondió Díaz riendo—. Los *caribes* son peores que los *jacarés*, es decir, los caimanes; y tan ávidos de carne humana, que cuando caen sobre un nadador tardan pocos minutos en devorarle, no dejando de él más que el esqueleto.

Si alguna vez, como sin duda ocurrirá, llegáis a trabar conocimiento con ellos, veréis los dientes que tienen esos pececillos, considerados con razón como una verdadera plaga de los ríos sudamericanos.

El hombre de fuego

— ¡Se los dejo de buen grado a los indios! — dijo el portugués—. ¡Seguid vuestro relato, querido Díaz!

— Casi una semana estuve oculto en la selva antes de encontrarme en disposición de ponerme en marcha. Viví de frutas, de raíces y alguna que otra vez de la carne de los animales que cazaba. Después me preparé para realizar el gran plan que había meditado.

Sabía que los castellanos habían fundado establecimientos en Venezuela, y se me metió en la cabeza llegar hasta allí.

Se trataba de un viaje que podía durar años; pero era la única vía de salvación que se me presentaba.

Caminé semanas y semanas a través de bosques inmensos que no acaban nunca, evitando pasar por las aldeas de los indios para no acabar en la parrilla, e internándome cada vez más en el Brasil, hasta que un día fuí a caer en medio de un campamento de tupinambas. Sea que el color de mi piel, o mis largas barbas, o mi traje hecho de piel de jaguar, impusieran no sé qué clase de respeto a aquellos salvajes, o sea por cualquiera otra causa, el hecho es que, en lugar de matarme y comerme, me recibieron como amigo. Habiendo muerto pocas semanas antes su hechicero, después de haber sido mutilado por un *jacaré*, me nombraron para sustituirle; y ahí tenéis explicado cómo vine a convertirme en un *pyaie*.

Después de transcurrir muchos años, y cuando ya había renunciado a la esperanza de volver a ver una cara europea, los cimuros cayeron sobre nuestro campo y dispersaron a la tribu.

Vencidos y deshechos, huímos sueltos y desbandados por la selva; y habiéndome extra-

viado, he llegado hasta este lugar. No me alegro de las devastaciones cometidas por los eimuros; pero no puedo menos de pensar que sin ellas no hubiera vuelto a ver a ningún hombre de mi raza. ¡Señor Viana, os aseguro que el día de hoy ha sido uno de los más afortunados de mi vida!

—¿Esperáis reuniros pronto con los tupinambas?

—Y espero que también vendréis vosotros. He comprendido que la pretensión de llegar hasta los establecimientos castellanos de Venezuela era una locura, y he renunciado a ese proyecto.

—Pues bien; vayamos a ver a esos tupinambas, con tal que no nos tuesten en las parrillas.

—¡Oh! ¿A los hermanos del hechicero? ¡Me tienen demasiado miedo para atreverse a tal cosa! Tengo fama de ser el *pyaie* más poderoso de la comarca.

—¿Cuándo partiremos?

—Es demasiado tarde para emprender el viaje, señor. Pasaremos aquí la noche, y mañana veremos si está franco el camino y nos dirigiremos hacia el Oeste. Los eimuros no acostumbran a detenerse mucho en ningún lugar, y pronto volverán a sus selvas.

—Entonces preparemos una buena cama y durmamos; pero nada más que con un ojo—dijo Álvaro.

—Sí, como los marineros cuando hacen la guardia—agregó el castellano.

CAPÍTULO XIII.

LOS EIMUROS

ANIMADOS por la tranquilidad que a lo menos por el momento reinaba en la inmensa selva, Álvaro, el castellano y el grumete se durmieron.

Los tres estaban tan rendidos por el trajín de los días anteriores, que necesitaban un buen descanso para restaurar las fuerzas y prepararse para el largo viaje que pensaban emprender en busca de la tribu de los tupinambás, que sin duda habría regresado ya a su asiento.

Sin embargo, durmieron con un solo ojo, como los marineros de guardia, según había dicho el castellano, y siempre uno u otro permanecía despierto para evitar que los sorprendieran los eimuros, que andaban por todos los alrededores de la bahía.

Durante varias horas no llegaron a sus oídos otros rumores que los estridentes silbidos de las *parraneas* y los roncros rugidos de los sapos; pero poco después de media noche el castellano, que tenía el oído más fino que sus compañeros, notó cierto ruido que no podía confundirse con la atroz cacofonía de los batracios.

Habituado durante tantos años a los ruidos de la selva, no podía engañarse. Con todo, no queriendo interrumpir por una falsa alarma el sueño de sus compañeros, que roncaban beatíficamente, se irguió para escuchar mejor.

Sintió un ruido lejano, que habría pasado inadvertido para oído menos ejercitado que el suyo. Le pareció que era un numeroso grupo de hombres que atravesaban la selva.

Sacudió ligeramente con la mano la cabeza de Alvaro y le dijo:

— ¡Despertaos, señor Viana!

El portugués, que no tenía el sueño muy pesado, abrió repentinamente los ojos y se sentó, clavando la mirada en el marinero de Solís.

— ¿Qué ocurre? —le preguntó.

— ¡Qué vienen!

— ¿Quién?

— No sé si los eimuros o los que huyen de ellos. A lo que me parece son hombres, y muchos, los que atraviesan la selva, y no sería prudente seguir durmiendo.

— ¡Ah, diablo! ¡Estaba durmiendo tan a gusto!

— En estas tierras hay que estar siempre dispuestos a huir. La tranquilidad no ha existido aquí nunca.

— ¿Conviene que nos vayamos?

— No —respondió el castellano.

Alvaro le miró con asombro.

— Entonces, ¿para qué me habéis despertado?

— Para buscar un refugio más seguro.

— ¿Sin huir de aquí?

— No hace falta. Con frecuencia he engañado, andando muy pocos pasos, a los indios que me seguían los pasos para matarme y asarme. Aquí tenemos un árbol que nos será utilísimo, y que despistará a los indios que nos sigan el rastro. Despertad al grumete, y no perdamos tiempo.

Oyéndolos hablar, García se había despertado. Prevenido del peligro que corrían, se limitó a decir:

El hombre de fuego

— ¡Bah! ¡Tenemos los arcabuces, y sabremos hacer un buen recibimiento a esos antropófagos!

—¿Y los restos de la hoguera?—preguntó Alvaro mientras se disponían a trepar a la enorme *summameira*.

—Dejad sus cenizas, y hasta los tizones—respondió Díaz—. Más bien servirán para despistar y confundir a los salvajes.

Había allí bejucos, *sipos*, que pendían del árbol y que servían a maravilla para escalarlo, pues el tronco, que era enorme, no podía abarcarse.

Los dos portugueses y el castellano se aprovecharon de ellos para ascender hasta las ramas. Después los cortaron para impedir a los salvajes servirse de ellos; pero se guardaron de dejarlos caer al suelo para que no denunciaran su presencia.

—Veréis cómo no nos buscan aquí arriba—dijo el marinero de Solís—. Es increíble; pero a los salvajes, cuando son perseguidos, no se les ha ocurrido nunca refugiarse en los árboles.

Treparon adonde era mayor la espesura del ramaje, y con ansiedad fácil de comprender esperaron la llegada de aquella gente que marchaba a través de la selva.

Fuesen eimuros, tupis o cualesquiera otros salvajes, el peligro era el mismo, porque todos eran enemigos de los tupinambas, y todos terribles devoradores de carne humana.

Como decía el marinero de Solís, eran hombres cuyo encuentro era absolutamente preciso evitar para no correr el peligro de perecer y ser tostados.

El ruido que Díaz había advertido continuaba. Una banda, al parecer muy considerable, atravesaba la selva; y sea que siguiera algún rastro o que caminase al acaso, el hecho es que se dirigía

Emilio Salgari

precisamente hacia aquella clara cuyo centro ocupaba la *summameira*.

—¿Serán vuestros enemigos los que nos siguen?—preguntó Álvaro, que había preparado sus armas.

—Pronto lo sabremos—respondió Díaz, que escuchaba con atención.

—¿Podieran ser los vuestros?

—¿Los tupinambas? ¡Imposible! Todavía ayer me seguían los eimuros, y mientras no vuelvan a sus selvas ningún indio de mi tribu se habrá atrevido a volver. Además, sé que han huído hacia el Oeste, y no hacia el mar.

—¿Tan terribles son esos eimuros?

—Son más semejantes a fieras que a hombres; todo lo destruyen a su paso.

—¿De dónde vienen?

—De las comarcas meridionales. Probablemente obligados por algún motivo que ignoro, de cuando en cuando emigran a tierras más ricas, destruyéndolo todo en su camino, y nadie ha podido contenerlos. Su solo nombre causa tal terror, que hasta las tribus más valerosas prefieren huir a hacerles frente, y dejan abandonadas sus aldeas y sus sembrados.

—Sin embargo, son hombres.

—¡Quién sabe!—respondió el marinero de Solís—. Sé que andan en cuatro patas como las fieras. No sé si son hombres o monos, señor Viana.

—Entonces, los distinguiremos mejor si son ellos los que se acercan.

—No deben estar lejos.

—¡Ya están ahí sus exploradores!—murmuró Díaz—. ¿Los veis?

Aunque fuera grande la oscuridad que reinaba en el bosque por la espesura de la vegetación, el

El hombre de fuego

señor Viana y el grumete observaron la aproximación de los bultos más parecidos a animales que a hombres, que salían de los matorrales y avanzaban cautelosamente por la clara.

Andaban con las manos y con los pies como los animales, y no hacían el menor ruido.

—¿Eimuros?—preguntó Álvaro en voz baja.

—Sí—respondió el marinero.

—Los hubiera tomado por dos jaguares.

—Andan, efectivamente, como ellos.

—¿Se detendrán aquí o seguirán su camino?

—Si me siguen el rastro, se detendrán para buscarlo.

Los dos salvajes atravesaron la clara, y después se detuvieron lanzando un grito ronco.

—Han descubierto los restos de nuestra hoguera y de nuestra cena—dijo Díaz.

—¿Que harán ahora?

—Esperarán a sus compañeros para aconsejarse.

—¡Con tal que no sospechen que estamos aquí arriba!

—¡No temáis!—respondió Díaz—. Además, estos antropófagos no han visto nunca armas de fuego, y un par de arcabuzazos no dejarían de causarles invencible terror.

Los dos salvajes estaban escudriñando entre las cenizas para ver si todavía quedaba alguna chispa que les indicara si hacía mucho o poco tiempo que había pasado por allí el hechicero de los tupinambas.

Murmuraron algunas palabras, y después uno de ellos volvió a atravesar la clara corriendo como un lobo rabioso a internarse de nuevo en la selva, mientras el otro se sentaba junto a la ceniza.

Pocos minutos después unos treinta salvajes

Emilio Salgari

entraban en la clara y se detenían cerca de la *summameira*.

—Son bastantes—dijo en voz bajísima Alvaro, que no se sentía muy tranquilo, a pesar de las continuas seguridades que le daba el marinero de Solís.

Sentáronse en círculo los salvajes, mientras tres o cuatro de ellos recogían ramas secas y procuraban encender fuego frotando entre sí pequeños pedazos de una madera especial empleada por los brasileños para el caso, pues el uso del eslabón y del pedernal les era completamente desconocido.

Bien pronto brilló una llama y comenzó a arder la leña seca, iluminándose la clara.

—¡Qué feos son!—no pudo menos de decir el grumete en voz bajísima.

Efectivamente; aquellos salvajes eran horrosos. Su aspecto era más de monos que de hombres. Tenían perfil anguloso, frente deprimida, ojos pequeños y pitarrosos, cabellos negrísimo, lacios y cerdosos como crines, cuerpo flaquísimo, pintado en su mayor parte y cubierto de suciedad.

Por todo vestido llevaban unos pedazos de tela grosera y verdosa, sin duda robados a enemigos vencidos, o taparrabos de hojas.

Todos lucían el horrible *barboto*, trozo de madera seca más o menos redondeado, que les atravesaba el labio inferior.

Sus armas eran mazas pesadísimas de palo de hierro, bastones aguzados y endurecidos al fuego, y algún que otro arco para disparar largas flechas de caña de bambú provistas en la punta de una espina de acacia.

Después de disputarse encarnizadamente los restos de la cena y de devorar cruda la cabeza

El hombre de fuego

del mono que yacía allí cerca en el suelo, los salvajes tuvieron un breve consejo, después del cual se caparcieron por la clara examinando las hierbas. Como ya lo había observado Alvaro, en lugar de sostenerse en dos pies andaban a gatas como las fieras, postura que, por lo visto, preferían a la común de la especie humana.

¿De dónde procedían aquellos salvajes que de cuando en cuando, en períodos indeterminados y en grandísimo número, invadían las inmensas selvas del Brasil, devastando todos los lugares habitados y devorando a cuantos prisioneros caían en su poder?

Los historiadores de América no han llegado a averiguarlo de una manera precisa.

Los brasileños aseguraban que procedían de las regiones australes; los que quizás fuera cierto, porque aquellos formidables invasores eran de estatura mucho mayor que los otros indios, y es posible que fueran los progenitores de los indios de las pampas y de los patagones.

Hasta por su modo de vivir tenían más semejanza con fieras que con seres humanos.

Su lengua, si tal nombre merece su manera de hablar, era un conjunto, de sonidos roncós y confusos que nadie comprendía, y que más parecía salir de la cavidad del pecho que de los órganos de la garganta.

Lo único que los distinguía de las fieras era su costumbre de arrancarse todo el vello del cuerpo, incluso el de las cejas, y cortarse de vez en cuando los cabellos.

Por lo demás, andaban completamente desnudos, no sabían construir cabañas, dormían en los bosques como los jaguares y otros animales de presa, limitándose a refugiarse bajo los ár-

Emilio Salgari

boles en los períodos de grandes lluvias. Caminaban a gatas, como ya hemos dicho, y corrían tan velozmente en esa postura, que hasta a caballo era difícil alcanzarlos.

Además eran terribles antropófagos. En general, los brasileños se comían a sus enemigos más por venganza que por otra razón; pero los eimuros los devoraban por costumbre, como si se tratase de animales cualesquiera de los que cazaban, y, lo que es todavía más horrible, solían comerlos crudos.

Su modo de combatir los hacía extremadamente peligrosos. Nunca acometían, sino que esperaban a sus enemigos en la selva y los sorprendían a traición. No tenían miedo más que a una cosa; al agua. Un arroyuelo bastaba para detenerlos.

Cuando los portugueses se hubieron establecido sólidamente en el Brasil algunos años más tarde y fundaron opulentas ciudades, los eimuros siguieron efectuando sus invasiones periódicas, y hasta en un época llegaron a poner en grave peligro a las colonias, amenazando arruinar a Porto Seguro y Os Illeos.

Se presentaron en masas enormes, cayeron sobre las aldeas de los tupinambas y los tupiniquinas, y después se revolvieron contra las capitánías de Puerto Seguro y de Os Illeos, muy pobladas por portugueses, los cuales, no creyendo que aquellos salvajes tuvieran la audacia de atacar a las ciudades costeras, no les habían hecho gran caso; sólo el valeroso gobernador Men de Sa acudió prontamente con buen golpe de tropas, pensando dar pronto buena cuenta de aquellos salvajes.

En efecto; cayó sobre una de sus bandas mientras ésta intentaba construir un puente con troncos de árboles, y después de un reñido com-

El hombre de fuego

bate, en que muchos de los que las componían perdieron la vida, empujó hacia el mar a los otros, que se anegaron todos.

Creía haber contenido la invasión; pero pocos días después los portugueses vieron con verdadero estupor, y aun con miedo, cubrirse de salvajes las alturas que dominaban a Puerto Seguro.

Men de Sa salió valerosamente a su encuentro, y logró rechazarlos después de una serie de batallas muy sangrientas; pero la capitanía de Os Illeos ya había sido destruída por aquellos salvajes.

Transcurrieron unos cuantos años antes de que el Brasil quedase libre de los eimuros, los cuales fueron completamente exterminados.

Sólo sobrevivieron unos cuantos centenares de ellos, a quienes se confinó a setenta leguas de la costa, con la prohibición de acercarse a ella. Otros fueron reducidos a esclavitud; pero aquellos salvajes eran tan indomables y tan refractarios a la servidumbre, que casi todos se dejaron morir de hambre, prefiriendo la muerte a la pérdida de la libertad.

CAPÍTULO XIV

LA CAZA DE LOS HOMBRES BLANCOS

Los eimuros que habían invadido la clara del bosque en que estaban nuestros amigos debían de haber seguido el rastro del marinero castellano en su fuga a través de la selva.

Aquel encarnizamiento contra un hombre solo, ¿obedecía al deseo de probar la carne de un individuo de color tan distinto al de los salvajes brasileños, o era debido a alguna otra causa? Si se hubiese tratado de una tribu entera que hubiera podido proporcionar carne humana en abundancia, era explicable aquella tenaz persecución; pero, de otro modo, ni a Álvaro ni al mismo Díaz les parecía natural.

Los eimuros parecían furiosos por haber perdido el rastro del fugitivo, de quien hacía varios días que tenían decidido propósito de apoderarse, poniendo increíble constancia en realizarlo.

Después de haber recorrido en todos sentidos la pequeña clara, volvieron a reunirse alrededor del fuego, manifestando su mal humor con roncacos aullidos que tenían muy poco de humanos.

La falta de huellas, que el suelo húmedo de la selva debiera haber hecho fácilmente visibles, los tenía confundidos y perplejos.

Gesticulaban animadamente al comunicarse sus ideas, y empuñaban sus pesadas mazas y las volteaban furiosamente en el aire.

Por fortuna, a ninguno de ellos se le ocurrió levantar los ojos hacia la *summameira*. La sos-

El hombre de fuego

pecha de que el hombre blanco pudiera haberse escondido entre las frondosas hojas del árbol no le había pasado a ninguno de ellos por las mientes.

Varias horas estuvieron discutiendo a su manera, y después Álvaro y sus compañeros los vieron echar mano a las armas y desaparecer en la selva divididos en varios grupos.

—Buscan mis huellas—dijo Díaz cuando los hubo perdido de vista y todo entró en silencio.

—¿Cómo se explica esta terquedad?—preguntó Álvaro—. ¿Será quizás el deseo de probar carne de piel blanca?

—No—respondió el marinero—. Creo que, aun cayendo en sus manos, mi vida no correría ningún peligro.

—Explicaos.

—He sabido por los tupinambas que han luchado con ellos que su *pyaie* fue muerto de un flechazo en un reñido combate.

Creo que me han perseguido tantos días para hacerme hechicero de su tribu.

Es probable que haya llegado hasta ellos la noticia de que los tupinambas tienen un hechicero de piel blanca, y que su obstinación en perseguirme obedezca al empeño en apoderarse de mí.

De otro modo no me explico esta cacería. Porque ¿qué significa para ellos un hombre? ¡Apenas unos cuantos bocados!

—Voy creyendo eso mismo, Díaz—respondió Álvaro—. ¿Volverán?

—No lo dudo. Cuando se persuadan de que no hay huellas más en la selva, volverán a presentarse.

—¿Y si nos descubriesen?

—Nunca sospecharán que estamos tan cerca de ellos. ¡Ah, malditos! ¡No me había acor-

Emilio Salgari

dado de los *carayas*! ¡Esos son los que van a denunciar nuestra presencia!

Aunque hubiesen perdido a su director de orquesta, que ya habían digerido los europeos, los cuadrumanos habían comenzado de nuevo su concierto nocturno.

Al ver que nadie los molestaba se encaramaron en las ramas más altas del enorme vegetal y reanudaron su estrepitosa sinfonía, inflando enormemente el gznate para gritar con mayor fuerza.

—¡Mil demonios!—exclamó Álvaro—. ¡No me acordaba ya de estos calamitosos monos!

—Que son un gravísimo peligro para nosotros, señor Álvaro—dijo Díaz.

—¿Por qué?

—Porque si vuelven los eimuros, al oír el alboroto de esos monos tratarán de cazarlos, y nos descubrirán. Debiéramos matar a esos charlatanes antes de que vuelvan los salvajes.

—Necesitaríamos trepar hasta las ramas más altas y emprenderla con ellos a cuchilladas, empresa difícilísima y sumamente peligrosa. Yo no me atrevería a emplear los arcabuces.

—¿Y no contáis con mis armas?—preguntó Díaz.

—¡Vuestras armas!—exclamó Álvaro—. Sólo tenéis un canuto que ni siquiera puede servir de bastón.

—Ahora os demostraré cuán peligroso puede ser ese tubo, especialmente lanzando con él una flecha envenenada con el jugo del *vulrari*.

—¡*Vulrari*! ¿Qué es eso?

—Un veneno activísimo, que mata a un hombre en menos de la cuarta parte de un minuto, y a un mono, en el acto. ¿Queréis verlo?

—¿Y caerán al suelo los monos? Porque en tal caso nos delatarán igualmente.

El hombre de fuego

—No—contestó el marinero—. Quedarán suspendidos de la cola. Los *carayas* no se caen ni aun después de muertos. ¡Ahora veréis!

Díaz se descolgó del hombro aquella especie de tubo que hasta entonces había tomado Alvaro por un bastón, o a lo menos por un venablo, por más que carecía de punto capaz de hacer heridas.

Era la famosa *gravatana* de los brasileños, o sea una cerbatana formada con dos pedazos de madera perfectamente ahuecados y unidos por una fibra de *yacitura*, instrumento bastante pesado y de unos dos metros de largo. En su extremo lleva una especie de boquilla formada por un tarugo de madera pegada con resina.

Díaz sopló dentro, después desenvolvió un trozo de piel que llevaba suspendida de la cintura, y sacó una diminuta flecha constituida por el nervio de una hoja, en uno de cuyos extremos llevaba una espina agudísima revestida por una sustancia parda, y en el otro una mota de algodón probablemente sacado del *bombax coiba*, árbol muy común en el Brasil.

—¿Está envenenada?—preguntó Alvaro.

—¡Y con qué veneno!—contestó el marinero—. Los tupinambas poseen el secreto del *curare*, o mejor todavía, del *vulrari*, por lo cual son muy temidos, pues no todas las tribus brasileñas saben obtenerlo.

—Pero los monos cazados de ese modo envenenarán a quien se los coma.

—No, señor—respondió el marinero—. El *vulrari* puede tomarse sin peligro por la boca.

Es completamente inofensivo por vía digestiva, y puede comerse tranquilamente la carne del animal cazado con estas flechas minúsculas.

Emilio Salgari

Pero ya tenemos ahí a los *carayas* disponiéndose a comenzar su concierto. ¡Los haré callar!

Díaz introdujo en la cerbatana una de las flechas, cuidando de que el pequeño copo de algodón se ajustase perfectamente al tubo. Después aplicó los labios a la embocadura de la cerbatana, y apuntó a las ramas más altas de la *summameira*.

Se oyó un leve silbido apenas perceptible, y uno de los cantores hizo repentinamente un ademán como de rascarse.

La finísima flecha, lanzada con habilidad extraordinaria, se le había clavado en el dorso.

— ¡Mirad con atención! — dijo Díaz mientras introducía una segunda flecha en la cerbatana.

El cuadrumano no cantaba ya, aunque tenía la boca abierta. La abrió todavía más, como si bostezase; después, cual si hubiera recibido una descarga eléctrica, se irguió, arrolló rápidamente la cola a una rama, y cayó columpiándose cómicamente a treinta metros del suelo.

— ¡Mil demonios! — exclamó Álvaro—. ¡Ha sido una muerte fulminante!

— El *vulrari* no perdona — respondió el marinero—. Pero todavía quedan ahí arriba más monos, y tengo unas veinte flechas. ¡Despachemos antes de que vuelvan los eimuros!

Lanzó una segunda flecha, después una tercera, y sucesivamente tantas cuantos monos quedaban, sin errar una sola vez el tiro.

Dos minutos después habían callado los pobres cuadrumanos. Pendían de las ramas como frutas, sin dar la menor señal de vida.

— Y ahora, ¿qué decís de este tubo, que os parecía un sencillo bastón? — preguntó Díaz.

— Que vale más que nuestros arcabuces — contestó Álvaro, que aún no había salido de su asombro.

El hombre de fuego

—Mata sin hacer ruido—dijo el marinero—. ¡Lástima que me queden poquísimas flechas! Por más que conozco el secreto para fabricar el *vulvari*. Más adelante os proveeré también a vosotros de cerbatanas.

No es difícil destilar ese veneno, conociendo las plantas de donde se extrae.

—¿Quién os lo ha enseñado?

—Un viejo cacique de los tupinambas. Es un secreto que se transmite sólo a los *pyaies*, y que todos los demás ignoran. Ahí tenéis por qué los indios no podrían hacer nada sin mí.

—Decidme, Díaz: ¿sabrían los eimuros que erais poseedor de ese secreto?

—Quizás—respondió el marinero—. ¡Ah, ya vuelven! ¡Los oigo atravesar la selva! ¡No quisiera que nos descubriesen!

—¡Bah! ¡Ni siquiera sospechan que estamos aquí!

—¿Y los monos?—preguntó García, que sabía bastante el castellano para entender lo que decían.

—Ninguno de ellos los descubrirá pendientes de las ramas, ocultos como están por el follaje—respondió el marinero.

Los eimuros volvían a la clara. Parecían furiosos por no haber hallado trazas del *pyaie* blanco.

Los grupos fueron llegando unos tras otros y se reunieron alrededor del fuego, que aún no se había apagado.

Mugían como fieras, y mostraban su rabia empuñando las mazas y volteándolas en el aire como si se preparasen para el combate.

—Están furiosos—dijo el marinero—. ¡Buscad, buscad, que no encontraréis mis huellas!

—¿Y no se decidirán a marcharse?—preguntó Alvaro.

Emilio Salgari

—No estamos mal aquí arriba, señor. El follaje es espesísimo, y no pueden vernos.

—Con todo, preferiría que se fuesen antes de que amanezca—dijo Álvaro.

—No han de estar aquí eternamente.

Los eimuros tuvieron otro consejo; después se levantaron, y volvieron a la selva todos juntos.

El marinero esperó a que cesase todo ruido, y dijo Álvaro:

—Creo que ha llegado el momento de marcharnos: ya no volverán más por aquí.

—¿Buscarán nuestro rastro por la selva?

—Quizás; pero perderán inútilmente el tiempo, y nosotros lo aprovecharemos para dirigirnos al Oeste.

—¡Bajemos!—dijo Álvaro—. ¡Ya me canso de estar en este árbol!

—¡Esperad un instante! Pudieran volver de pronto con la idea de sorprendernos.

Permanecieron unos cuantos minutos inmóviles escuchando atentamente, hasta que, tranquilizados por el profundo silencio que reinaba en la selva, colgaron de las ramas los bejucos que habían retirado después de subir por ellos, y se deslizaron hasta el suelo.

—Se han encaminado hacia el Norte—dijo el marinero—, y nosotros nos dirigiremos al Oeste. Las aldeas de los tupinambas están hacia el Sur; pero no nos conviene tomar esa dirección: encontraríamos en nuestro camino el grueso de los eimuros o su retaguardia. ¡Vamos, señor Viana, y movamos bien las piernas, como decimos los marineros!

Pocos instantes después los dos náufragos y el castellano desaparecían en la inmensa selva.

CAPÍTULO XV.

LAS ANGUILAS TEMBLADORAS

DURANTE cinco horas largas marchó sin interrupción el pequeño grupo por aquel inmenso bosque, pasando de un matorral a otro sin detenerse más que brevísimos momentos para escuchar si eran seguidos por aquellos formidables antropófagos.

A las nueve de la mañana, rendidos y hambrientos, se detuvieron a la orilla de un río como de cuarenta metros de ancho, todo cubierto de plantas acuáticas, entre las cuales podían ocultarse anfibios y peces nada inofensivos.

—Hemos llegado a un buen sitio—dijo el marinero al mismo tiempo que descendía hacia la orilla—. Si pudiésemos encontrar un vado y nada nos impidiera el paso, ya no tendríamos que temer de parte de los eimuros que me persiguen. Esos salvajes tienen demasiado miedo al agua, y para construir un puente con troncos de árboles se necesita tiempo.

—Echémonos a nado—dijo Álvaro—. El agua no me parece profunda, y la corriente es poco rápida.

—¡Poco a poco!—respondió el marinero—. Los ríos del Brasil no son como los de vuestra tierra ni menos como los de la mía. Son quizás más peligrosos que las selvas.

—No veo ningún *jacaré*.

Emilio Salgari

—Si no hubiera que temer más que a los caimanes, no me preocuparía tanto. Esos anfibios no siempre están hambrientos, y no siempre, tampoco, atacan al hombre.

—Entonces, ¿teméis a los *caribes*?

—No; aquí no debe de haberlos. Esos pecillos prefieren las aguas claras y profundas.

—¿A qué animal teméis, pues?

—Al *sucuriú*.

—¡Eh! ¿Qué decís?

—Ese animal es la boa de los ríos, reptil de enormes dimensiones. A veces llega a doce metros..

—¡Ah! También nosotros hemos visto esas boas, y hemos matado alguna.

—Ahora, antes de arrojarnos al agua nos enteraremos de si hay aquí alguno.

—¿De qué manera?

—Mirad, y sobre todo, oíd. Es un método infalible que he sabido por los tupinambas.

Valiéndose de un bastón, Díaz atrajo hacia la orilla una hoja de *victoria* que bogaba lentamente a la deriva, y empezó a golpearla, mientras lanzaba roncós rugidos semejantes a los del jaguar cuando va a arrojar-se sobre su presa..

Pasados unos instantes salió del fondo del río un ruido sordo que poco a poco iba aumentando en intensidad.

—Es el *sucuriú* que contesta—dijo Díaz alejándose rápidamente del agua—. ¡Hubiéramos hecho un buen negocio arrojándonos a nado!

—¿Está la boa en el fondo del río?—preguntó Álvaro.

—Está oculta entre las hierbas—respondió el marinero.

—¿Siempre contestan?!

El hombre de fuego

—Las serpientes contestan todas cuando se imita bien su silbido.

—¡Es increíble!

—Cuando los indios quieren apoderarse de los reptiles que infestan sus selvas, los llaman con silbidos más o menos suaves. Yo he hecho varias veces la prueba con buen éxito.

Una noche atraje hasta la puerta de mi bañía a dos *sucuriús* que hacía algún tiempo se comían mis papagayos.

Señor Viana, remontemos el río, y busquemos algún paso menos peligroso.

—¿Y para cuándo dejamos el almuerzo? No olvidéis que llevamos cinco o seis horas caminando y que desde el medio día de ayer no hemos probado una tajada.

—Almorzaremos cuando hayamos pasado el río. En las selvas del Brasil no falta nunca caza para los hombres que llevan armas.

Remontaron el río, mirando con atención dónde ponían los pies, porque había por allí varios troncos derribados que podían servir de asilo a los peligrosísimos *jararacaes*, serpientes de color de hoja seca, que se enroscan de repente en las piernas y matan en pocos minutos al hombre más robusto.

A lo largo de la orilla había hermosísimas palmeras de ocho y diez metros de altura que tenían en el tronco gruesos granos de una materia oscura que el marinero arrancaba y guardaba en el saquito de piel que llevaba pendiente de la cintura.

—¿Qué es eso que recogéis?—le preguntó Alvaro, que no comprendía para qué podían servir aquellas bolitas.

Emilio Salgari

—Es el pan para el almuerzo—contestó el marinero sonriendo.

Las *carnahubas* son plantas preciosas, y siuviésemos tiempo, nos proporcionarían hasta galleta.

No pudiendo detenernos aquí, me conformo por ahora con la goma que exuda su tronco, y que es un excelente comestible.

—Habría pasado mil veces por el lado de estos árboles sin ocurrírseme que pudieran dar nada que se comiera.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de la planta del *sagú*?

—¿De esa que contiene dentro del tronco una excelente fécula, que sirve para hacer una especie de pan?

—Sí, señor Viana. Pues estas *carnahubas*, lo mismo que esas otras preciosas plantas de las islas del Océano Indico, contienen una harina semejante y no menos nutritiva.

—¿De modo que podría prescindirse del trigo?

—El cual, por otra parte, crecería aquí enormemente—dijo Díaz—. Pero, además de la goma y de la fécula, la *carnahuba* da otra cosa.

—¿Quizá para vestirse?

—Para alumbrarse: da velas.

—¿Habláis de veras?

—Muy de veras. Yo las he fabricado. En las hojas de la planta, previamente secas, se halla una especie de cera, que junta con un poco de grasa animal sirve para alumbrarse.

Por último, también son útiles las raíces, pues se saca de ellas una tisana que sirve muy bien para purgar la sangre. ¡Ah! Aquí tenemos un vado mejor que el otro; no tiene ni un metro de agua.

El hombre de fuego

—¿Y no habrá serpientes?

—Lo veremos.

Lo mismo que antes golpeó una hoja imitando el mugido del *sucuriú*, y no obtuvo respuesta.

—Por ahora—dijo—estamos en salvo. Los muros no se apoderarán de nosotros.

—Hablasteis antes de puentes.

—Es cierto: en ellos se atreven los salvajes a pasar ríos y hasta lagunas; pero su construcción requiere varios días, y no nos estaremos quietos esperando que los acaben.

Tanteó el fondo con la cerbatana, para cerciorarse de que no era de arena movediza, y comprobando su firmeza, se lanzó al agua, mirando con atención las plantas acuáticas que crecían a diestro y siniestro formando inmensos hierbatales.

Álvaro y el grumete le siguieron, apuntando con los arcabuces a uno y otro lado del vado para no ser sorprendidos por algún caimán.

Habían atravesado casi todo el cauce del río, y ya estaba Díaz para poner el pie en la orilla opuesta, cuando sus compañeros le vieron encogerse de pronto y caer después entre las hierbas lacustres lanzando gritos de dolor.

Un bulto oscuro y alargado pasó rápidamente delante de Álvaro, escondiéndose en el fango del fondo antes de que el portugués tuviese tiempo de disparar sobre él.

—¡Díaz!—exclamaron los dos náufragos, viendo que seguía revolcándose entre las hierbas de la orilla.

—¡Ah; no es nada! ¡Una descarga, una anguila tembladora que ha disparado contra mí, produciéndome una conmoción semejante a la de una descarga eléctrica! ¡No creía que hubiera aquí ninguna!

Emilio Salgari

—¿No son, pues, sólo los caribes los que hacen peligrosos estos ríos?

—No, señor Viana—dijo Díaz esforzándose en sonreír—. Hay también ciertas anguilas, llamadas por los indios *tembladoras* (1), que lanzan descargas eléctricas como los peces torpedos de nuestros mares de Europa. Por fortuna, había una sola.

—¿Pueden causar la muerte?

—No; pero pueden hacer mucho daño. ¡Bah; ya se me ha pasado el dolor, y mis piernas van poco a poco recobrando su fuerza!

—He estado muy inquieto por vos... y también un poco por el almuerzo.

—¡Ah; lo había olvidado! Pero ¡qué buena suerte! ¡No tenemos más que bajarnos para recogerlo!

Ahí hay una clara que debe de haber estado cultivada en algún tiempo.

Álvaro miró alrededor suyo. Detrás de la primera hilera de palmas gomíferas se extendía un pequeño espacio limpio en que crecían ciertas plantas formadas por vástagos aislados de diez o doce metros de alto, terminadas por su extremo superior en unas pocas hojas palmeadas; pero del almuerzo prometido no se veían señales.

—Ven acá, García—dijo Álvaro—. Tú que tienes buena vista, hazme el favor de darme el almuerzo, que yo no acierto a descubrir. Y, sin embargo, no me he vuelto ciego, a lo que creo.

—¡Si no me dais unos anteojos, yo no lo veo tampoco, señor Álvaro!—respondió el grumete.

—Toma la cuchilla y cava la tierra alrededor de uno de esos tallos—dijo el marinero a García.

(1) Los gymnotos.

El hombre de fuego

— ¡Ah! ¿Está debajo de tierra? ¡Sin duda, encontraremos caracoles!

— Algo mejor que caracoles—dijo Díaz—; haz la prueba.

Obedeció el grumete. Lavantó la tierra, y pocos centímetros bajo la superficie encontró cinco tubérculos de forma irregular y como de cincuenta centímetros de largo.

— ¿Qué es esto?—preguntó el muchacho.

— Una exquisita fruta de la tierra que te gustará mucho—contestó el marinero.

— Entonces, probémosla.

García se disponía ya a hincar el diente a uno de aquellos tubérculos, que previamente había limpiado con el filo de su cuchillo de la tierra que lo cubría, cuando un ademán imperioso del marinero le contuvo.

— ¡Alto allá, imprudente!—exclamó el castellano—. ¿Quieres morir?

Los dos portugueses le miraron, creyendo que había perdido el juicio. Alababa la bondad de aquellos tubérculos, y después no les dejaba comerlos amenazándolos con una muerte inmediata.

— Es *mandioca*—dijo Díaz.

— ¡Estamos como antes!—dijo Álvaro—. ¡*Mandioca*! ¿Qué es eso?

— ¡Tonto de mí!—exclamó el marinero—. ¡Olvidaba que en Europa no se conoce ese precioso tubérculo! Ahora os enseñaré la manera de comerlo sin peligro; porque esta fruta de la tierra contiene un jugo extremadamente peligroso. Tú, García, saca otras cuantas mientras yo trabajo. Voy a haceros unas galletas que nada perderán comparadas con las del Gran Turco. Ya que por ahora nada tenemos que

Emilio Salgari

temer de los eimuros, haremos una pequeña provisión de ellas.

—Estoy impaciente por probar vuestras galletas—dijo Álvaro—. Hace ya muchos días que hemos olvidado a qué sabe el buen pan.

—Dispongo de escasos medios; pero nos bastarán—dijo el marinero—. Cuando nos hayamos reunido con los tupinambas os enseñaré la fabricación de las galletas en gran escala.

Sacó de su bolsa de viaje una espina de pescado dentada que hasta cierto punto se parecía a un rayo; después, una torta de barro cocido muy lustrosa y una especie de bolsa formada por un tejido hecho con venas de ciertas hojas.

—Señor Alvaro, encended entretanto el fuego. Colocaos detrás de aquel tronco, y así no se os descubriá desde la otra orilla.

Puso en el suelo una gran hoja de plátano, y sobre ella fue rayando uno por uno todos los tubérculos, sirviéndose para el caso de la espina de pescado de que antes hicimos mención. Así obtuvo una pasta blanda empapada en un líquido lechoso.

—En este jugo está el veneno—dijo señalando a la papilla extendida sobre la hoja de plátano—. Es mortal; pero también sirve de antídoto contra la mordedura de ciertos reptiles, y pule muy bien el hierro. Es necesario, pues, eliminarlo.

Tomó la bolsa, de venas de hojas entretejidas a que atrás nos referimos, llamada *tupi* por los salvajes de Brasil, la llenó de aquella pasta farinácea, y la retorció con fuerza entre las manos hasta exprimir todo el jugo que contenía; y hecho esto, extrajo del *tupi* la materia exprimida y formó una hermosa hogaza, que coció al fuego sobre la torta de barro cocido.

El hombre de fuego

—Ya está hecha—dijo.

Cuando vió que la hogaza tomaba un hermoso color dorado la separó del fuego, y se la ofreció a sus dos compañeros, diciéndoles:

—Podéis comerla sin miedo; el poco veneno que pudiera quedarle se ha ido con el calor.

—¡Exquisita!—exclamó Álvaro con la boca llena.

—¡Cien mil veces mejor que las galletas de mar!—exclamó el grumete, que comía a dos carrillos—. ¡Esto sí que es una torta! ¡Lástima que no tengamos vino de Oporto o de Málaga para acompañarla!

—Si tuviéramos tiempo y una vasija a mano, os proporcionaría, si no rosolí, por lo menos un licor fuerte y exquisito—dijo el marinero—. Sé hacer *taroba* sin necesidad de recurrir a dientes de viejas.

—¿*Taroba*?—exclamó Álvaro.

—Extraído de estos tubérculos, señor. Por desgracia, no tengo vasija.

—¿Y a qué esos dientes de viejas?

Iba a contestar Díaz, cuando sintió un ruido que procedía del lado del río.

—¿Los eimuros?—preguntaron a una los dos portugueses disponiéndose a apagar el fuego.

—No—dijo el marinero—; he sentido un gruñido y algo que golpeaba en el agua.

—¿Será un caimán?—preguntó Álvaro.

El marinero hizo con la cabeza un signo negativo, y en seguida dijo muy quedo:

—¡Seguidme sin hacer ruido! ¡Quizás sea el acompañamiento para nuestras galletas!

Escondieronse en el matorral que hallaron más cerca junto al río para no ser vistos, y se inclinaron sobre el agua separando las hierbas.

Emilio Salgari

A treinta o cuarenta pasos de allí un animal parecido a un pequeño jabalí, y que pesaría cerca de cinco arrobas, andaba por el río gruñendo y buscando raíces de plantas acuáticas.

— ¡Un *carpincho*! (1)—exclamó el marinero haciendo un gesto.

— ¡Disparadle una flecha!—dijo Álvaro.

— ¡No vale la pena! La carne de estos roedores es tan detestable, que no sólo los indios, sino hasta los jaguares, la desdeñan. ¡Buena compañía para las tortas!

Algo más lejos otro animal de figura extrañísima salía a la orilla después de haber atravesado el río sobre un grueso tronco de árbol arrastrado por la corriente, y que por una rara casualidad se había atravesado en el cauce, apoyando a un tiempo sus extremos en ambas orillas.

No se parecía en nada al primero.

Era un animal de figura muy rara, como hemos dicho; del tamaño de un perro de Terranova, pero de patas mucho más cortas y cuerpo más largo, que remataba en una cola hermosísima, en extremo peluda, como de un metro de largo, y que el animal llevaba levantada.

También tenía el cuerpo cubierto de pelos largos y sedosos, de color pardusco, y estaba adornado de una larga raya negra de bordes blancos que corría sobre la espina dorsal en toda su longitud.

Pero lo más curioso de aquel animal era la cabeza, de forma sutil acabada en punta, y, cosa rara, desprovista de boca. Verdaderamente no le faltaba la boca, porque en el lugar de ella tenía un pequeño agujero del cual pendía una

(1) El mayor de los roedores conocidos.

El hombre de fuego

lengua larguísima terminada en una aguda saeta, y que parecía formada por una materia extremadamente viscosa.

— ¡Qué bicho más raro! — exclamó Alvaro a media voz—. Un animal que no tienen boca, no debe de tener tampoco dientes. ¿Cómo comerá ese desgraciado?

— Sin embargo, como veis, está bien gordo — contestó Díaz.

— ¿Qué animal es ése?

— Un *tamandúa* (1).

— ¿Y se come?

— Lo probaréis, y me daréis después vuestra opinión. Es un bocado de rey, señor Viana, por más que tenga el sabor un poquito ácido, a causa de las sustancias de que se alimenta.

— ¿Y qué come? No sería capaz de adivinarlo, porque no entiendo qué puede comer un animal sin boca.

— No la necesita: le basta con la lengua.

— ¿Se mantendrá lamiendo las plantas? — preguntó García.

— Come tanto como nosotros. Pronto lo veréis.

— ¿No le tiráis? — preguntó Alvaro.

— No, porque va a proporcionarnos una fritura soberbia.

— ¿Cómo?

— Sí, de hormigas.

— ¡Puah!

— ¡Poco a poco, señor Viana! Veremos si hacéis ascos al plato que voy a presentaros de hormigas térmitas fritas en grasa de *tamandúa*. ¡Os chuparéis los dedos! Ahora, silencio y sigámosle.

(1) Oso hermiguero.

CAPÍTULO XVI

UNA SORPRESA DE LOS SALVAJES

EL *tamandúa* seguía entregado a la tarea de subir a la orilla, sin apresurarse; y como en aquel sitio era muy escarpada, ayudábase el animal con las patas posteriores, bastante más robustas que las anteriores y armadas además de uñas larguísimas y duras como el acero.

Era facilísimo seguirle, porque el *tamandúa* se mueve muy despacio, y le son desconocidas la carrera y la marcha rápida.

Después de observar la dirección que tomaba el animal, el marinero de Solís condujo a sus compañeros a través de un matorral, y llegó con ellos a la orilla en el momento en que el *tamandúa* iba a internarse en la selva.

—Decidme, Díaz—dijo Álvaro deteniéndole—: ¿son peligrosos esos animales? El que tenemos delante no tiene boca, es verdad; pero sí unas uñas muy bastantes para despanzurrar a cualquiera.

—Sí se los ataca, se defienden valerosamente, y no es raro que puedan hasta con los jaguares, que son sus peores enemigos, poniéndolos fuera de combate, o a lo menos, obligándolos a retirarse.

Contra un hombre, aunque sólo vaya armado de una maza, nada pueden. Podéis, pues, echaros vuestro arcabuz al hombro, porque no lo necesitaréis para nada.

El hombre de fuego

—¿Y a dónde se dirigía ese bicho?

—En busca de un hormiguero. No tendrá que andar mucho, porque las térmitas abundan en las selvas del Brasil.

¡Ah, mirad! ¡El *tamandúa* afloja el paso y ventea el aire! ¡Es que huele el hormiguero!

—¿Y le dejaremos que trabaje libremente?

—Esperaremos a que destruya la ciudadela de las térmitas. Oye, García: ¿quieres volver entretanto a nuestro campamento a prepararnos pan? Ya has visto cómo se hace. De paso puedes vigilar el río.

—Iré al momento. Aquí no hago falta—contestó el muchacho.

Mientras el grumete se alejaba, el *tamandúa* seguía avanzando con ciertas precauciones hacia un grupo de árboles bajo los cuales había varios montículos de tierra blanquecina de forma cónica, de poco más de un metro de altura y situados unos al lado de otros a modo de casas.

—¡El hormiguero!—exclamó Díaz, qué fue el primero en descubrirle.

—¡Ah! ¿Ahí dentro están las hormigas?—preguntó Álvaro—. ¡No le costará mucho trabajo a nuestro animal demolerlo!

—Esos montículos son duros como piedras—respondió el castellano—. Sin un buen pico, no es fácil destruirlos.

—¡Parece imposible que las hormigas puedan levantar semejantes ciudadelas!

—Hormigas grandes, y de la especie más terrible. Los habitantes de esos hormigueros deben de ser *tanajuras*; estoy seguro.

—¿Son muy grandes?

—Tienen una pulgada y cuatro de largo.

—¡Casi cuatro centímetros! Son muy diferentes de nuestras hormigas de Europa.

¡Y cómo pinchan, o mejor dicho, cómo muerden, y cuán voraces son de carne humana! El hombre a quien sorprenden dormido, no se despierta. Miles de mandíbulas le atacan por todas partes, y en diez minutos queda reducido a un esqueleto.

—¡Malvadas hormigas!

—¡Hormigas carniceras a las que casi podríamos llamar antropófagas, señor!

—¡Estamos en la tierra de ellos!—dijo Álvaro—. Ved al *tamandúa* atacando a la ciudadela.

El animal se había puesto de pie sobre las patas traseras y había comenzado a desbaratar el primer montículo.

Con sus uñas, más afiladas que las de los jaguares arrancaba pedazos de tierra gruesos como guijarros.

En poco tiempo había abierto en el montículo formado por las hormigas un agujero de figura casi circular.

Ya algunos hormigones, alarmados por aquel ruido sospechoso, comenzaban a salir, cuando el *tamandúa* interrumpió bruscamente su trabajo, y mirando en torno suyo, se cubrió con su magnífica cola a guisa de escudo.

—¡Se ha percatado de nuestra presencia!—murmuró Díaz al oído de Álvaro.

—¡Entonces, apresurémonos a cazarlo antes de que se nos vaya!—respondióle el portugués.

—Habéis visto que no es rápido en sus movimientos, y siempre podremos alcanzarle. Además no quiero renunciar a mi fritura, que es un plato exquisito; os lo aseguro. Esperemos, pues, un poco.

El hombre de fuego

El *tamandúa* estuvo un rato escuchando y manifestando su inquietud con los incesantes movimientos de su magnífica cola; pero no viendo ningún enemigo, y creyendo haberse engañado, reanudó su trabajo de demolición, agrandando el agujero que ya había abierto.

Las térmitas, furiosas al verse molestadas, se presentaron amenazadoras en el agujero que el *tamandúa* había abierto, moviendo rápidamente sus tenazas y dispuestas a morder.

El *tamandúa*, nada miedoso, alargaba con rapidez su lengua viscosa y absorbía tranquilamente a sus enemigos, que desaparecían con rapidez por el extraño tubo que le servía de boca.

Aunque el animal procediese con velocidad sorprendente, no conseguía contener a la falange de combatientes que acudía a la defensa de la ciudela.

Muchas *tanajuras* lograron huir, dispersándose por la selva.

— ¡Este es el momento oportuno! — dijo el marinero.

Embocó la cerbatana, en la cual había introducido una flecha envenenada con el *vulvari*, apuntó un instante y después sopló con fuerza.

El sutilísimo proyectil atravesó el aire sin hacer ruido, y fue a clavarse en una de las patas del *tamandúa*, tan suavemente, que el glotón, completamente absorto en su tarea de tragar hormigas, ni siquiera se dio cuenta del golpe.

Pero no habían pasado cinco segundos, cuando alzó bruscamente la cabeza, sacudió un temblor todo su cuerpo, barrió dos o tres veces el suelo con la cola, y cayó como herido por el rayo entre la muchedumbre de térmitas que le rodeaban: tan rápido es el efecto de aquel poderoso veneno.

Emilio Salgari

—¡Encargaos del tamandúa y huid con él a escape, si no queréis probar los mordiscos de las hormigas!—dijo el marinero.

Dio un rápido salto adelante llevando en una mano un pedazo de hoja seca de palma que podía servir de espátula, y se puso en medio de las térmitas.

Con pocos golpes recogió unas cuantas docenas de ellas, que echó en el saco, y en seguida se alejó a todo escape seguido por Alvaro, que llevaba auestas el *tamandúa*.

—¡Al campamento y pronto!—exclamó el marinero—. ¡Las *tanajuras* pudieran tomarla con nosotros y seguirnos!

Emprendieron una carrera desenfrenada a través de la selva, y un cuarto de hora después llegaban al campamento.

—¿Y las galletas?—preguntó Alvaro el ver al grumete muy ocupado delante de la hoguera.

—¡Van, señor, a las mil maravillas! ¡Soy un panadero de primera fuerza; os lo aseguro! He hecho ya más de quince galletas exquisitas.

—¿Y los eimuros?—preguntó Díaz.

—Nadie se ha presentado en la orilla del río.

—Entonces preparémonos al amuerzo.

—¡Ah! ¿Y la vasija? Me había olvidado de que se nos rompió la que teníamos. ¡Bah! ¡Qué hacerle!... ¡La sustuiremos por alguna otracosa!

—Señor Viana, desollad el *tamandúa* mientras voy en busca de una. ¡Mataré dos pájaros de una pedrada!

—¡Qué hombre tal hábil!—exclamó Alvaro al verle dirigirse al río—. ¡Ha aprovechado bien su estancia entre los salvajes! ¡Los salvajes! ¡Sabén más que nosotros, y podemos llamarlos maestros de los europeos!

El hombre de fuego

Había acabado de desollar al *tamandúa*, cuyo cuerpo estaba cubierto por una capa de grasa como un lechón o un oseño bien cebado, cuando vió al marinero que volvía cargado con una tortuga que tendría como medio metro de largo, con la concha de color pardusco cubierta de manchas rosadas e irregulares y formada de trece láminas superpuestas.

—Pero, ¿no acabaréis nunca de proveer nuestra depensa?—le dijo Álvaro.

—Habría perdonado a esa tortuga si hubiera tenido vasija que nos sirviese para la fritura—respondió el marinero—. Ya le había echado el ojo cuando estuvimos a la orilla del río acechando al *tamandúa*.

—¿Y cómo podrá servirnos de vasija?

—La concha sustituirá a la que nos falta. ¡A trabajar, cocineros! ¡Ni los emperadores romanos se regalaron como vamos a regalarnos nosotros! ¡Muy pronto vais a verlo!

Mientras García seguía cocinando galletas de mandioca y Álvaro se ocupaba en asar una pierna del *tamandúa*, que poco a poco iba tomando color dorado, el marinero había conseguido matar a la tortuga, dándole varios golpes formidables.

Echó a un lado la carne del pobre crustáceo, que más tarde había de servirles para hacer otro asado sabrosísimo, limpió perfectamente la mitad superior de la concha, y la puso sobre las brasas, echando dentro de ella gruesos trozos de la grasa del *tamandúa* para que se derritiesen.

Durante algún tiempo esa concha resiste perfectamente las llamas sin quemarse.

El marinero, cuando vió que el asado estaba casi hecho y la grasa bien liquidada, dijo:

Emilio Salgari

—Preparemos la fritura, que será el primer plato. El *tamandúa* vendrá después.

Abrió el saco, y lo vació en la concha. Las pobres térmitas, que eran unas hermosas hormigas de más de una pulgada de largo, cayeron en la grasa hirviente, revolcándose desesperadamente durante algunos instantes.

Esparcióse por el aire un olor muy agradable, como el del pescado frito.

Cuando creyó el marinero que habían hervido bastante, fue vaciándolas con una espátula de madera que había hecho para el caso, y poniéndolas en una hermosa hoja de palma.

—¡Aquí tenemos la fritura!— exclamó alegremente—. ¡Servíos, señores!

Habíanse sentado los tres alrededor de la hoja; pero García y Álvaro vacilaban.

Aquella fritura de hormigas no les despertaba el apetito.

—¡Probadla, señor Viana!—dijo el marinero.

Álvaro se decidió al fin, estimulado por el buen olor que el plato despedía.

—¡Exquisitas!—exclamó, después de comer algunas—. ¡Son más delicadas y sabrosas que los cangrejos de mar! (1). ¡Come, García, y aprende a estimar la cocina de los salvajes brasileños!

En pocos minutos desapareció la fritura.

—¡Venga el asado!—iba a decir el marinero; pero la última palabra de esa frase sólo pudo pronunciarla a medias.

(1) En el Brasil sigue hoy haciéndose gran consumo de esas hormigas, que hasta a los europeos les parecen exquisitas y superiores a los cangrejos.

El hombre de fuego

Una flecha había cruzado silenciosamente la pequeña clara, yendo a clavarse en un árbol próximo adonde Alvaro estaba.

— ¡Diablos! — exclamó el marinero, levantándose precipitadamente—. ¡Los eimuros! ¡Corramos!

Habíanse presentado de pronto en la orilla opuesta del río unos cuantos salvajes, en quienes al momento reconoció el marinero a sus encarnizados perseguidores.

Aquellos bribones, que por lo visto habían conseguido dar con la pista de los fugitivos, se disponían a asaetearlos desde la otra orilla.

Álvaro, que no quería abandonarlo todo, echó mano al asado y corrió tras el marinero, que parecía tener alas en las piernas, según el paso que llevaba. Poco detrás de ellos iba García, que se había apoderado de la carne de la tortuga.

Por fortuna para los náufragos, los eimuros no podían seguirlos.

Aquel río, por más que fuera vadeable, era para ellos un obstáculo enorme y no era fácil construir un puente en pocos minutos, especialmente para hombres que no tenían más que hachas imperfectas hechas con gruesas conchas o con pedernal.

— ¡No corráis tanto! — dijo Alvaro al marinero, viendo que los eimuros no se atrevían a pasar el río—. ¿Queréis matarme con esta carrera? Contad, además, con que, gracias a Dios, no estamos desarmados ni nos faltan municiones.

— ¡No nos detengamos, señor! — respondió Díaz—. Aprovechemos el tiempo que nos dejan para interponer entre ellos y nosotros el mayor espacio posible. Corren como ciervos, y cuando

Emilio Salgari

hayan construído un puente nos seguirán sin darnos un momento de tregua.

—El puente no lo han construído todavía.

—Pero lo construirán, sin duda. Se han propuesto alcanzarme, y os aseguro que no me dejarán. ¡Corramos, pues, mientras tengamos fuerzas!

—¡Bandidos!—exclamó Álvaro, que estaba de muy mal humor—. ¡Podían siquiera haber esperado a que acabáramos de almorzar!

Emprendieron de nuevo la carrera, internándose más y más en la interminable selva, que iba haciéndose cada vez más fragosa y salvaje, y no pararon hasta que se sintieron impotentes para dar un paso más.

Los tres estaban rendidos, especialmente el grumete.

—Descansemos un poco, y pensemos en lo que hay que hacer—dijo Álvaro—. Hemos andado media docena de millas, y probablemente los eimuros no habrán logrado todavía construir el puente y pasar el río. ¡No deben de ser muy hábiles esos brutos en tales construcciones! ¿Qué decís de esto, Díaz?

—Que por el momento estamos seguros.

—El río es ancho, y un árbol de cuarenta o cincuenta metros no se derriba fácilmente con hachas de piedra o de concha; pero de seguro mañana estarán ya aquí, o quizás esta noche.

—¿Estamos lejos todavía de las aldeas de los tupinambas?

—A seis o siete jornadas; porque tenemos que dar un largo rodeo para evitar el encuentro con el grueso de los eimuros.

—¡Diablo!—exclamó Álvaro—. ¡Siete días de continua fuga! ¿Podremos resistirlos?

El hombre de fuego

—Tendremos que resistirlos por fuerza, si no queremos ser devorados—dijo el marinero.

—¿No podríamos encontrar algún otro refugio?

—¿Un refugio? ¡Hum! ¡Un poco difícil será! Y, además, ¿estaríamos seguros? Estos malditos salvajes, cuando siguen una pista, no la dejan. Son más hábiles que los perros. Necesitaríamos encontrar otro río, o mejor, una laguna o una sabana sumergida. Yo no conozco el país que estamos recorriendo o, mejor dicho, la selva; pero bien puede ser que de un momento a otro encontremos agua. ¡Señor Viana, emprendamos de nuevo la marcha!

—¡Mil bombas! ¿Todavía?

—Llevó once días corriendo apenas sin descanso y siempre perseguido. Si mis piernas no hubieran resistido, a estas horas sería *pyaie* de los eimuros, o estaría ya digerido, después de más o menos tostado en la parrilla!

—¡Me hacéis estremecer!—exclamó Alvaro.

—¡Así tendrás fuerza para huir!—le contestó el marinero, sonriendo.

—A lo menos, probemos nuestro asado, y me quitaré de encima un peso inútil.

—¿Y mi tortuga?—preguntó el grumete.

—Nos servirá para mañana—contestó Díaz—. Ya no tendremos tiempo para cazar.

—¡Pues démonos prisa! La fritura de hormigas no es plato fuerte para hombres que tanto tienen que trabajar con las piernas.

Hambrientos como estaban por haberse visto obligados a interrumpir el almuerzo, no tardaron mucho en dar cuenta del asado y de las tres o cuatro galletas que habían podido llevarse.

Emilio Salgari

Reconfortados por aquella sustanciosa y abundante, ya que no variada, comida, volvieron a emprender la marcha aguijoneados por el temor de ser seguidos por los eimuros, si habían logrado pasar el río.

La selva seguía siendo espesísima, formada por poca variedad de árboles, y éstos desprovistos en su mayor parte de frutas.

Agrupábanse en gruesos cuadros constituídos por *insonandras*, árboles de que se extrae hoy la gutapercha; por *bombonax*, con cuyas hojas se fabrican magníficos sombreros de paja que tienen poco que envidiar a los de Panamá; de *laranjus*, cuyas flores perfuman el aire, y *per-seas*, árboles hermosísimos, de la talla de nuestros perales, que producen frutas del tamaño de limones, llenos de una pulpa verdosa que rodea al hueso y de sabor desagradable, parecida a la manteca, y que algunos comen condimentada con sal, azúcar y vino de Jerez.

Había pocos pájaros en aquel bosque, que la espesura hacía muy húmedo y tenebroso; *tanagros* de plumas azules y vientre anaranjado, unos pocos *cardenales* de cabeza roja, y algún que otro papagayo de gran tamaño, que con toda la fuerza de su gáznate emitía sus molestos chillidos.

El marinero, que sabía orientarse sin necesidad de brújula, y que tenía piernas robustas, marchaba velozmente, sin desviarse nunca de su rumbo, sin titubear, poniendo a prueba las fuerzas de sus compañeros.

— ¡Avancemos constantemente y sin detenernos, si queremos librarnos de los eimuros! — decía a cada momento—. ¡De esta manera he conseguido hasta ahora salvarme de sus garras!

El hombre de fuego

— ¡Nosotros no tenemos jarretes de acero! — le contestaba Alvaro—. ¡No hemos vivido quince años, como vos, entre los salvajes!

— ¡No hay más remedio! — les decía el marinero—. ¡El que se quede rezagado, dése por muerto!

Hostigados por el miedo, seguían marchando por la inmensa selva, saliendo de un matorral y entrando en otro; con frecuencia, arrastrándose como reptiles cuando no lograban encontrar paso a través de aquel inmenso laberinto de árboles, arbustos, matorrales y bejucos.

Por la tarde, rendidos y hambrientos, se detuvieron en la orilla de un torrente.

— ¡Basta! — dijo el marinero—. Hemos caminado como salvajes brasileños. ¡Descansemos aquí! También los eimuros duermen; de modo que nosotros podemos hacer lo mismo.

Comieron algunos plántanos por vía de cena, y después se echaron en el suelo bajo un árbol inmenso que extendía sus ramas en todas direcciones.

— Dormid vosotros — dijo el marinero, que era el que estaba menos cansado—. Yo haré el primer cuarto de guardia.

CAPÍTULO XVII

LA SABANA SUMERGIDA

FUÉ una noche angustiosa para todos. La idea de que estaban cerca aquellos ferocísimos salvajes y de que podrían sorprenderlos y devorarlos en el momento menos pensado, no les dejaba conciliar el sueño.

Sus temores no se realizaron, y la noche pasó tranquilamente y sin alarmas. Alegráronse, sin embargo, con la salida de sol, que, por lo menos, les permitía ver a sus enemigos y no ser sorprendidos por ellos.

—Prefiero caminar, aun sin haber descansado lo necesario—dijo Álvaro—. ¡Esos endiablados salvajes me han infundido un miedo que no puedo desechar!

—¡Pues en marcha, señores!—dijo el marinero, que parecía haber perdido su buen humor habitual—. ¡Dejaremos para más tarde proporcionarnos almuerzo!

—Todavía tengo la tortuga—dijo el grumete.

—Que nada nos servirá; a menos que te decidas a comértela cruda, porque no tendremos tiempo para encender fuego.

Los salvajes ventean el humo a distancias increíbles, y el fuego nos delataría.

—¡En mal negocio estamos metidos!—dijo Álvaro—. ¿Tendremos que correr como caballos, y alimentarnos sólo con frutas? ¡No podremos

El hombre de fuego

resistir mucho tiempo esa vida, mi querido marinero!

—Puede ser que encontremos algo mejor que frutas—dijo Díaz—. Las selvas brasileñas ofrecen recursos sorprendentes. ¡Ea; animémonos y echemos a andar!

—¿Estarán ya cerca esos malditos antropófagos?

—Seguramente, sobre nuestra pista.

—¿Cuándo encontraremos otro río que nos permita hacer un buen descanso?

—No lo sé—respondió el marinero—. No conozco esta selva. Sin embargo, los ríos no escasean en el Brasil; de modo que es fácil que de un momento a otro encontremos alguno.

Volvieron a emprender la marcha; al principio, con alguna lentitud; pero después, en juego ya las piernas, más a prisa, por más que con frecuencia se vieran obligados a detenerse ante monstruosos bosques de *cipos chumbos*, planta convulvulácea de color amarillo, semejante a los bejucos, que forma redes completamente impenetrables.

Como los árboles eran allí altísimos, bandadas de innumerables pájaros salían huyendo por todas partes al acercarse nuestros fugitivos, haciendo un alboroto espantoso.

Tucanes de enorme pico rojo y amarillo y plumas escarlata, grandes *araes*, pequeños *maítacos* de cabeza azul turquí, *azuleas* y *japas* que armaban endemoniado y desagradabilísimo griterío, se levantaban de los matorrales y aturdíán la selva, con sus chillidos.

A veces saltaban de debajo de las *sipos* millares de esos asquerosos escarabajos de color pardo que son la desesperación de los pobres

Emilio Salgari

indios, porque cuando llegan a introducirse en alguna cabaña, en una sola noche devoran provisiones, ropas, pieles, hamacas y cuanto encuentran.

La selva se había vuelto muy húmeda. El suelo se hundía bajo los pies de los fugitivos, los cuales dejaban marcadas sus huellas, que los eimuros podían seguir fácilmente, y todas las plantas destilaban agua. La marcha, ya muy fatigosa, iba haciéndose cada vez más difícil, poniendo a prueba la resistencia de Álvaro y del grumete, que a duras penas podían seguir al marinero, quien, acostumbrado a las largas y rapidísimas marchas de los indios, parecía infatigable.

Hacia las diez, comprendiendo Díaz el lamentable estado de sus compañeros, se decidió a concederles un rato de descanso. No podía abusar de sus fuerzas, ya casi agotadas. Además, el hambre tenía que molestarles después de la escasísima cena de la noche anterior.

—Dentengámonos aquí, y busquemos algo que comer—dijo.

—¡Ya era tiempo!—respondió Álvaro—. ¡Si seguimos andando un poco más, me hubiera caído al suelo! Además, con el estómago vacío no pueden hacerse milagros. ¡Si tuviéramos siquiera nuestras galletas!

—¡Ya las han digerido los eimuros; no penséis más en ellas! Cuando lleguemos a las aldeas de los tupinambas, si alguna vez llegamos, volveréis a comerlas.

—¿Dudáis, pues, que logremos escapar de la persecución de los eimuros?—preguntó Álvaro con inquietud.

—Sí, lo dudo; a menos que encontremos al-

El hombre de fuego

gún refugio inaccesible o algún otro río que nos permita ganar gran ventaja sobre ellos. Ya os lo he dicho: esos salvajes corren con mucha velocidad, y no es posible que compitéis con ellos. Sin embargo, no hay que perder la esperanza, porque lleváis arcabuces, y las armas de fuego producen siempre mucha impresión en los indios. ¡Ah! ¡Nos olvidábamos del almuerzo!

Alzó la cabeza para mirar a un árbol de treinta y cinco o cuarenta metros de alto y cuyo tronco tenía la corteza cubierta de excrecencias espinosas.

Era una *paiva*, o árbol cotonífero de dimensiones enormes.

No eran las frutas de figura de huso de aquel árbol, las cuales no son comestibles, las que le llamaban la atención, sino una especie de plataforma de tres o cuatro metros de largo y casi otros tantos de ancho, construída en dos sólidas ramas, y sobre la cual revoloteaban charlando al mismo tiempo multitud de pájaros, tamaños, a lo sumo, como gorriones.

—Ahí tenemos con qué hacer una magnífica fritura si el miedo de encender fuego no nos obligase a renunciar a ella. Nos contentaremos con sorbernos los huevos, si no están demasiado pasados.

—¿Qué hay en esa plataforma? —preguntó Alvaro.

—Un nido de tordos tejedores—contestó el marinero—. Son pájaros muy singulares, a los cuales, lo mismo que a los gorriones republicanos, les gusta vivir en sociedad. Allá arriba podemos recoger unos cuantos cientos de huevos.

—¿Es sólido ese nido?

Emilio Salgari

—Puede sostener hasta a un hombre. Esos pájaros son muy buenos constructores. Dime, García: ¿serías capaz de trepar a esa *paiva*? Las excrecencias del tronco pueden servir muy bien de apoyo, siempre que tengas cuidado con las espinas.

—¡Al momento, marinero!—contestó el grumete—. ¡Es cosa fácil!

—¡Poco a poco, querido! ¡No tanta prisa, y ten cuidado cuando estés allá arriba!

—¿Acaso me picarán los ojos esos pájaros?

—No; quienes te picarán, y atrocemente, son las avispas.

Los tordos tejedores fabrican sus nidos en los árboles donde las avispas establecen sus colonias, para que los defiendan de los glotones que quieren apoderarse de sus huevos.

—¿Tienen concertada alguna alianza?—pregunto Álvaro.

—Sí; ofensiva y defensiva—contestó el marinero—. Cuando las ratas palmistas u otras tratan de asaltar el nido de los tordos para apoderarse de los huevos, las avispas acuden a la defensa de sus aliados; y al revés: los tordos defienden a las avispas de los pájaros que tratan de comérselas.

—¡Qué raros!

—Ya lo sabes, García; ten cuidado, como te he dicho, con las avispas. En cuanto te llenes los bolsillos de huevos apresúrate a bajar.

El grumete, que sabía bien su oficio, tardó poco en trepar hasta el nido.

Al ver a aquel intruso, y sospechando quizá sus intenciones, los tordos comenzaron a gritar para llamar la atención de sus aliadas, y al mismo tiempo se arrojaron sobre el grumete, tratando de picarle. García, que sólo oía los gri-

El hombre de fuego

tos de su estómago, hizo un último esfuerzo y se puso sobre la plataforma, llena de agujeros, en cada uno de los cuales había un huevo.

Se llenó de ellos los bolsillos tan a prisa como pudo. De unas cuantas guantadas puso en fuga a la parlera bandada de tordos, y bajó deslizándose por las ramas.

Al oír los gritos de sus aliados, las avispas se reunieron en gran número para acudir en su ayuda; pero ya era tarde.

El grumete se había arrojado a la hierba, y tuvo la suerte de caer en pie.

Llevaba más de seis docenas de huevos en los bolsillos.

El marinero tomó uno, y lo examinó a través de un rayo de sol.

—Están frescos—dijo—. ¡García ha tenido buena mano para elegirlos!

Apresuráronse a sorberlos. Verdaderamente, no era un almuerzo muy abundante, porque los huevos eran pequeñísimos; pero tuvieron que contentarse con él. Calmaron la sed bebiendo agua en una charca que había allí cerca, y volvieron a emprender su interminable marcha, dirigiéndose constantemente hacia el Oeste.

De cuando en cuando hacían una cortísima parada para coger algunas frutas o descansar un momento, y en seguida proseguían su desenfrenada carrera, animados por la esperanza de encontrar algún otro río. Por otra parte, todo indicaba la proximidad de alguna corriente de agua o de alguna sabana sumergida; la humedad cada vez mayor del suelo y la presencia de algunas aves zancudas; de los *gallinagos*, parecidos a nuestras becasinas; de las *pisocas*,

Emilio Salgari

de patas larguísimas, y de las gallinetas acuáticas, de plumas azules y reflejos dorados.

También las plantas cambiaban poco a poco. Los grandes árboles iban desapareciendo, sustituidos por las *cuieras*, plantas que ocupan espacios inmensos, y por las *iriartreas panzudas*, plantas extrañas rodeadas de muchísimas raíces que salen varios metros del suelo.

Ya se acercaba la puesta del sol, cuando por entre los troncos de los árboles y los matorrales descubrieron una superficie brillante.

—¡Una sabana sumergida!—exclamó alegremente el marinero—. ¡Es una verdadera fortuna, señor Viana, porque ahora podremos descansar, y hasta cazar!

Apretaron el paso, y al poco tiempo llegaban a la orilla de una vasta laguna de aguas oscuras, toda llena de plantas lacustres y pequeños islotes, que debían de ser bancos, cenagosos cubiertos de espesos hierbatales.

A muy larga distancia la selva se extendía por la orilla opuesta.

—¿Qué pensáis hacer ahora?—preguntó Alvaro al marinero, el cual observaba atentamente los islotes que sobresalían de la superficie del agua.

—Refugiarnos en una de esas islas y esperar a que se hayan alejado los eimuros—contestó Díaz.

—¿Y cómo vamos a pasar? No veo ninguna barca.

—Una almadía se construye en poco tiempo. No es eso lo que me preocupa, sino que desconfío de la solidez de esos islotes. Temo que no tengan consistencia, y quisiera cerciorarme. Por lo pronto, construyamos una pequeña almadía capaz de sostenerme, y dejadme que vaya a

El hombre de fuego

explorar esa laguna. El sol está poniéndose los eimuros se habrán detenido y no podrán llegar aquí hasta mañana.

—¿Teméis que no haya ni un palmo de tierra firme?—preguntó Álvaro.

—Es un poco difícil descubrirla en las sabanas sumergidas. Sin embargo, hay ahí muchos islotes, y no desespero de encontrar alguno de ellos de suelo firme.

Si tardase en volver, no os inquietéis por mí. Dormid tranquilos. Conozco las sabanas, y los *jacarés* no me dan miedo.

—Os daremos uno de nuestros arcabuces y municiones suficientes—dijo Álvaro.

—¡Bueno; acepto el ofrecimiento!

Aprovechando el cortísimo crepúsculo, cortaron unas cuantas ramas gruesas y un par de arbustos, y atándolos con bejucos, construyeron una pequeña almadía suficiente para sostener a un hombre.

Antes de embacarse el marinero, que era verdaderamente incansable, proveyó de comestibles a sus compañeros, recogiendo en la selva varios racimos de *pupuñas*, fruta del tamaño de un melocotón, y de muy buen gusto, y de *aracas*, parecidas a las ciruelas y algo más ácidas.

—Mientras descansáis, yo buscaré un asilo—dijo en el momento de embarcarse—. La exploración será larga; pero ya os he advertido que no temáis por mí, aunque no vuelva en toda la noche.

Tomó el arcabuz del grumete, saltó en su ligera almadía, y poco a poco fue alejándose hasta desaparecer en las tinieblas.

—¡Es un buen hombre!—dijo Álvaro al perderle de vista—. ¡Nos deja aquí descansando,

Emilio Salgari

mientras va a arriesgar el pellejo para ponernos en salvo! ¡Qué resistencia tiene!

—¡Dios quiera que acabe pronto! ¿Qué queréis? Al lado de ese hombre medio salvaje, que todo lo sabe y que todo lo adivina, me siento más seguro.

—Y yo, no menos que tú—contestó Álvaro—. ¡Ojalá no dure mucho su exploración y que encuentre pronto el islote que necesitamos!

—¿Le esperaremos despiertos?

—¡Al contrario! Aprovechemos su ausencia para dormir. Tú no debes de estar menos cansado que yo.

—¡Estoy cayéndome de sueño!

—Los eimuros no nos inquietarán, a lo menos por esta noche. Echate cerca de mí y duerme.

Álvaro iba a hacer lo mismo que aconsejaba al muchacho, cuando le llamaron la atención varios grandes volátiles que llegaron de la laguna y que empezaron a dar vueltas alrededor del árbol a cuyo pie se encontraban.

—¿Qué casta de bichos serán éstos?—se preguntó—. Parecen murciélagos; pero nunca los he visto de tan gran tamaño.

Tenían, efectivamente, el aspecto de murciélagos; pero eran mucho más grandes que los europeos. Medían lo menos ochenta centímetros con las alas abiertas, y su cuerpo unos veinte.

Si el portugués hubiera conocido algo mejor el Brasil, se hubiera guardado de dormirse, a pesar de su cansancio.

Ignorando lo peligrosos que eran aquellos volátiles, no les hizo caso, y apoyándose en el tronco del árbol, cerró los ojos..

García roncaba a pierna suelta, señal evidente de que no se acordaba de los eimuros.

El hombre de fuego

Álvaro luchó un rato con el sueño; pero, vencido por el cansancio, se quedó también dormido.

No habían pasado diez minutos, cuando uno de los grandes murciélagos que andaban alrededor del árbol descendió silenciosamente y empezó a revolotear sobre la cabeza de Álvaro.

No era un simple murciélago, sino un vampiro *morugo* de cabeza gruesa que terminaba en una especie de trompeta, y cubierta la piel de pelo liso y suave de color pardo.

Parecía buscar un buen sitio donde posarse.

De repente se apoyó dulcemente en un hombro del durmiente, agitando levemente las alas, y aplicó la extremidad del hocico detrás de la oreja derecha de Álvaro.

Chupaba suavemente, sin cesar de mover las alas para mantener un poco de frescura alrededor de la cabeza del pobre portugués, cuya sangre estaba bebiendo.

El repugnante volátil siguió algunos minutos en esa operación, aumentando su volumen a ojos vistas, hasta que, ya saciado, levantó el vuelo sin que Álvaro despertase.

De una picadura apenas perceptible hecha por los agudísimos dientes del *morugo* corría poco a poco un hilito de sangre.

Mientras aquel vampiro se alejaba, otro se había acercado al grumete, y comenzaba a chuparle la sangre, cuando un leve ruido que procedía de la parte de la selva le obligó a interrumpir bruscamente su sangría.

Un grupo de hombres avanzaba como lobos abriéndose paso suavemente por entre las ramas y las lianas, sin que las hojas secas crujiesen bajo sus pies.

CRBV.

8.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID



5406006703

LA LITERATURA ESPAÑOLA

RESUMEN DE HISTORIA CRÍTICA

POR

ANGEL SALCEDO RUIZ

*De la Real Academia de Ciencias Morales
y Políticas*

CUATRO TOMOS

En 4.º mayor, de unas 500 páginas cada uno

- I.—LA EDAD MEDIA III.—EL CLASICISMO
II.—EL SIGLO DE ORO IV.—NUESTROS DÍAS

DOS EDICIONES

EN RÚSTICA

Con cubierta de papel, lanilla estampada en colores

EN HOLANDESA

Con lomos de piel, cantoneras de tela inglesa y estampación en oro

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A.

Casa Fundada el año 1876

MADRID



CALLE DE VALENCIA, 28